

**De Benavente a Fisterra en btt**

# CAMINO SANABRÉS



**Miguel Soler Gracia  
2011**



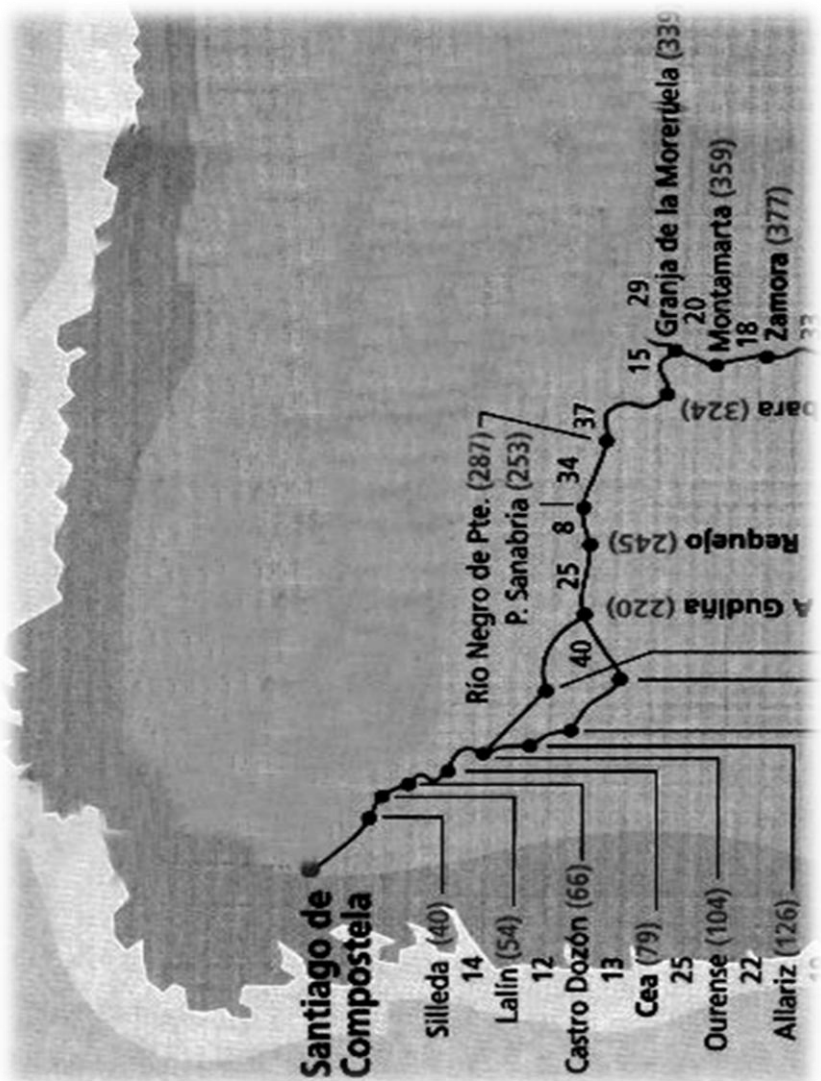
# Camino Sanabrés



*De Benavente a Fisterra en Btt*

**Miguel Soler Gracia**

**2011**



## Refrescando la historia

Entre los años 812 y 814, en los albores de la Reconquista, en un castro cercano a la ciudad episcopal de Iria Flavia, un ermitaño llamado Pelayo vio durante la noche unas luces ardientes y se lo comunicó al obispo Teodomiro. Éste verificó los hechos y descubrió en aquel paraje los restos mortales del Apóstol Santiago el Mayor, que aparentemente habían sido trasladados hasta allí tras su martirio, allá por el año 44 de nuestra era. Este hallazgo fue la chispa que generó el fenómeno de las peregrinaciones jacobeanas. Ahora bien, dado que las vías de comunicación terrestres de aquellos siglos nada tenían que ver con las actuales y que cada peregrino no tenía más opciones que comenzar el viaje a pie desde su propio hogar, cuáles son las causas que motivaron el auge de algunos itinerarios y el detrimento o la no aparición de muchos otros, no lo sabemos.

El origen de este Camino, llamémosle Sanabrés o Mozárabe, como itinerario viable hacia la tumba del Apóstol va de la mano de la Vía de la Plata, que ascendía desde el sur de España, y de toda una serie de pequeñas romerías o peregrinaciones hacia una tupida red de monasterios surgidos en base a la repoblación mozárabe y situados en la provincia de Zamora, concretamente en el mismo punto de origen y trazado por donde hoy discurre el Camino. Juan Carlos de la Mata Guerra, en su parte correspondiente al libro Los Caminos de Santiago en el Norte de Zamora, expresa así esta teoría: "todo indica que la consideración de peregrino en tiempos medievales no se reducía al devoto jacobeo o al romero, sino que en el

sentido amplio del término era muy abierta. Se consideraba peregrino a todo aquel que para honrar a los santos deambulaba por los caminos atraído por santuarios locales y el culto a las reliquias de los santos que se veneraban en ellos".

La figura más antigua conocida de Santiago con indumentaria de peregrino, del siglo XII, y situada en una portada de la iglesia de Santa Marta, es una talla sobrecogedora por su belleza, sobriedad y misterio. Por méritos propios se ha convertido en el símbolo del Camino de Santiago Sanabrés o Mozárabe y aún hoy sigue siendo su mejor reclamo. Lleva un zurrón decorado con una concha y un cayado en la mano derecha pero su principal fuerza reside en su mano izquierda, que exhibe la palma a modo de saludo. En el año 1993, con motivo de la conmemoración del año jubilar, se acuñaron monedas de cinco pesetas con la imagen de este apóstol en el anverso.

El Camino Sanabrés como itinerario, ya no jacobeo, sino simplemente de comunicación entre reinos y provincias fue seguido por Alfonso IX en la primavera de 1225. Salió el 3 de mayo desde Santiago, llegando el 15 de ese mes a Orense y el 24 a Puebla de Sanabria. Siglos más tarde, en el año 1506, Felipe El Hermoso se reunió con Fernando El Católico en Remesal, tras viajar desde Santiago y bajar hasta Orense y Puebla de Sanabria. Aunque algo cercano en el tiempo, teniendo en cuenta que la tumba del apóstol se descubrió en el siglo IX, el primer documento importante referente a un peregrino que utilizó el Camino Sanabrés o Mozárabe se remonta a 1612. En ese año Bernardo de Aldrete, humanista y lingüista, inició la peregrinación en Córdoba y, tras llegar a Zamora, fue hacia Puebla de Sanabria a través de las comarcas de

Alba y Aliste. En uno de sus textos, traducido al castellano actual, dice así: "Cuando llegamos al lugar de Requejo, primero de Galicia, no habiendo nevado antes comenzó a nevar copiosamente, fuimos aprisa hasta Lubián, subiendo al puerto del Padornelo y fuimos con gran prisa y trabajo por la ventisca y nieve que iba cubriendo el camino. Nos ayudó la guía y también las carretas y arrieros que iban pasando el puerto, y con esta tormenta lo pasamos y llegamos al Padornelo, que es buen lugar, y subimos el otro puerto de la Canda de la misma suerte, con gran nieve y no menos viento" Este manuscrito se encuentra en el Archivo de la Catedral de Granada. También existen referencias documentales del viaje del canónigo sevillano Diego Alejandro de Gálvez a mediados del XVIII. Fue de Santiago hasta Pontevedra, luego a Orense y bajó hasta Castilla por Guamil, Laza, Alberguería, Soutoverde, Pereiro y A Canda.

El Honrado Concejo de la Mesta de Pastores, comúnmente llamado La Mesta, fue creado en 1273 por Alfonso X el Sabio. Una de sus funciones era tratar de solucionar los conflictos entre agricultores y ganaderos y para ello se establecieron unos itinerarios concretos que vinieron a llamarse cañadas. Por ellas se conducía al ganado entre los pastos de verano y de invierno y, además de ser seguros, evitaban que los animales pudieran arrasar zonas de cultivo. Los trazados más largos e importantes se denominaban Cañadas Reales y su anchura era de 75 metros. A estas vías troncales se unían multitud de cordeles de 37 metros de anchura y veredas de 21 metros. Al igual que la Cañada Real de la Vizana, que aprovechaba gran parte de la Vía de la Plata, el cordel del Tera utilizaba un trazado ya existente que seguían, entre otros, los peregrinos que se dirigían a Santiago. El cordel

iba desde Benavente hacia Rionegro del Puente, Mombuey, Venta de Cernadilla, Venta de la Escoba, Asturianos, Palacios de Sanabria, Remesal, llegando hasta las montañas más allá de Puebla de Sanabria.

También existió un camino conocido como la Brea, que desde Puebla iba hacia Orense por Allariz.

Los itinerarios de postas eran las vías utilizadas por los correos para la transmisión de noticias y constituían un excelente medio para viajar. En ellos se crean las Casas de Postas, algo así como las mansios en las vías romanas que, situadas a una distancia regular, servían para descanso de los emisarios. Por los mapas de aquella época se tiene constancia de que hacia 1789 ya había una vía directa entre La Puebla de Sanabria, A Gudiña, Orense y Santiago.

El Camino de Castilla o Vereda de los Gallegos da nombre al camino utilizado por los segadores gallegos al comienzo del verano para ir a trabajar a Castilla y que les servía también de vuelta para retornar a sus casas a finales del verano. No hay duda de que iban por la misma senda que seguían otros muchos, entre ellos los peregrinos. Bajaban a los campos castellanos por Alberguería, Cercedelo, Campobeceros, A Gudiña, O Cañizo, A Canda, Lubián, Padornelo y Puebla de Sanabria. A la vuelta ofrendaban sus hoces en el Santuario de la Tuiza, justo antes de afrontar la subida a la portilla de A Canda y entrar en Galicia.

El Camino Sanabrés puede constituir por sí solo una alternativa a otros Caminos de Santiago. Entre Granja de Moreruela y Santiago de Compostela hay 367 kilómetros por Laza, la alternativa más corta tras A Gudiña y la que



sigue actualmente el trazado “oficial”. En la realidad, el Camino Sanabrés o Mozárabe constituye una continuación de la Vía de la Plata. Al llegar a la localidad zamorana de Granja de Moreruela o a la cercana Benavente, los peregrinos que vienen desde Sevilla o Mérida siguiendo el itinerario de la antigua vía romana, tienen dos alternativas para continuar a Santiago. La primera es continuar por la Vía de la Plata hasta Astorga y enlazar con el Camino Francés en dirección a Santiago. La segunda opción, seguida por casi todos los caminantes, es dejar la Vía de la Plata y desviarse por el Camino Sanabrés hacia la provincia de Ourense, a través de las localidades de Tábara, Santa Marta de Tera, Rionegro del Puente y Puebla de Sanabria. Una vez en Galicia se continúa por las provincias de Ourense, Pontevedra y A Coruña. A simple vista esta alternativa parece suponer la opción más corta pero no es así. Desde Sevilla a Santiago, por la Vía de la Plata y el Camino Sanabrés, hay 980 kilómetros. En cambio, por la Vía de la Plata y el Camino Francés son 963 kilómetros.

-Texto modificado y adaptado de la guía Eroski sobre el camino Sanabrés-



*Primer monolito del Camino*

## Preparación de la ruta

Como cada año, al llegar los cortos y tristes días de invierno, empiezo a soñar con una nueva aventura con mis compañeros de pedal. Hay mucho tiempo para dar vueltas a la cabeza y recorrer la web en busca de nuevos recorridos. Quedan muchos por realizar, pero no tantos que se ajusten a nuestros periodos vacacionales. Solo coincidimos todos, durante la primera quincena de julio y siempre a expensas de que en nuestras diversas empresas nos las concedan. Estamos en una época de crisis y, en mi caso, no me las confirman hasta bien entrado el mes de Junio. Por otra parte, algunos de los “clásicos” de estas rutas, se caen de lista por motivo de las oposiciones a las que se presentan. Así, Paz y Edu, muy a pesar suyo, se quedan en Huesca.

Por fin, decidimos comenzar el día uno de julio y acabar el diez del mismo mes. Esto, tras descontar los viajes de ida y vuelta, nos deja solo siete días de pedaleo. El **Camino Sanabrés** se ajusta bien a nuestras posibilidades y, si todo va bien, nos permitirá alargarla hasta Finisterre, pero esta vez, pasando por Muxia.

En el año 2006, realicé, junto a mis compañeros Luis, Chavi, Pedro, Cesar y Antonio, la Ruta de la Plata que a su vez forma parte del Camino Mozárabe de Santiago. Este último, al llegar a Granja de Moreruela, ofrece dos variantes: seguir hasta Astorga donde se une al Camino Francés o desviarse hacia el oeste, en dirección a Orense, por el llamado Camino Sanabrés. Como en esa ruta nuestro objetivo era recorrer íntegramente la vía romana

que unía Mérida con Astorga, decidimos tomar la primera opción, pero quedó claro que algún día deberíamos recorrer la segunda opción. Por fin, después de cinco años, llega el momento del Camino Sanabrés.

Este, es uno de los numerosos Caminos que recorren la península en dirección a Santiago de Compostela. Afortunadamente, aún no es de los más transitados. Esto tiene sus pros y sus contras. Por un lado es un recorrido mucho más aventurero, pero la consecuencia es que existe una menor información.

Busco y leo todo lo que puedo en internet: tracks, blogs, diarios personales, alojamientos disponibles, albergues, etc. También me viene de maravilla el libro que usé para hacer la Vía de la Plata. Es una guía sobre el camino Mozárabe de Santiago editada por la Diputación de Sevilla y la Asociación de Amigos del Camino de Santiago Vía de la Plata de Sevilla. Su información puede estar algo desfasada en cuanto a alojamientos, pero como descripción de la ruta, es muy buena.

Con el paso del tiempo tengo suficientes datos para comenzar el marcaje de la ruta, como en ocasiones anteriores. Esta vez es menos estresante porque, en última instancia, solo queda recurrir a buscar y seguir la eterna “flecha amarilla” compostelana, pero cuando algo parece demasiado fácil, como de costumbre, se estropea o sale mal. Todo el trabajo de marcaje de más de 3.500 waypoints se va al traste cuando compruebo, al usar Google Earth, que las ortofotos –fotografías de la superficie terrestre- que he usado con el CompeGPS y que este programa descarga de la red, tienen una desviación en su calibración que ronda los 70 m en

algunos puntos. Esto, que puede parecer una minucia, es una catástrofe en una ruta repleta de caminos, desvíos y senderos. Afortunadamente, mi compañero Michel, consigue descargarlas, calibradas correctamente, desde la web del IGN. Vuelvo a repasarlos todos y por fin el trabajo parece acabado.

Llega la hora de planear las etapas como hacemos siempre, sin embargo, esta vez, las condiciones son distintas. En la Ruta de la Vía de la Plata éramos solamente seis personas y eso facilitaba el alojamiento, tanto en albergues del Camino de Santiago como en casas particulares que se ofrecen a peregrinos. En nuestras últimas aventuras hemos llegado a ser dieciséis personas y eso nos obligaba a reservar hospedaje para evitar problemas. Michel lo intenta repetidamente sin éxito. En el camino Sanabrés los albergues son más escasos, pequeños, distribuidos de forma anárquica y desde luego no admiten reservas. Los alojamientos de otro tipo tampoco abundan –o no se anuncian en la red– por la pequeñez de los pueblos por donde se transita y, cuando los hay, no coinciden con los posibles finales de etapa. La dificultad aumenta debido a la dispersión de los pueblos gallegos divididos en parroquias que a su vez tienen varias aldeas. Ya en mis anteriores viajes por estas tierras, nunca tuve claro en qué lugar o pueblo me encontraba realmente, salvo que fueran los más habitados.

Hablamos los dos y nos planteamos la posibilidad de arriesgarnos y reservar solo lo imprescindible, es decir, el alojamiento del punto de partida en Granja de Moreruela. Sin embargo, en este pequeño pueblo, los alojamientos son muy escasos y no podemos arriesgarnos a empezar mal. Tomamos la decisión de partir desde Benavente,

pueblo situado a 15 km de Granja de Moreruela, donde reservamos alojamiento, y desde allí ir al encuentro del trazado “oficial” del Camino Sanabrés. Esto conlleva inventar un recorrido y me pongo manos a la obra, pocos días antes de partir. Por fortuna me resulta fácil y nos “comeremos” solamente un poco de trazado histórico que, además, tiene mucho por asfalto. El resto de la ruta lo haremos siguiendo una serie de etapas ya fijadas, pero con la opción de alterarlas libremente en función de nuestras fuerzas, climatología o posibilidad de alojamiento. En caso de dudas, intentaremos seguir el trazado real, bien marcado, según he leído.

Resuelto el primer problema, debemos afrontar el segundo; el transporte de bicis y personas. En anteriores años lo resolvimos con coches particulares, autobús y alquilando una furgoneta. Nuestro proveedor habitual de furgoneta ha desaparecido en oscuras circunstancias y debemos buscar alternativas. Tras revisar las “ofertas” que existen en internet, decidimos preguntar en todas las que existen en Huesca, es decir dos, y nos decantamos por la que, no solo es más barata, sino que permite un mayor número de conductores sin aumentar el precio. La reservamos e insistimos en que, a ser posible, sea la nueva que tienen allí o que esté limpia, pues es posible que tengamos que dormir en ella. Nos prometen que así será, pero hasta que no me vea montado en ella no respiraré tranquilo.

Al resto de participantes nos llevará Pedro, que amablemente se ofreció, al disponer de un monovolumen de siete plazas. Su coche quedará en Benavente hasta que regresemos. Y aquí aparece nuestro siguiente reto; ¿cómo vamos a llegar desde Finisterre a Benavente en el viaje de

vuelta? Existen autobuses que llevan a los peregrinos y lugareños hasta Santiago, pero tienen unos horarios y recorrido que no nos permiten enlazar con los que nos han de llevar hasta Benavente. Afortunadamente esta Michel que, con unas cuantas llamadas de teléfono, consigue que un taxista de Finisterre nos lleve en su furgoneta privada hasta Santiago de Compostela. Aquí tomaremos un autobús que muchas horas después nos ha de dejar en Benavente. Desde allí, ya en nuestro coche, hasta casa. La furgoneta ha de ser más rápida que nosotros con tanto trasbordo, así que irá directamente a Huesca.

También damos por cerrada la lista de participantes, ya que no puede superar el límite de diez. Estos seremos Michel, Miguel, Pedro, Tere, José Luis, Antonio, Manolo, Marcos, César y Chavi. César, será el encargado de conducir el coche de apoyo y de ir sondeando los posibles lugares de avituallamiento y pernocta, los demás, a pedalear lo mejor que se pueda y sufrir lo menos posible.

Para poder usar los albergues del camino, debemos obtener las credenciales. Como en la Ruta de la Plata, me acerco hasta la parroquia de Santiago donde creo que se encuentra la sede de la Asociación de Amigos del Camino de Santiago de Huesca. Me encuentro con otro futuro peregrino –viene de Monzón- y ambos buscamos por todo el edificio a alguien que nos pueda informar. Después de un buen rato, damos con el párroco. Este nos dice, en tono bastante serio, que la asociación ya no está allí y que cree que ahora se encuentra en el nuevo albergue de Huesca. Es tarde y lo dejo para el día siguiente.

El Albergue está cerrado y en un pequeño cartel escrito a mano, leo tres números de teléfono y el aviso de que hasta las 13,30 no abren. Como llega la hora y no se acerca nadie, los apunto. Llamo al primer número y me responde un hombre, que en tono amable, me indica los datos que tengo que llevar, DNI, dirección y punto de partida. Como no tengo ningún dato de los que me pide, me ofrece un correo electrónico para que se los envíe. Un correo a todos los participantes y en pocas horas tengo todos los datos. Lo llamo y me emplaza a las cinco de una calurosa tarde, en el albergue. Es un hombre amable y con ganas de hablar. Me da las credenciales, ya rellenas con los datos que le mandé, y pasamos a completar un registro que exige la Xunta de Galicia. Me faltan las edades de cada uno, pero entre el hospitalero, con gran pericia, y con altas dosis de inventiva por mi parte, las deducimos, de forma aproximada, a partir del número de DNI. El señor me enseña las instalaciones mientras contamos nuestras respectivas aventuras durante la realización del Camino de Santiago. Me pone al día sobre el estado del Camino Sanabrés y se lo agradezco. Quiere que proyecte los DVD que tengo sobre nuestras andanzas. No le digo que no y me despido.

Para acabar de aclarar todos los detalles y repasar las últimas tareas, Tere organiza una cena el sábado anterior a nuestra partida. Nos comunica malas noticias. La madre de Marcos ha enfermado y muy posiblemente no podrá venir. La cena transcurre amigablemente mientras hablamos de todo menos de los temas importantes de la ruta que solo salen a colación de forma puntual. Tampoco ayuda mucho el tener cenando al lado a una numerosa representación de un club de patinaje.



Los días previos a la partida, dan lugar a la aparición de un nerviosismo cada vez mayor que solo ayuda a ofuscar las ideas. No he comenzado a hacer el equipaje y ya creo que olvido cosas. Los últimos retoques a la bicicleta, ropa que no encuentro, repaso de los datos para el GPS, no sé si las baterías de la cámara de fotos están bien, poner el portátil a punto, etc. Son las mismas dudas de todos los años.

Repaso con frecuencia las predicciones del tiempo. Parecen buenas en cuanto a lluvia, pero con altas temperaturas. Orense da la máxima de España con 42° y comienzan los primeros incendios forestales. Los mapas meteorológicos de Galicia, aparecen de un rojo tan intenso como mi preocupación.

El lunes, nos vamos de compras. Michel, Manolo y yo, y asaltamos el Decathlon en busca de los últimos detalles. Entre los tres, conseguimos rápidamente lo que necesitamos. Además, buscamos una red para aprovechar mejor el interior de la furgoneta. No la encontramos. Ese mismo día, Michel encuentra a un conocido que sabe donde puede haber alguna red vieja de portería de balonmano.

El día anterior a la partida, Michel, César, Antonio y yo, vamos a recoger la furgoneta apalabrada y dejar nuestros datos para el obligado papeleo. No hay ningún problema y, además, tenemos la suerte de llevarnos una prácticamente a estrenar. Todo un lujo para nuestro conductor oficial.

Con todo preparado, quedamos en el Camping San Jorge para cargar la furgoneta de apoyo. Poco a poco van apareciendo todos los participantes, incluido Pedro, que llega

puntual desde Bilbao. Esta vez, como son menos bicis que en anteriores ocasiones, acabamos con rapidez la operación. Además, la red que ha conseguido Michel, nos proporciona un aumento de espacio útil al colgarla del techo interior del vehículo y meter en ella todo el material de menos peso (sacos, esterillas, etc.).

Después de tomar unas cervezas y refrescos, nos vamos a descansar a casa con un cierto nerviosismo contenido. Pedro, mi mujer Josete y yo, nos vamos a cenar a un restaurante, mientras charlamos animadamente sobre nuestras aventuras pasadas.

¡La suerte está echada!





## Viaje hasta Benavente

1 de julio de 2011

Hemos quedado a las nueve de la mañana para salir. Pedro y yo, nos levantamos un poco antes para tomar un café con leche en el bar Oscense, nuestro punto habitual de cita cuando salimos con la bici. Me despido de mi mujer, Josete, con una sensación recurrente cada año, mezcla de ganas de partir y la de tristeza por dejar a la familia durante tantos días. Y es que cuando sabes que lo vas a pasar bien, te gustaría poder compartir esos momentos con ellos. Poco a poco van apareciendo por el bar los demás componentes del grupo y aprovechamos para despedirnos y dar un poco de envidia a Quique, su camarero.

Aparece la furgoneta y nos distribuimos en los coches: César, Manolo y Antonio, en la furgoneta y Tere, Chavi, Michel, José Luis, Pedro y yo, en el monovolumen.

Pronto comienzan las bromas, fotos y comentarios graciosos. El viaje de ida siempre es ameno y nadie se duerme, hay una agradable tensión por ver lo que la ruta nos deparará.

Los kilómetros pasan deprisa y siempre llevamos delante a la furgoneta, que es la que marca la velocidad. En caso de que César se canse, tenemos que ser Michel, Antonio o yo, los que conduzcamos, pues somos los que la hemos alquilado.

Antes de llegar a Logroño, decidimos parar en un área de servicio para almorzar algo. Está repleta por una excursión de niños y de gente que inicia las vacaciones. Antes de entrar en el bar, veo un vendedor de la Once y le digo a César que tenemos que comprar un décimo, que tengo un pálpito. Compramos dos y si nos toca serán nueve millones de euros. Justo un millón por cabeza. Empezamos a soñar, mientras almorzamos, lo que íbamos a hacer con ese dinero. Desde luego alargar las vacaciones, como mínimo.

Reemprendemos la marcha y ninguno de los dos conductores quiere el relevo. Disfrutamos pasando junto al río Ebro por unas hoces abiertas por este en su discurrir y donde avistamos el posible camino que desciende este río. Ya planeamos para cuando lo hacemos. ¡Si es que nos faltan años, dinero y vacaciones para hacer todo lo que queremos y a cada uno se le ocurre! En poco rato, cruzamos Andalucía, hacemos la ruta de los conquistadores, etc. Por pedir que no quede.

Cuando llegamos a Burgos, parece que ya estamos cerca de destino. Craso error, el recorrido hasta León es muy largo y engaña. Como ya se hace tarde decidimos parar a comer.

Entramos en Sahagún, pueblo por el que Pedro y yo, hemos pasado en varias ocasiones durante nuestros Caminos de Santiago. Paramos la furgoneta junto al albergue y entramos a comer en el bar Robles, que al punto reconozco. Allí cenamos cuando pernoctamos en este pueblo en 2001. Está igual, salvo por los que nos atienden, que son una chica y un joven mozalbeta. A nosotros nos atendió una señora mayor y recuerdo que

era una comida casera bastante buena. Cuando terminamos de comer, les comento esta circunstancia y me dice la chica que la mujer aún vive, que es la dueña, pero que desde ese año, el bar ha pasado por tres manos.

Miramos el mapa de carretera y vemos que hay una posibilidad de atajar para no tener que llegar hasta León. Así lo hacemos y nos encontramos con una carretera mala y saltarina, que se introduce en la castilla más típica. Campos inmensos de cereal, pocos árboles salvo en las riberas, y muchos pueblos de nombre curioso, muy cercanos los unos a los otros. Al final llegamos a Benavente, pero no estoy nada seguro de que hayamos ahorrado algo de tiempo, kilómetros sí, pero de autovía.

Encontramos el lugar donde reservamos las habitaciones, con rapidez. Está junto a una gran avenida, la principal del pueblo. Se llama Hostal La Trucha, pero tienen un hotel de tres estrellas, un restaurante y habitaciones para alquilar, que es lo que nosotros hemos reservado. Vamos, un compendio de alojamientos para cada precio. Nos dan las llaves del piso y las del garaje donde dejaremos las bicis. Buscamos este primero, para ver como es. Tardamos en encontrarlo y cuando lo vemos, no nos da seguridad. Mucha gente puede entrar y se cierra automáticamente, dejando un rato la puerta abierta. Decidimos por unanimidad que las bicis dormirán en la furgoneta y ésta, cerca del piso. Este está distribuido en cuatro habitaciones de dos camas y una de tres que dejaremos a Tere. Una vez ubicados, subimos los equipajes. En realidad, no sé para qué, porque con la ropa del día siguiente y el material de aseo nos vale, pero somos así. El caso es que nueve personas subiendo trocientas maletas por una escalera estrecha y un

ascensor minúsculo, crean un caos y un ruido que debe asustar a cualquier vecino.

Después del viaje, una ducha reparadora y a recorrer las calles. Estamos en la parte alta de la ciudad, así que el camino es fácil. Bajamos la larga avenida de los Maragatos y entramos en centro de la ciudad. Recorremos sus calles repasando escaparates y todo lo que nos llama la atención. Llegamos a la plaza de España donde está el ayuntamiento y que tiene en el centro un mosaico con los ríos que rodean a la ciudad, Esla, Órbigo, Tera, ría y Cea. Junto a la plaza esta la iglesia de San Juan del Mercado, iniciada su construcción en el siglo XII. Su planta y cabecera de tres ábsides son románicas. El templo presenta tres interesantes portadas, destacando por su amplio desarrollo iconográfico la del sur o mediodía, que recoge en su tímpano y arquivoltas, bajo un gran arco apuntado y como tema principal, la Epifanía o Adoración de los Reyes. Realmente preciosa.

Seguimos paseando hasta llegar a la plaza de Gonzalo Silvela, de agradable recuerdo para Pedro, César, Chavi y yo. En ella descansamos durante un buen rato hace cinco años, cuando realizamos la Vía de la Plata. Nos hacemos unas fotos de recuerdo mientras rememoramos nuestras aventuras pasadas, como buenos abueletes porretas que somos.

Siguiendo nuestro periplo, llegamos hasta la iglesia de Santa María del Azogue. Su construcción se inicia en el siglo XII, aunque su conclusión abarca diferentes etapas y estilos. La planta general y la cabecera pertenecen al estilo románico. Presenta en su exterior cinco magníficos ábsides y dos magníficas portadas románicas. La



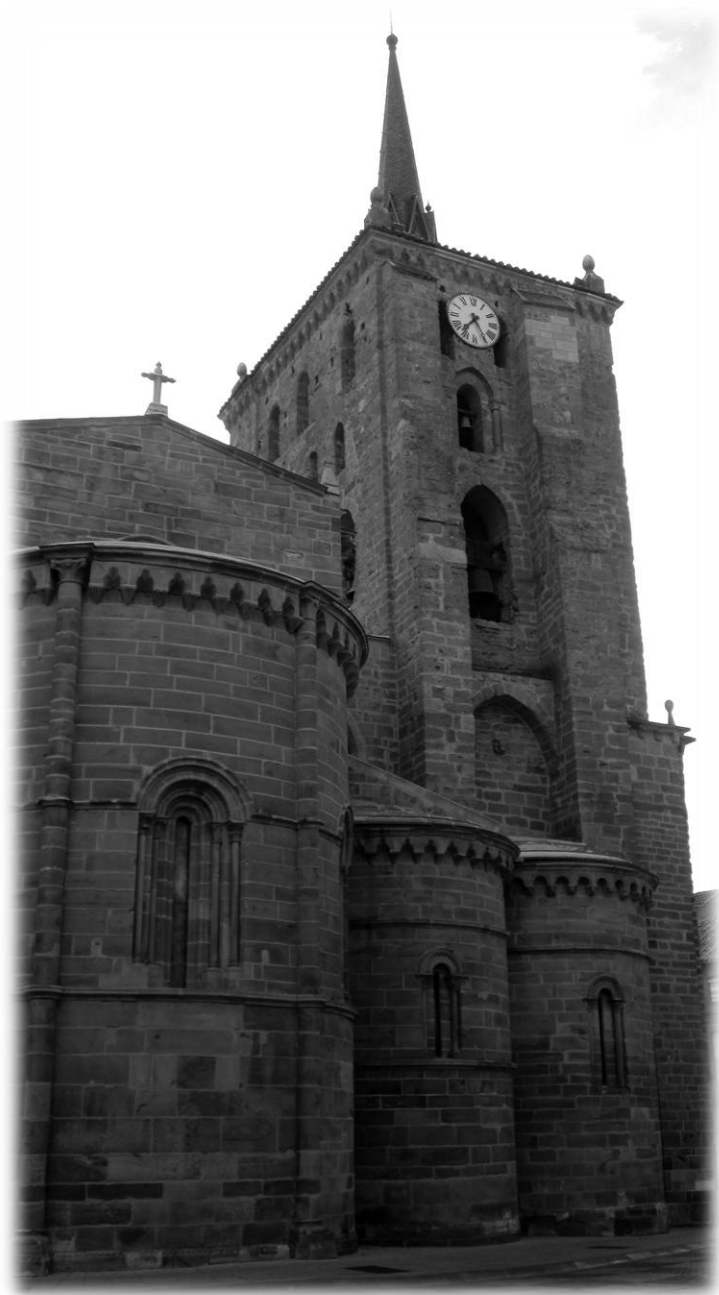
fotografiamos desde todos los ángulos, pero no hay manera de que quepa en el encuadre.

Con un poquito de hambre, nos sentamos en unos veladores bastante concurridos y pedimos unas jarras de cerveza, Para nuestra sorpresa, vienen acompañadas de unas tiras de jamón serrano que desaparecen del plato por arte de magia. Chavi, entra en otro bar para ver el partido de tenis que juega Nadal.

Este aperitivo no hace otra cosa que abrirnos el apetito, así que decidimos ir a buscar un lugar para la cena. Al final lo encontramos en el restaurante Paraíso, pero aún debemos hacer hora porque la cena la sirven más tarde. Nos sentamos a la sombra de los árboles de una plaza con un paso elevado para superar la calle. Aprovechamos este rato para darle trabajo al móvil y llamar a casa.

Por fin llega la hora de la cena. Elegimos entre lo que nos ofrecen, poca cosa, y después de un rato de tertulia muy agradable, emprendemos el regreso al piso. Durante el trayecto me llaman la atención los carteles de las fiestas del toro enmaromado. Son polémicas y recientemente he visto reportajes en televisión. El origen del festejo, se halla situado en el contexto de la festividad del Corpus Christi, cuya celebración en la villa, ya tenía lugar en el siglo XV.

Antes de dormir, un ratito de charla con Pedro, mi compañero inseparable de habitación, mientras los ojos se cierran intentando imaginar cómo será lo que nos espera.



*Santa María del Azogue - Benavente*



*Esperando la cena*



*Monumento al peregrino en Sahagún*

## **Benavente - Mombuey**

2 de julio de 2011

Como decidimos ayer, nos levantamos a las 6.30 para intentar huir de las altas temperaturas que pronostican las predicciones del tiempo. Creo que el despertador de Pedro no llega a sonar, o si lo hace, ya estamos en pie. He dormido bien, probablemente por el cansancio del viaje.

La noche anterior dejé todo preparado, así que solo me queda bajar las maletas y el ordenador al coche. Lo primero que hacemos es sacar las bicicletas del coche, aún atadas y embaladas. No nos cuesta demasiado. Unos momentos para una última revisión y engrase de las mismas y estamos dispuestos para salir.

En el lugar donde nos han alquilado las habitaciones, Hostal "la Trucha", dan de desayunar y con ellos habíamos quedado para las siete. Nos tomamos un café con leche y algo de bollería. Le pedimos a la camarera que, por favor, nos vigilen el coche de Pedro que se quedará aquí hasta la vuelta. Le dejamos un móvil de contacto y montamos en las bicis para buscar el punto de salida. Todos llevamos el uniforme rojo del café Oscense, tal y como habíamos quedado el día anterior.

La mañana es fresca, ideal para comenzar nuestra aventura. Debemos cruzar todo Benavente por enrevesadas callejuelas, hasta dar con el punto de salida. Al pasar por la plaza donde se encuentra el ayuntamiento, nos hacemos la foto oficial de la salida, gracias a un amable peatón que pasea por delante de nosotros.

Siempre en descenso, llegamos a la N-525, nuestra compañera inseparable de la ruta y buen punto de referencia para mantener contacto con la furgoneta de apoyo.

En el lugar de inicio del camino, y para mi sorpresa, aparecen unos monolitos de gran tamaño, de aspecto reciente, y flechas amarillas que señalan el Camino del Sureste. Desconocía que este existiera y tomamos la decisión de seguir las marcas. En principio coinciden con los waypoints que marqué en mi ruta alternativa hasta Santa Croya de Tera. También vemos a un par de ciclistas con alforjas que dejamos atrás, como si dudasen del camino a seguir. Puede que estén realizando la Ruta de la Plata, que sigue hacia el norte y se hayan despistado con las señales que les llevan al oeste. Me quedo con la duda, porque no los volvemos a ver.

El camino discurre separado, pero paralelo a la nacional. Cruzamos un puente para salvar un amplio canal, Caño de los Molinos, que desemboca en el río Órbigo. Pedaleamos por una pista de buen firme y en poco más de tres kilómetros, tras pasar bajo la carretera por un túnel y cruzar el río Órbigo, llegamos a **Santa Cristina de la Polvorosa**. En este lugar se produjo la batalla de Polvoraria, entre musulmanes que acudían a atacar León, y los cristianos al mando de Alfonso III el Magno. El nombre de polvorosa, puede provenir de “Polvoraria”, forma en denominaban los cronistas a este lugar, por lo yermo y polvoriento de la zona

El pueblo se extiende a lo largo de la nacional y, justo al final de él, nos desviamos a la izquierda por un llano camino de tierra rojiza. Rodeados de campos de regadío,

maíz, chopos y forraje, pedaleamos en grupo con relativa rapidez y la marcha solo se ve interrumpida por las continuas fotos y videos que hacemos.

Al cabo de un rato, la zona de concentración parcelaria se acaba y debemos ascender hasta un pequeño alto, rodeados ahora de jaras, carrascas o robles de pequeño tamaño y vegetación ya seca. El camino llega hasta la casa del Jaral, una construcción agrícola de buen tamaño, donde reagrupamos. Aparecen más monolitos que indican que vamos por buen camino. De momento, estas señales coinciden con la que llevo marcadas desde Huesca en mi GPS. Michel y yo, nos paramos muy a menudo para grabar en video o fotografiar el recorrido. Esto nos obliga a realizar un sobreesfuerzo para alcanzar de nuevo al grupo, que no deja de pedalear.

Tras un breve espacio de tiempo, llegamos al final de la zona arbolada. Una fuerte, pero corta bajada, nos lleva hasta **Villanázar** por una pista, alrededor de la cual, se ven bodegas escavadas en la tierra y viejos palomares de barro.

Villanázar es un pequeño pueblo que atravesamos rápidamente hasta cruzar una carreterita local por la derecha del ayuntamiento. Una pista, con un gran monolito de la ruta, nos introduce de nuevo en zona de regadío. A los pocos metros de tomarla, llega la primera avería del recorrido. Tere pincha la rueda trasera y la convencemos de que sea ella quien la repare, entre las risas y bromas de los demás.

Solucionado el problema, proseguimos a buen ritmo entre más zonas de maíz y plantaciones de chopos hasta llegar a una bifurcación donde, mis waypoints van por la

izquierda y las marcas por la derecha. En una rápida decisión, optamos por seguir el trazado de las flechas amarillas, confiando que nos lleven a buen puerto. Estas nos dirigen al norte acompañados a nuestra izquierda por el río Tera, al que la abundante vegetación de ribera nos impide observar, y a la derecha por campos de cultivo. El trazado es muy llano y agradable, lo que nos permite ir en grupo, en animada charla. La temperatura, probablemente influida por el riego de los terrenos que nos rodean, es muy agradable, dando una buena sensación de frescor.

A lo lejos, junto a unos paisanos que cultivan un huerto, se ve una construcción a la que me acerco, desviándome unos metros del recorrido. Es la ermita de la Virgen de la Vega, y aparentemente, es un edificio bastante simple y no muy bonito. Le hago una foto y regreso con el grupo.

El camino se introduce entre la ribera del río y transita bajo los árboles. Al cabo de un rato, las señales nos mandan por una zona de choperas y el camino que llevamos sigue a la derecha. Hacemos caso de las indicaciones y el camino desaparece, labrado por algún desaprensivo. Debemos andar unos 300 m, entre maldiciones hacia el autor de la fechoría, y este reaparece de nuevo junto a unas viejas edificaciones de piedra y barro. En una de ellas, se lee en el dintel de la puerta “AR LA VALDERIA”. Sin saber que significa, seguimos camino rodeados de nuevo por maizales y choperas, siempre con el río Tera a la izquierda.

Pronto llegamos a la N-620. Salimos al asfalto junto a un cruce y las señales desaparecen aparentemente. Hay un hotel, una residencia de ancianos y un club de carretera.



Probamos a ir por un camino junto al río, pero Antonio regresa al no ver ninguna indicación. Después de unos momentos de duda, vemos una indicación que nos hace seguir por la carretera y al poco se mete en un camino paralelo. Lo tomamos, pero tras atravesar unas zonas con barro y alta vegetación y zarzas, este se hace intransitable y decidimos volver, de momento, al asfalto. Después de poco más de 1.5 km, volvemos a tomar el camino de tierra, ahora ciclable, y que sigue paralelo a la carretera.

A lo lejos aparece un pueblo al que llegamos tras cruzar la carretera. Se trata de **Sitrama de Tera** y es una pequeña aldea que pertenece al ayuntamiento de Santibañez de Tera. Entramos en ella y nos llama la atención la iglesia de San Miguel. Nos acercamos a ella y vemos que hay unas escaleritas que ascienden a la espadaña donde está el campanario. Michel y yo, subimos a él por unas estrechas y resbaladizas escaleras de piedra para realizar unas fotos. Michel no se resiste a tocar suavemente la campana. El resto del grupo aprovecha para descansar a la sombra.

Retomamos de nuevo el camino que sigue el curso del río. Este recorre zonas de chopos y cultivos, se encuentra más vestido de vegetación y podemos ver el río Tera a nuestra izquierda. En una curva del recorrido, aparece una puerta metálica de gran tamaño con unos leones y que está aislada sin que lleve a ningún sitio. Debe de ser que alguien ha intentado poner puertas al campo.

Pronto llegamos a una carretita local, que tomamos a la derecha, para abandonarla en 200 m por un buen camino que sale a la izquierda. En pocos metros, las señales nos dirigen por una zona de sendero muy pedregoso en

dirección a unas choperas. Atravesamos estas, y la pista aparece de nuevo. Ahora nos dirige hacia la orilla del río, cuyas aguas corren suavidad, hasta un punto en el que el camino aparece derrumbado, quizás destruido por el río. Debemos andar unos 100 m junto a un maizal y de nuevo aparece la pista. Pedaleamos en grupo entre grandes choperas, dejando un represamiento del río a la izquierda, hasta salir de nuevo a la N-620. Pedaleamos durante un rato por el asfalto, buscando las señales que encontramos a poca distancia de **Santa Marta de Tera**. Entramos en esta población por un camino que aboca en un parque, donde vemos a varios vehículos haciendo un descanso para almorzar.

En Santa Marta de Tera tomamos contacto con el trazado de la ruta de la Plata “original”. A partir de aquí, los waypoints vuelven a aparecer en mi GPS. Hemos contactado con César y este nos espera en la plaza que hay delante de la Iglesia. El pobre se ha levantado con un fuerte dolor de garganta y le doy unos antiinflamatorios para ver si mejora. Los demás, tomamos unas bebidas de refresco y comemos unos plátanos.

La iglesia de Santa Marta de Tera, es de estilo románico del siglo XI y en ella entramos a sellar nuestra credencial. Los selladores oficiales, Pedro y Tere, que aún no tiene muy asumido su papel, entran en el edificio para cumplir con su obligación. Los demás la visitamos por el exterior, atravesando el cementerio que crece pegado a ella. En su parte posterior, que mira al sur, en una de sus puertas, aparece la imagen más antigua de Santiago Peregrino. La figura con su cayado y zurrón, muestra la palma de la mano abierta y se ha convertido en el símbolo del Camino Sanabrés o Mozárabe.

Como son casi las once y llevamos 30 km, decidimos tomar un pequeño almuerzo en el bar Stop, situado al borde de la carretera. Un café con leche nos pone de nuevo las pilas. Antonio ya está tranquilo.

Salimos del pueblo por una pista asfaltada que pronto se convierte en tierra. Pedaleando junto a un bosque de ribera y con tablillas de madera con la imagen del santo que hemos visto en la iglesia indicando el camino, vamos pasando a caminos en peor estado. Rodeados de cultivos de regadío, en un paisaje cada vez más abierto, avanzamos siguiendo el curso del río Tera.

José Luis pincha poco antes de llegar a una carreterita que tomamos a la izquierda para atravesar el río Tera y pasar a su otra margen. En ese punto hay una zona de acampada llamada La Barca, con una pequeña playa fluvial y un bar. Solo atravesar el puente, giramos a la derecha para tomar un buen camino entre chopos. Este, serpentea por un terreno cada vez más abierto, hasta acabar en una chopera donde se transforma en senda. La seguimos, guiándonos por nuestro agudo sentido de la orientación, hasta desembocar en un camino en cuyo suelo, algún bondadoso peregrino, quizás después de haberse perdido, ha hecho una flecha con piedras.

La pista acaba en una carretera local que seguimos durante unos 700 m. Luego, nos desviamos a la derecha por una pista. Poco después llegamos a la fuente La Ribera donde nos encontramos a otros ciclistas bebiendo de ella. Son un grupo de cuatro amigos que pretenden llegar hoy hasta Puebla de Sanabria, pero no están realizando el Camino Sanabrés. Los dejamos mientras descansan y proseguimos la ruta hasta cruzar un canal.

Tras una corta subida, en la que vemos a nuestra izquierda unas bodegas excavadas en la tierra, el camino nos deja a las puertas de **Calzadilla de Tera**. Atravesamos el pueblo siguiendo las flechas y, a las afueras, encontramos un monolito con forma de miliario romano, que indica el paso de la vía romana XVII que unía la ciudad portuguesa de Braga con Astorga. Esta calzada romana da nombre al pueblo.

Aprovechamos para hacer unas fotos y seguimos adelante por el asfalto hasta **Olleros de Tera**. Atravesamos el pueblo por la carretera y poco después, junto a una señal indicadora, giramos a la izquierda por una amplia pista. Mientras avanzamos por ella a buen ritmo, nos cruzamos con coches “poco adecuados” para esos terrenos. Poco más adelante, al llegar a la ermita de Nuestra Señora de Agavanzal, descubrimos el motivo. Están celebrando una boda. Ya va siendo una costumbre en nuestros viajes, toparnos siempre con alguna. Están esperando a la novia, así que decimos que venimos de su parte a ver si nos invitan. Nos dicen que si vamos a La Bañeza, situada a unos 40 km, estamos invitados. Resulta curioso ver tanta gente trajeada en un paraje como este. Tras unas fotos a la ermita y al evento, seguimos adelante. En las guías que he leído, siempre mostraban este camino como difícil por sus condiciones, pero está en perfecto estado.

El camino comienza a ascender suavemente hasta que se divide en dos. Frente a nosotros sale una senda y un cartel indica que las bicis deben girar a la izquierda por una pista ascendente. Es más largo, pero por si acaso, decidimos hacer lo que dice la indicación. La subida es cada vez más dura y después de tanto llanear, nos cuesta un poco acostumbrarnos. Desembocamos en lo que

alguna vez debió estar asfaltado y ahora se ha transformado en una incómoda pista de grava. Justo allí, vemos un coche que creemos es el de los ciclistas que nos encontramos antes de Calzadilla de Tera pues, por un momento, parece confundirnos con ellos. La pista sigue ascendiendo, aunque más suavemente, hasta llegar a un alto desde el que divisamos el pantano de Agavanzal que remansa las aguas del río Tera, nuestro compañero inseparable en el día de hoy. Descendemos hasta la presa y nos detenemos en ella para hacer unas fotos. El embalse está lleno y corre una suave brisa. Seguimos adelante pedaleando a buen ritmo, más o menos en grupo, por la vía de servicio que lo rodea y que tiene un perfil de continuos sube y bajas. De vez en cuando se hace irresistible el parar a contemplar el paisaje y fotografiarlo. Hay alguna zona que parece espléndida para el baño.

En una de las múltiples entradas del pantano, el camino se separa de él y comienza a ascender hasta las cercanías de un cementerio, momento en el que salimos a una pequeña carretera. La tomamos a la izquierda y tras un ligero ascenso, llegamos a **Villar de Farfón**, pequeña pedanía de Rionegro. Este pueblo fue fundado por los Señores de Rionegro, descendientes de Diego de Losada, fundador a su vez de la ciudad de Caracas. Un cartel nos indica que entramos en tierras de Sanabria, en la comarca de la Carballera.

Siguiendo las eternas flechas, salimos del pueblo cuando vemos una fuente con un cacillo de metal esmaltado para beber en ella. Ya hace un rato que el calor aprieta algo más, así que decidimos pararnos para coger agua. Sobre ella hay un curioso cartel escrito sobre unas baldosas, en español y en inglés y que reza así:

*“Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; Más el que bebiere del agua que yo le daré, para siempre no tendrá sed”*

Es un versículo del evangelio de San Juan. Estamos seguros que volveremos a tener sed, pero el agua fresquita que sale de la fuente nos deja bien satisfechos.

Retomamos el camino que cada vez es peor y asciende suavemente, adentrándose en una zona de páramo con vegetación aislada. Intento filmar el trayecto, pero por varias veces me doy un buen susto. Unos surcos a lo largo de él, hacen que las ruedas se desequilibren con facilidad y que debemos prestar mucha atención. Al final de la subida, un mojón de granito, con piedras encima puestas por los peregrinos a modo de hito, marca la dirección del camino a seguir.

Comienza un descenso rápido y con abundantes trampas en forma de cantos rodados. Tere se cae y se lleva un buen golpe en el codo, rodilla y espalda. La herida inciso-contusa del codo es la que tiene peor aspecto, ya que además de anfractuosa, está muy sucia de tierra. A pesar de su habitual rechazo a ser atendida, el orgullo herido es peor que el dolor corporal, y de sacar todo su genio, al final la convencemos y cede a regañadientes. Cómo podemos, lavamos la herida con agua oxigenada y desinfectamos con betadine, gracias al pequeño botiquín de Chavi. Cuando lleguemos a destino la miraremos mejor.

Descendemos ahora con más calma a pesar que el terreno pide bajar rápido, pero de las caídas no estamos libres ninguno y con una ya basta por hoy. Además, a lo lejos,

en el fondo del valle, vemos **Rionegro del Puente**, en principio nuestro primer final de etapa.

Sobre la 13.30 llegamos a Rionegro del Puente. Entramos en el pueblo atravesando el río Negro por una pasarela de cemento y cerca de un azud. El río hace honor a su nombre y es muy oscuro, imaginamos que por el color de la roca del fondo. El camino cruza bajo el puente de la carretera y por una fuerte rampa de cemento accedemos a la plaza del pueblo, donde nos espera César con el coche de apoyo.

Nos dirigimos a la iglesia, que destaca sobremanera. Es el Santuario de la Virgen de la Carballeda. Una amable mujer del pueblo y encargada de enseñarlo, nos explica que es el primer día que lo abren este año. Estamos de suerte, así que entramos a sellar las credenciales. Nos dice que ella no tiene sello y que de eso se encargan en el bar, pero que ella nos explica todo lo referente al santuario.

La iglesia, que fue acabada en el siglo XVII, tiene una alta torre de más de 20 m, toda de sillería y de aspecto robusto. Un atrio con un par de tumbas en sus paredes da paso a su interior. Es muy grande y tiene tres naves. Tras el altar se encuentra la imagen de la Virgen de la Carballera, patrona de toda la comarca. Nos enseña un curioso elemento, llamado El Tumbo, que se encuentra a la izquierda de la entrada, con tres cajas labradas y policromadas representando el cielo, el purgatorio y en la base, bestias devorando a los malos hombres. Todo ello culminado con un esqueleto que porta en sus manos una guadaña y una especie de azadón largo. Fue hecho por la

cofradía de los Falifos y es propiedad de ellos, al igual que el santuario.

Los Falifos son una hermandad que en sus orígenes, probablemente en el siglo X, nació como una reunión de alcaldes y religiosos para dar culto a la virgen y para proteger y ayudar a los peregrinos que iban a Santiago de Compostela. Falifo, farrapo o trapo, es la herencia que deja el cofrade a la hermandad. Esta prenda se vendía posteriormente para recaudar fondos.

Después de la visita, nos dirigimos al bar Central para ver si podemos comer algo. Nos dice el amable dueño que menú no hay, pero que puede hacernos unos bocadillos calientes. Pedimos unos bocadillos de tortilla con jamón, creo recordar -¡esta memoria cada vez me falla más!-, y unas jarras de cerveza (bueno y Coca-Cola para Tere). Mientras esperamos, vemos que en el bar hacen de todo, bar, lotería, agente de un banco, etc. Tras el café y al ir a pagar, nos regala una apuesta de la lotería primitiva. Todo un detalle.

Salimos del pueblo, por la derecha de su albergue de peregrinos, en ligero ascenso, para tomar después un caminito. Vamos en fila india quejándonos del dolor de piernas, pero después del parón de la comida es normal. Pronto se transforma en un sendero que aboca en una pista que nos lleva al paso sobre la autovía A-52. Pedaleamos durante un rato pegados a ella, ascendiendo hasta el alto del Manzanal. Entonces cambiamos de dirección y lo hace de forma paralela a la N-620. Es una zona de páramo, en la submeseta carballesa, en la que comentamos lo inhóspito que puede ser en invierno este lugar. Es un tramo monótono y sin complicaciones,



llamado Prao Virón, en el que aprovechamos para filmar un poco de vídeo y en hacer unas cuantas fotografías. Pasamos tras un almacén industrial y cruzamos una carreterita.

El pedaleo es rápido ya que, aunque en ligero ascenso, tan apenas subimos 100 m en ocho kilómetros, aunque haya algunos pequeños descensos entre medias. El camino-senda se va aproximando a **Mombuey** y a lo lejos ya vemos el hostel donde nos vamos a hospedar. Llegamos a las seis menos cuarto. Nuestro objetivo de adelantar camino cada día, se ha cumplido. Lástima que no haya alojamientos un poco más adelante para avanzar algo más, pues la etapa de hoy ha sido mucho más fácil de lo que pensaba y con muy poco desnivel. Por otra parte, así cogemos el ritmo de ruta y no nos sofocamos el primer día.

César ha reservado por la mañana habitaciones ya que el albergue de peregrinos es muy pequeño, además el precio es bueno y podremos cenar en el mismo hostel. Llegamos a él y rápidamente descargamos la furgoneta con nuestras cosas. Repartimos las habitaciones y Pedro y yo elegimos una. Nos duchamos tranquilamente y como es temprano y pega el sol, hacemos una colada con la ropa usada hoy y la colgamos en improvisados tendedores fabricados por Antonio en un par de balcones del pasillo. Tere pasa a nuestra habitación para que le cure y desbride un poco las heridas de codo y rodilla. Le pongo unas gasas con una protección elástica en el codo, que es la de peor aspecto, y no le hace mucha gracia porque piensa que le dejará marca con el sol de mañana. ¡Divina hasta en los malos momentos!

La única pega del hostel, es que las habitaciones están en el tercer piso y no hay ascensor. Con la de viajes que hacemos, subimos más desnivel que en toda la etapa. Mientras tanto, Manolo ha aprovechado para desmontar el eje de pedalier y darle un poco de grasa para evitar ruidos molestos. Yo aprovecho para bajar los tracks de la ruta, cargar los de mañana en el GPS, además de descargar las fotos de Pedro y las mías en el portátil. Un par de nosotros cargan las bicis en la furgoneta para evitar que nos las quiten.

Más tarde, Pedro, Michel, Manolo, César Antonio y yo, nos vamos al pueblo. Lo tenemos a menos de un kilómetro del hostel. Recorremos el pueblo fotografiando todo lo que podemos. Intentamos beber de una fuente, pero unas viejecitas que están hablando en un banco a la sombra, nos recomiendan que no lo hagamos. Nos indican una fuente mejor. Les preguntamos si son fiestas, ya que vemos a unos jóvenes que se afanan en acabar un arco de madera bajo un entoldado que tiene colgando una cruz templaria. No recuerdo muy bien que explicación nos dieron, pero parecía algo relacionado con una tradición.

Recorremos las callejas del pueblo para bajar hasta una plazoleta en la que, junto a un crucero, se encuentra la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción - Santa María en algunos libros-, de la que resalta sobremanera la torre románica de origen templario. Su aspecto es muy original, de aspecto defensivo y está datada en el siglo XIII. En uno de los lados, cerca de las ventanas más altas, me llama la atención una cabeza de un toro que parece hacer referencia al nombre del pueblo, según leo después en mis apuntes. Bajo ella una placa con esta leyenda:

*“Los templarios, señores de leyenda de estas tierras con la belleza y reciedumbre de esta torre, dan testimonio de su creer y existir más allá de su tiempo que en el camino de la vida tus buenas obras hablen de ti después de tu tiempo y tu andadura”*

Descansamos un rato en un banco, mientras César nos ameniza con un baile, y vemos una señal del camino. Mañana saldremos del pueblo por aquí.

Regresamos paseando por la carretera y entramos en un bar donde nos sentamos a tomar unas cañas, aposentando nuestros traseros en un sofá frente al televisor. Colgado de la pared, me llama la atención un anuncio de un campeonato de tute. Lo curioso es el premio; un cordero y vino para el ganador, que pagan a escote entre todos los perdedores, pero que se lo comen todos juntos.

Volvemos al hostel a tiempo para cenar. Nuestros uniformes rojos cuelgan de las ventanas a modo de estandarte para que todos sepan quienes han tomado el lugar.

Salvo por dos mesas, somos los únicos ocupantes del comedor. Cenamos bastante a gusto y la camarera que nos atiende es una chavala muy maja y activa que sabe seguir muy bien las bromas. Nos comenta que ella es de Cernedilla, un pueblo por el que pasaremos mañana, pero que vive en una casa aislada. Antonio, que ha visto un orujo de crema de café en una vitrina, insiste en que para terminar la cena, nos pongan un chupito de él.

Nos retiramos a las habitaciones, recogemos la ropa tendida y me pongo a escribir este diario. Como se alarga

un poco y tengo sueño, decido que tiraré de memoria cuando vuelva a casa. Mañana debemos afrontar el Padornelo y si es posible la Canda para adelantar camino. Nuestras fuerzan dirán lo que haremos.

Hoy hemos pedaleado durante algo menos de 7 h con 69 km de recorrido y un desnivel de 400 m.



***Foto de grupo en Benavente***



*Pedaleando junto al río Tera*



*Camino de Mombuey*



*Santa María o de la Asunción en Mombuey*



## Mombuey - Vilavella

3 de julio de 2011

Hoy nos levantamos a las 7 h, un poco más tarde que ayer, porque en estos lares amanece también más tarde y la temperatura es menor, no en vano estamos a unos 900 m de altitud. Bajamos al portal, pregunto a César por su dolor y me contesta que no se le pasa. Veo que Tere, a pesar de las protestas del día anterior, se ha dejado el vendaje.

Nos montamos en la bici sobre las 7.30 h y nos dirigimos a **Mombuey** para ver si podemos desayunar. En el hostel en el que hemos dormido, no sirven desayunos tan pronto. Ayer nos comentaron que quizás el hostel Rapina estuviera abierto. Así es y entramos a tomar un café con leche, bueno, un desayuno como lo llaman aquí -el café con leche equivale al cortado en Huesca- y un poco de bollería. Lo tomamos con rapidez y poco después de las ocho, empezamos a pedalear.

Descendemos a la parte baja del pueblo para pasar junto a la torre templaria donde está la primera flecha amarilla. El camino, que debió ser la antigua carretera, nos vuelve a dirigir a la N-525, pero sin entrar en ella, se desvía a la izquierda por una amplia pista que cruza la carreterita a Fresno de la Carballeda. Seguimos por el camino rodeado de robles (carballos), hasta que un brusco giro hacia el sur, nos lleva a pasar por un puente sobre la A-52. Poco después topamos con la primera duda del día. Las flechas y waypoints nos mandan para un lado y una señal de obras indica que debemos seguir por otro. Después de

unos momentos de duda, nos decidimos por la segunda opción, de forma acertada. El antiguo camino está cortado por unas obras que pueden ser del AVE. En poco rato y en descenso, llegamos a **Valdemerilla**, pequeña pedanía de Cernadilla, donde nos recibe un monolito en el que se lee:

*“... este pueblo encarna el sosiego y todo lo hace relativo. Pocos aquí son multitud...”*

Paramos para fotografiar su iglesia de San Lorenzo y rápidamente salimos por una amplia pista de tierra prieta y desprovista de arbolado. Pedaleando con tranquilidad, agrupados y sin apenas desnivel, en poco más de cuatro kilómetros, llegamos a **Cernadilla**. Justo a su entrada hay una ermita, llamada del Cristo. Unas cuantas fotos y continuamos unos metros hasta ver la iglesia de la Purificación del siglo XVII. Michel y yo nos paramos para hacer unas fotos. Los demás pasan de largo. El cementerio está integrado en el conjunto, rodeando la iglesia y la entrada está porticada.

Salimos del pueblo por una pista asfaltada y en menos de dos kilómetros, llegamos a **San Salvador de Palazuelo**, pedanía del pueblo anterior. Nos recibe una rara ermita y ya en el interior del pueblo llegamos a la iglesia de la Transfiguración del Señor. Un grupo de paisanos charlan a su lado y preguntamos a una mujer como hace para tener unas dalias tan bonitas y espectaculares. Nos dice que nada de particular, es más, no se preocupa demasiado de ellas. La iglesia tiene unas escaleras para acceder a la torre. Michel, José Luis, Chavi y yo, subimos por ella hasta el campanario por unas desgastadas escaleras de piedra. Desde él hay una vista preciosa sobre los alrededores y sobre el embalse de Cernadilla. En las

campanas está escrita una dedicatoria a su esposa, del hombre que las donó.

Descendemos por un camino para cruzar los arroyos de la Calzada y de Llamas, para luego ascender hasta una carreterita asfaltada que cruzamos para continuar hasta **Entrepeñas**, por un camino asfaltado y en el que aparecen unas cruces a lo largo del recorrido. Pasamos una ermita a la entrada del pueblo y en la plaza vemos una fuente junto a un árbol. Una mujer muy agradable que pasa por allí, nos comenta que mucha gente se para en ella.

Salimos de este pueblo, de alto valor turístico, por un camino que se toma a la izquierda, al final del pueblo. Esta, va ascendiendo con suavidad, rodeada de bastante arbolado, hasta que llegamos a la A-52. La cruzamos por un paso elevado y de nuevo por pista, entramos en **Asturianos**. Nos recibe la iglesia, en cuya portada es llamada de la Asunción (en las guías, iglesia del Carmen). Hacemos un pequeño receso y continuamos por el pueblo hasta atravesar la N-525. Las flechas nos hacen recorrer este por dentro, para devolernos a la carretera. Continuamos por ella unos metros y nos desviamos a la derecha por una carreterita asfaltada en ascenso. A los pocos metros la dejamos para entrar en una pista que desciende un poco y que se transforma en un sendero. Tere lo pasa mal en este tramo, pero llega un momento en el que todos debemos continuar a pie, por el barro y la cantidad de piedras que hay. El sendero comienza a ascender y el porteo de la bici es absolutamente necesario. En todo momento estamos rodeados de un frondoso bosque. Por fin podemos montarnos en la bici y pedaleamos por un estrecho sendero que nos deja en una

carretera secundaria. Seguimos de frente y entramos en **Palacios de Sanabria**, a la altura del Santuario del Santo Cristo de la Piedad. Aquí nos paramos unos minutos para fotografiar la iglesia y comer alguna barrita energética. El edificio está porticado y tiene espadaña. En una inscripción en la puerta se puede leer textualmente:

*“sia qui tulimosnaechares tuscaudales crezeran a millars”*

Una pequeña ranura, sirve para introducir las monedas. En una de sus esquinas hay un curioso reloj de sol sobre el que no se proyecta la sombra.

Justo en frente, sale un camino agradable para pedalear y que atraviesa una zona ampliamente arbolada con robles. Cruza una carreterita secundaria y enseguida entra en **Remesal**. En este pueblo se reunió Fernando el Católico con Felipe el Hermoso para tratar ciertos temas sobre el reinado de Doña Juana y su gobierno de Castilla. Una fuente y dos bustos de los reyes, lo recuerdan.

Salimos del pueblo junto a una pequeña ermita y descendemos ligeramente hasta un antiguo camino que se introduce de nuevo en el bosque de robles y que se encuentra rodeado de muros de piedra. El recorrido se acerca a la A-52 para cruzarla de nuevo por un paso elevado. Lo cruzamos y continuamos por una amplia pista. Voy el primero siguiendo los waypoints y me cruzo con una peregrina. La saludo y me despisto, saltándome una flecha. Como sigo mis marcas, no oigo a los demás gritar que me he equivocado y llego hasta la carretera de Otero de Sanabria. Se acercan para avisarme de mi error y vuelvo sobre mis pedales.

Retomamos el recorrido “oficial” y descendemos por una especie de trocha. Llega un momento en el que casi no se puede seguir montado. Antonio, Manolo y Pedro se adelantan, mientras yo, al llegar a una pradera llena de digitalis y muy encharcada, me detengo a filmar un poco el paso de los últimos. Tere va conmigo y mientras espero para grabar, oigo un grito y Tere desaparece entre las hierbas. Me doy la vuelta y no la veo, así que bajo un poco hasta que aparece tumbada en la hierba con la bici encima. En un acto muy poco caballeroso por mi parte, pero cerciorándome previamente de que no se ha hecho mal, no puedo evitar grabarla. Cuando nota que la humedad del suelo le llega a la piel, se levanta de un salto. Entonces llega el resto del grupo y mientras nos reímos contando lo acontecido, José Luis se cae al meter el pie en un agujero del barro. Ahora nos reímos por partida doble.

Vuelve a aparecer la pista, pero es una zona muy húmeda y está totalmente embarrada. ¡Ahora entiendo el porqué de marcar el camino por donde yo iba! Pasamos este tramo a pie y enseguida entramos en **Otero de Sanabria**. El pueblo crece a lo largo de una calle que desciende ligeramente. Cuando creo que ya he pasado el pueblo, entro en su centro. Adelanto a una peregrina y esta me vuelve a adelantar cuando me paro a fotografiar la iglesia de Santo Tomás Apóstol. Voy el último, así que aprieto el pedal para dar caza a los demás. Lo hago cuando la calle llega a la carretera.

Descendemos a toda velocidad hasta atravesar de nuevo la A-52, esta vez por un paso inferior. Un fuerte repecho por asfalto nos deja en **Triufé**. Rodeamos el pueblo por una zona con bastantes casas derruidas y acabamos en

una carretera local, que a su vez termina en la N-525. Ya vemos cerca **Puebla de Sanabria** con su imponente castillo en lo alto. Descendemos hasta una rotonda, desde la que entramos en el pueblo.

Es hora de comer algo, César ya ha llegado y mientras unos miran un bar donde hacerlo, Pedro entra a sellar la credencial en el albergue Casa-Luz, donde el hospitalero cumple con el ritual. En el primer bar que preguntamos, el dueño, al decirle que somos nueve, se asusta y nos dice que la plancha está fría. Seguimos calle abajo y antes de cruzar el puente, vemos un cartel que indica un área recreativa junto al río Tera. Vamos hacia allí y por fin podemos comer algo caliente. Son casi las doce del mediodía y solo llevamos 35 km. Aún debemos pasar el Padornelo y si se puede La Canda. No estoy muy seguro de que vayamos a conseguirlo.

Nos atiende una chica búlgara, bastante simpática y que no pone ningún reparo para prepararlo todo. Eso sí, nos avisa que le costará algo de tiempo. Cuando hay hambre, que importa el tiempo.

El entorno es espectacular, sentados junto a la ribera del río y el castillo sobre nuestras cabezas. Tanto mirar al castillo, me doy cuenta que en el cielo aparecen unas grandes nubes de evolución. Le pregunto a un hombre que pasea por allí, si va a haber tormenta. Me contesta que no lo cree porque el viento viene del sur, de Portugal. Yo solo sé que cada vez son más grandes, pero confiemos en los paisanos.

Tomamos asiento bajo una carpa, mientras saboreamos unas cervezas y refrescos. A la chica le llegan refuerzos y los bocadillos aparecen pronto. Entre unas cosas y otras,

estamos una hora charlando y riéndonos de las diversas ocurrencias de Chavi, que tiene para dar y vender. Después de los cafés, reiniciamos la marcha.

Nos queda la parte más dura, a priori, de la ruta. Yo pensaba que Puebla de Sanabria estaba a mayor altura, pero desde el inicio, con tanta subida y bajada, estamos a la misma altura que en Mombuey. Me temo que, como de costumbre, nos tocará lo peor hacia las tres. Va siendo otra mala costumbre.

Sobre la una, cruzamos el puente sobre el río Tera y giramos a la derecha para rodear el pueblo por el norte. Cruzamos un puente sobre el río Castró y antes de llegar a la N-525, giramos a la izquierda por un camino que corre junto al río Castró y que está indicado con un cartel de madera. Después de un rato por la pista, desembocamos de nuevo en la N-525, para salir de ella en menos de 400 m, tomando de nuevo un camino a la izquierda. Vamos por fuera de mis indicaciones, pero seguimos en todo momento el trazado oficial.

El camino vuelve junto al río Castro, para correr luego de forma paralela a él. En este punto tenemos dificultades para seguir las flechas ya que el camino va directamente al río. Unos momentos de búsqueda y al fin Antonio descubre una señal medio escondida. Nos envían por un sendero abierto por el paso de peregrinos, que dura algo más de un kilómetro. A nuestra derecha llevamos en todo momento la nacional y la autovía que nos sirven de referencia. Algo más tarde, la pista hace un quiebro de 90° y se vuelve a convertir en senda cerrada que cruza unos campos y nos saca de nuevo a la N-525, durante algo menos de medio kilómetro. El trazado comienza a ser un

poco lioso y lento, pero no lo abandonamos. Salimos de la carretera girando a la derecha y por un camino, más parecido a una senda que a otra cosa, llegamos en ascenso hasta la Iglesia de Santiago. En este punto reagrupamos y reponemos nuestros depósitos de agua en una fuente de agua muy fresca que hay frente al edificio. Hacemos unas fotos a la iglesia, en la que destaca la espadaña, a la que se accede por unas escaleras de piedra.

Una mirada al cielo en vez de a las flechas amarillas del suelo, hace que me empiece a inquietar un poco. Grandes nubes de evolución cubren ahora todo el cielo y parecen tener intención de quedarse en forma de tormenta. El hombre de Puebla de Sanabria se equivocaba y es muy posible que nos mojemos, además el calor empieza a ser algo más intenso.

Reanudamos la marcha y a pocos metros cruzamos una carretera y pedaleamos junto a un campo de futbol con un crucero tras una de sus porterías. Parece que no tienen mucha fe en el portero. Ya vemos las primeras casas de **Terroso**. Cruzamos el pequeño pueblo sin apenas detenernos y ascendemos por un par de curvas hasta alcanzar un paso sobre la A-52. Proseguimos por una pista ascendente sin perder de vistas las indicaciones, que nos llevan por algún atajo, hasta que estas nos introducen en un sendero. Un cartel con el lema “Buen Camino”, nos anima a seguir. Este continúa en ascenso poco tiempo hasta que comienza a descender hacia el valle. La bajada es algo complicada y debemos desmontarnos para cruzar un regato de agua. Salvado este obstáculo, el sendero desemboca en una pista para cruzar de nuevo la A-52 y entrar en **Requejo**. A la entrada del pueblo hay una



fuelle en la que Manolo aprovecha para beber de nuevo. Un crucero nos da la bienvenida al pueblo y llegamos a la N-525.

En este punto tenemos dos opciones: Podemos seguir por la carretera para pasar el puerto de Padornelo, o ascender por el camino de tierra. No lo pensamos demasiado y decidimos afrontarlo por el camino más difícil y largo. ¡Somos así!

Cruzamos la nacional junto a la ermita de la Virgen Morena de Guadalupe y continuamos por una pista asfaltada que lleva al cementerio. Las señales marcan a la derecha por un camino que asciende de forma terrible. Aquí comienza la ascensión al Padornelo y solo estamos a 1000 m de altitud. Remontado este primer repecho, el camino se estrecha para pasar un arroyo por un pequeño puentecito. Unos metros a pie y retomamos la pista que poco a poco se introduce en el oscuro bosque de robles. El camino está bordeado de muros de piedra, totalmente cubiertos de musgo. De momento la ascensión no es demasiado dura y el entorno es idílico. La falta de luz por la frondosidad del bosque, unido a que el cielo está cada vez más cubierto, hacen que las fotografías salgan “movidas” y se distorsione la belleza del entorno. La disyuntiva entre foto y disfrutar del momento, se inclina a favor de lo segundo.

El camino asciende con más dureza y se hace cada vez más estrecho para acabar siendo una senda. El grupo se empieza a disgregar y se comienza a oír los truenos de la tormenta, pero de momento no llueve. Aprovecho las breves paradas para esperar a los que vienen detrás y

grabar unos videos. Cuando lo intento hacer montado en la bici, paso serios apuros para mantener el equilibrio.

Los tramos en los que podemos ir montados son cada vez menores, tanto por el desnivel como por el estado de la senda, cada vez más pedregosa. A nuestra izquierda discurre un arroyo de aguas cristalinas cuyo sonido aumenta la sensación placentera de estos momentos. Los truenos son cada vez más frecuentes, el cielo está totalmente encapotado, pero de momento sin lluvia.

Antonio va por delante y se mantiene en comunicación por radio con Michel. Así nos avisa de las dificultades que aparecen en el camino, como dos peregrinos andaluces que duermen en medio de la senda y a los que tiene que despertar para pasar.

Por fin llegamos al final de la senda que termina junto a la boca escondida de un túnel del tren. Nos reagrupamos todos. Dos flechas indican dos opciones: la primera seguir por sendero para ascender el puerto y la segunda, seguir la pista. La primera opción es inviable con las bicis, así que decidimos seguir por la pista como indican mis marcas de GPS y las flechas. Lo curioso del caso, es que a pesar del esfuerzo, aún estamos a 1.100 m de altitud y nos queda bastante hasta el puerto situado a 1320 m.

La pista, como ya nos imaginábamos todos, comienza a ascender con fuerza. Poco a poco salimos del espeso bosque rodeando un par de montañas pequeñas. La lluvia empieza a aparecer, aunque de forma ligera. Apretamos todo lo que podemos los pedales para llegar arriba cuanto antes. Por fin, cuando la lluvia arrecia, llegamos a una planta de áridos situada sobre la antigua nacional, hoy convertida en poco más que una pista. Aprovechamos uno

de los cubiertos de la instalación para refugiarnos y llamamos a César por la emisora. Este se acerca y aprovechamos para beber unos refrescos de la furgoneta y para que, los que no lo lleven, cojan sus chubasqueros y luces de la bici. Acordamos que pasaremos el túnel del puerto, con César cubriéndonos las espaldas con la furgoneta para evitar sustos e iluminarnos el camino.

Cuando la lluvia disminuye un poco, reanudamos la ascensión. Todavía debemos superar 170 m de desnivel. Lo hacemos por la vieja y abandonada nacional. Esta, asciende penosamente adaptándose al terreno hasta desembocar en la N-525. La carretera sigue ascendiendo y salva un profundo barranco mediante un puente desde el que vemos, a nuestra derecha, los dos grandes viaductos de la autopista.

Por fin llegamos al túnel y nos reagrupamos para pasarlo. Cuando entramos en él, veo que Antonio y Manolo están en la acera de este. Les pregunto y me dicen que se quedan arreglando las luces de Antonio que no le funcionan ¡Le tenía que pasar al ingeniero...!

Los dejo y sigo tras la furgoneta, pegado a ella. Afortunadamente el túnel está iluminado y tiene aceras para poder pasarlo andando. Los algo más de 400 m de túnel se hacen largos por la tensión y cuando salimos de él, nos reagrupamos a la espera de los que se han quedado. César vuelve con la furgoneta hasta el otro lado del túnel y al cabo de poco tiempo aparecen los tres. Al parecer se han asustado, al darse cuenta que la luz fallaba y cruzarse con un coche de la benemérita.

A este lado del túnel no llueve y el día aparece mejor, cosas de la montaña. Hemos salvado el primer obstáculo

del día y son algo menos de las cuatro de la tarde. Las cosas van bien y puede que consigamos nuestro objetivo de hoy. César, que ha estado andando un poco por la zona mientras nos esperaba, me advierte que el trazado por el camino oficial está cortado por la autovía y que debemos seguir por la carretera hasta recuperarlo.

Descendemos a toda velocidad por la nacional que cruza por un paso elevado la A-52 y llegamos a **Padornelo**, pueblo que da nombre al puerto. Nos detenemos lo justo para hacer unas fotos, dejamos a la izquierda la iglesia de Santa María de la Asunción, y continuamos descendiendo hasta que una señal nos saca de esta carretera para entrar en la de Lubián. La seguimos durante menos de un kilómetro, hasta que las flechas nos desvían a la izquierda para meternos en un camino fuertemente descendente. Así da gusto dar pedales. Tere lo pasa peor en algún tramo con muchas piedras y lo hace a pie. Sin embargo, la alegría se acaba pronto cuando, tras pasar una acequia, entramos en un viejo camino de montaña, empedrado, rodeado de muros de piedra, robles y helechos. El tramo es espectacular, pero las piedras sueltas, húmedas y lisas y el agua que mana de sus paredes, además del cansancio acumulado, pueden causarnos un accidente. Lo hacemos a pie como podemos para no mojarnos demasiado los pies. Afortunadamente es un tramo corto que nos deja a las puertas de **Aciberos** donde nos volvemos a reagrupar.

Cruzamos el pueblo dejando a la izquierda la ermita de Santa Ana, descendemos por una calle larga y salimos por un precioso camino que desciende rodeado de altos muros de piedra y robles cuyas hojas muertas lo cubren todo. Su trazado zigzaguea salvando los obstáculos del terreno y

obligándonos a desmontar en más de una ocasión. Poco más adelante, cruzamos sobre el ferrocarril por un puente de piedra y el sendero se hace más ciclable e ideal para la bicicleta de montaña. Son momentos de los que no se olvidan y que intentamos disfrutar al máximo. En el camino nos cruzamos con un peregrino que va con alforjas y que no puede más. No es muy sensato descender por aquí con alforjas y solo.

Volvemos a cruzar la vía del tren, esta vez bajo ella, y continuamos descendiendo entre zigzags del camino hasta desembocar, junto al río Pedro, en una pista asfaltada que asciende con dureza hasta **Lubián**.

Entramos en el pueblo por el Camiño dos Portos Carros, toda una declaración de las dificultades en las comunicaciones de esta zona. Mientras hacemos unas fotos, llega el ciclista que adelantamos antes, empujando como puede su bici. Su cabreo es monumental. Hablamos un rato con él y con el hospitalero del albergue. En un principio nuestra ruta debía acabar aquí. Reponemos agua en una gran fuente y ascendemos hasta la carretera, donde esta César.

Descansamos un poco y, tras estudiar los mapas con Michel, nos planteamos la posibilidad de seguir hasta el albergue de Vilavella, al otro lado del puerto de La Canda. Son las cinco de la tarde y creemos que nos da tiempo. Son solo once kilómetros, pero hay que pasar el puerto. Por fin decidimos dividirnos en dos grupos; Chavi, Pedro, Tere y José Luis pasarán el puerto por carretera y Manolo, Antonio, Michel y yo, lo haremos por el camino marcado.

Nos despedimos y deshacemos parte del camino, bajando por el pueblo hasta ver una flecha amarilla en la pared de

una casa de piedra. Esta nos envía por una pista asfaltada que desciende mucho, hasta que en una curva pronunciada, las señales nos introducen en una pista de cemento. Esta sigue en descenso hasta cruzar bajo los viaductos de la autovía, cruzar el río Tuela y llegar al Santuario de Tuiza.

Es una iglesia de estilo barroco que se construyó sobre una ermita anterior. Alberga a la Virgen de las Nieves, patrona de la Alta Sanabria. Los segadores gallegos hacían un alto aquí cuando volvían de Castilla, para ofrecer sus hoces a la Virgen antes de pasar el puerto de la Canda.

Hacemos unas fotos y buscamos el inicio a la ascensión del puerto. Son las cinco y media y estoy algo cansado, pero quiero hacer el recorrido oficial y la belleza del lugar me da ánimo. Entramos en una zona de bosque muy húmedo y con el suelo embarrado, con pasos de piedras para librar los regatos que aparecen y grandes losas de granito en la parte central del camino para no mojarse. Poco después el camino se puede pedalear a tramos, obligándonos a un continuo montar y desmontar de la bicicleta. El paisaje bien vale este esfuerzo. A cada recodo del camino, aparece un lugar más bonito que el anterior y así continuamente. Con tanta fotografía y video, poco a poco, Michel y yo, nos vamos quedando atrás y solo la emisora nos mantiene en contacto con Antonio y Manolo.

El sendero aumenta en desnivel y cada vez da menos opciones para usar la bici e incluso se llega a hacer difícil caminar con mis desgastadas zapatillas. Las calas rozan constantemente las piedras y resbalan sobre ellas. Poco a poco, salimos de la zona boscosa y el sendero pasa bajo

una línea eléctrica de alta tensión. Ahora cambiamos el bosque por unas vistas excepcionales sobre el valle y las montañas que lo rodean, sembradas de aerogeneradores. En todo este recorrido no hemos visto ni un alma, pero por fin, llegamos al alto de la Portela da Canda, señalado con un mojón y piedras amontonadas por los peregrinos. Son las seis y veinte, nos ha costado menos de una hora la ascensión. Salimos de Castilla y en este punto, entramos en Galicia.

Hacemos un receso y vemos a Antonio que palpa su cuadro. Nota algo raro y descubre que tiene una rotura, no completa, como un hundimiento, en su cuadro de carbono recién estrenado. Nadie sabe como ha ocurrido ni somos conscientes de que haya llevado algún golpe. Todo un misterio. Por la forma del daño y por estar en el tubo superior, que apenas trabaja en la bici, decide proseguir y vigilarlo atentamente.

Satisfechos por lo conseguido, comenzamos a descender ya dentro de la provincia de Orense, por una agradable pista que nos deja en **La Canda**. Cruzamos el pueblo sin apenas detenernos más que para hacer un par de fotos de la iglesia.

Salimos del pueblo por asfalto y a los pocos metros las señales nos indican un camino. Lo tomamos y siempre con fuerte desnivel, descendemos para atravesar la vía del tren bajo un puentecito. Más descenso hasta cruzar el arroyo Dos Santos y ascendemos ligeramente hasta llegar a **Vilavella** –Villavieja-. Pasamos junto a la iglesia de Santa María de la Cabeza y llegamos hasta la antigua N-525. Por la emisora nos comunicamos con César y con los demás, que ya han llegado. Nos indican que el lugar de

pernocta está en la estación de tren. Salimos del pueblo y nos espera un fuerte repecho hasta el albergue. Este, de moderna factura, aprovecha un viejo edificio de la estación. Es tan nuevo que no tiene luz y todo funciona a base de un gran generador. Por dentro está muy bien acabado, con suelo entarimado y unos sofás en la zona de estar.

Son las siete de la tarde y han pasado casi doce horas desde que salimos de Mombuey. Saludamos a nuestros compañeros y nos repartimos las literas que quedan libres. Nos han dividido en dos habitaciones con literas y cuarto de baño. Nos damos una ducha y hacemos algo de colada. Con el fuerte viento que se ha levantado, la ropa se secará pronto, a pesar de que estamos a 1050 m de altitud.

Llega el hospitalero y sella las credenciales de todos. Michel y yo, aprovechamos la cómoda salita de estar, y aposentados en los sofás, nos dedicamos a descargar tracks del GPS y fotografías de las cámaras. Dejamos los datos preparados para el día siguiente, mientras charlamos animadamente con una pareja de jóvenes peregrinos de Bilbao, que serán nuestros únicos acompañantes este día. Ella es profesora, comienza a hablar con Pedro –también de Bilbao y profesor- y resulta que tienen conocidos comunes o algo así. Preguntan curiosos sobre el GPS y los datos que descargamos. Comento con Michel que estamos consiguiendo nuestro objetivo de ir adelantando un poco en cada etapa sobre nuestra previsión inicial, además hoy hemos superado los dos puertos de montaña más importantes de la ruta.



Es hora de cenar y tenemos que volver al pueblo que está algo lejos. Unos deciden ir a pie, pero otros, Manolo y yo, nos metemos en la parte trasera de la furgoneta agarrados como podemos para no ir de un lado para otro. En el primer sitio que preguntamos está cerrado, así que nos dirigimos al hostel Porta Galega, situado en la N-525, donde nos sirven una succulenta y bien ganada cena. Unas buenas dosis de caldo gallego o unas alubias blancas con guindillas y carne o pescado, nos dejan satisfechos. El trato del camarero es exquisito, siempre atento a lo que necesitamos. El pan, de varios tipos, desaparece de la mesa como por encanto.

Después de la cena, y ya sin ganas de andar, nos metemos en la furgoneta patera y volvemos al albergue. Los generadores se apagan pronto y nos quedamos sin agua y sin luz. Un montón de frontales de leds y linternas, empiezan a iluminar la habitación hasta que nos dormimos.

Hoy hemos pedaleado durante 7 h, con 79 km de recorrido y 1600 m de desnivel acumulado.



***Cerca de Palacios de Sanabria, esto es la btt***



*Ermita de Santiago, tormenta - Terroso*



*Descendiendo por senderos de fábula*



*Puebla de Sanabria y río Tera*



*Coronando La Canda*

## Vilavella – Xunqueira de Ambía

4 de julio de 2011

A pesar de estar cansados, la noche da mucho de sí. Una singular orquesta, provocada por una fuerte irritación de garganta de uno de los compañeros, nos ameniza el sueño y, cuando me despierto por enésima vez, decido levantarme. Veo que en la habitación ha habido una espantada general. Miro en unas habitaciones vacías del albergue y veo a Manolo durmiendo en una de ellas y a Antonio en otra. A pesar de dormir junto a la estación de tren, solo ha pasado uno en toda la noche y no ha causado ninguna molestia.

Salgo fuera para despejarme y tomar unas fotos. Justo en ese momento llega un tren de cercanías al que se suben tres pasajeros. Más tarde me entero que es la línea Puebla de Sanabria – Orense. Hace bastante frío, pero el aire ha amainado bastante.

Poco a poco se va levantando todo el mundo, recogemos nuestras pertenencias y la ropa puesta a secar el día anterior. Antes de salir, desayunamos un poco con bollería y galletas que llevamos en el coche de apoyo.

A las ocho en punto, salimos hacia **Vilavella** para ver por donde continúa el camino. Las marcas nos llevan a un camino empedrado que desciende fuertemente, pero justo acabar el pueblo, este se transforma en una senda y el terreno se encuentra encharcado, por lo que debemos seguir caminado sobre unos bloques de granito. ¡Empezamos bien el día!

Poco después, podemos volver a nuestras bicis y continuamos por una senda que sigue descendiendo. Más adelante llegamos a una fuentecita, que sirve de señal indicadora, y a una cancela que debemos abrir. Esto empieza a recordar rutas de años anteriores. Entramos en una zona muy húmeda, por la que desciende el río Abredo, y donde tan apenas podemos avanzar de forma que no sea a pie. Bloques de granito a modo de puentes y estrechos pasos junto al camino anegado de agua, nos permiten evitar los “regueiros” gallegos durante algo más de medio kilómetro. Ya pedaleando, llegamos hasta la ermita de Loreto, a las puertas de **O Pereiro**. Atravesamos el pueblo por su única calle y poco después, una señal nos desvía por un sendero, entre moles de piedra granítica y unas plantas llamadas escobas, de aspecto muy seco. Este, acaba cruzando un arroyo por un puente hecho a base de losas de granito, apoyadas una sobre otra de forma milagrosa. Al menos estas dificultades hacen que vayamos todos juntos y podamos fotografiar el lugar sin que luego nos signifique un sobreesfuerzo.

Ahora el camino asciende por un terreno desnudo y pedregoso que nos obliga a desmontar en algunos momentos. Alcanzado un pequeño alto, la senda se vuelve a ciclar con normalidad, siempre rodeada de muros de piedra de grandes losas, que permiten adivinar el gran esfuerzo humano que conllevó su construcción. La vegetación que nos rodea, se va haciendo más variada y tan pronto pedaleamos bajo zonas húmedas con abundantes robles, como lo hacemos por terreno seco y baldío.

Acabamos saliendo a una carreterita que nos sirve para salvar la vía del tren y pronto nos desviamos por una



ancha pista que nos permite avanzar con rapidez y grabar unos vídeos. Llegamos a **O Cañizo**, cuando viene de frente un grupo de vacas llevado por una anciana. Mientras las grabo, casi me doy de frente con una de ellas.

Cruzamos el pueblo que se encuentra disgregado en varios núcleos, hasta llegar al mayor de ellos, donde se encuentra la iglesia. Es bastante majestuosa para el tamaño del pueblo y parece restaurada. Continuamos en la misma dirección hasta el final del pueblo donde entramos en un sendero que termina en la N-525. Reagrupamos y cruzamos la carretera con precaución para descender a toda velocidad hasta cruzar la A-52 por un paso elevado. Unos metros después el camino se desvía y nos lleva a otro, por el que entramos en las cercanías de A Gudiña. Desde este alto realizamos unas fotografías de la localidad y descendemos hasta la N-525. La seguimos hasta entrar en **A Gudiña**. Aquí hemos quedado con César y buscamos un bar donde desayunar un poco. Entramos en el bar O Peregrino. La amable camarera nos presta el sello del bar para ponerlo en las credenciales, ritual que cumplen Pedro y Tere. Como vamos con cierto retraso por las condiciones del camino recorrido, decidimos pasar de los bocadillos y tomamos unos cafés con leche, bueno, unos “desayunos”, que ya nos vamos acostumbrando al lenguaje de la zona. Sobre la barra hay unos botes de queso con jamón en aceite que nos comemos con los ojos, pero será para otra ocasión.

Salimos del pueblo pedaleando por sus callejuelas hasta un crucero situado en una plazoleta, junto a la iglesia de San Martiño. Aquí encontramos dos mojones que indican las dos opciones del camino: por la izquierda hacia Verín y por la derecha hacia Laza. Elegimos esta última porque,

además de ser la prevista, es más corta. Le hacemos unas fotos a Michel junto al cruce y seguimos por asfalto.

La carretera asciende con suavidad y vamos en fila de a uno, disfrutando del paisaje que nos rodea. Pedaleamos por el cordal de la Serra Seca. Pronto alcanzamos la máxima altura y la carretera llanea, permitiendo un pedaleo rápido y agradable y más propicio a la charla. Pronto pasamos junto a la **Venda Do Espino** sin entrar en ella y con algún descenso intermedio que aumenta nuestro ritmo. Por nuestra derecha vemos a lo lejos Carracedo de la Sierra con el pico de Cabeza Grande, así como algunos tramos de vía de ferrocarril, y a nuestra izquierda, se abre un amplio valle en el que desembocan los numerosos barrancos que parten de esta sierra.

En pocos minutos llegamos a la **Venda Da Teresa**, una diminuta aldea arrasada, con apenas vida y que atravesamos. A pocos metros, las señales nos desvían hacia una pista amplia que asciende por el cordal y nos proporciona unas vistas excepcionales sobre el embalse de As Portas que retiene las aguas del río Camba. Paramos un momento para reagruparnos y para hacer unas fotos. La pista vuelve al asfalto que desciende y cruza sobre un paso elevado la vía del tren para llegar por el hasta un pueblo con estación de ferrocarril. Es **La Venta da Capela**. Atravesamos el pueblo junto a unas casitas, que adivinamos pertenecieron a los constructores del ferrocarril. Unos metros después, abandonamos la carretera y ascendemos por un camino por un terreno árido que nos devuelve al asfalto algo después para acercarnos hasta **Ventas do Bolaño**. En esta aldea encontramos, por fin, a una mujer que realiza sus tareas a la puerta de casa. En una fuente con símbolos del

Camino, me quedo con Michel a coger agua. Los demás han seguido para adelante, sin pararse a ver nada. El terreno que nos rodea es pedregoso y tan apenas nace una especie de retama pequeña. Parece que haya sido pasto del fuego no hace mucho. Los montes de alrededor y hasta donde alcanza la vista, están desnudos, con numerosos cortafuegos y con las marcas que deja el fuego sobre el terreno. La carreterita rodea un montículo llamado La Cabeciña de Pérez -vaya nombre- y tras una curva, alcanzamos a los demás que se han parado para hablar con un grupo de seis peregrinos uniformados con una camiseta amarilla chillón que se ve a distancia. Son de varias provincias y hacen el camino a pie. Están sentados a la sombra en medio de la carretera. Por lo menos así hemos podido reagruparnos otra vez.

Después de un breve descenso, las señales nos vuelven a desviar hacia un camino que sale a la izquierda y que asciende unos metros. Poco a poco se convierte en una pista más ancha y que sirve de cortafuegos. En ella grabo a Tere que desciende a toda velocidad. Continúa así hasta una pronunciada curva de la misma desde donde vemos nuestro siguiente pueblo. Allí, una señal nos indica que debemos bajar por un camino peor. Este desciende vertiginosamente por un terreno de pizarra muy suelto. Como el tramo es trialero y divertido, me olvido de hacer fotos y cuando llego abajo, me tiro de los pocos pelos que me quedan. Menos mal que Michel ha sido más espabilado y ha hecho una sola foto.

Ya en una carreterita local, entramos en **Campobeceros**. Parece que el pueblo tiene cierta entidad y no se parece a las aldeas que hemos visto desde A Gudiña. Pasamos junto a la iglesia con espadaña que tiene una escultura de

Santiago Apóstol sobre su puerta y tumbas junto a ella. Por sus calles aparece una furgoneta que lleva productos congelados para vender por los pueblos. Le preguntamos al conductor si lleva helados y nos dice que sí. Abre uno de los portones laterales y aparecen docenas de productos ordenados en cajetines. De uno de ellos saca unos cucuruchos que nos comemos con avidez. Los vende a 60 céntimos de euro, increíble. Mientras tanto, se acerca un habitante del lugar que nos explica como es el trayecto que nos queda hasta Laza.

Salimos del pueblo por una calle de fuerte pendiente con casas bastante arregladas y adornadas con flores. Como nos ha dicho el hombre, comenzamos a ascender durante un kilómetro y medio de asfalto a un ritmo muy tranquilo. Por fin vamos delante Michel y yo, porque llevamos una etapa de esprines continuos por culpa de la fotografía. Desde el punto más alto, descendemos hacia un vallecito donde se encuentra Portocambra. El paisaje ya ha cambiado y ahora abunda el verde de los árboles y de los prados de pastos.

**Portocambra** es un pueblecito que se estira a lo largo de una única calle sobre la carreterita y en el que se mezclan las casas antiguas de piedra, madera y adobe, con otras más modernas de bloques de cemento sin lavar. Antes de salir del pueblo, paramos en una fuente con símbolos jacobeos para reponer líquidos. Vemos al menos, a cinco personas en el pueblo, todo un logro para el día de hoy.

Salimos del pueblo ascendiendo por la carreterita hasta llegar a una gran cruz de madera. Chavi intenta subirse a ella para que le fotografiemos, pero debe desistir. Michel tendrá que hacer un montaje de los suyos.

Esta cruz marca un cambio de dirección y ahora el camino se introduce en una amplia pista por la que se desciende con rapidez. La vegetación de monte bajo, crece ahora más verde y sana. A nuestra derecha, en el fondo de un frondoso valle, vemos el pueblo de Cerdedelo.

Continuamos el descenso en una auténtica carrera de relevos entre los que hacemos fotos. Al llegar a una curva, justo cuando el camino entra en un pinar, vemos el pueblo de Trez en el fondo del barranco. Poco después y tras un reagrupamiento, entramos en la aldea de **As Eiras**, donde unos peregrinos descansan a la sombra de un porche en un pequeño merendero con fuente.

Descendemos por la carretera de acceso a este último pueblo, pero sin despistarnos de las flechas amarillas. Estas pueden aparecer de repente cambiando de dirección como ocurre en este caso, en el que a gritos, avisamos a Antonio que se ha saltado un desvío hacia un camino bastante escondido. Por fortuna, nos oye y no se aleja demasiado. Es un tramo muy corto y empinado en el que José Luis decide bajar andando y que, tras cruzar el río Trez, desemboca en una carreterita local que recorre el fondo del valle.

Ya hemos bajado todo lo que había que bajar, así que la carretera llanea entre campos de maíz y prados hasta llegar a **Laza**. Entramos en el pueblo siguiendo la dirección del albergue y así llegamos hasta el local de protección civil donde una voluntaria, muy amable, nos sella las credenciales y nos aconseja que hagamos el trayecto hasta Albergueria por carretera, ya que la variante por Tamicelas está muy deteriorada por las

lluvias del invierno. Agradecemos el consejo y decidimos hacerle caso.

Salimos en busca de un lugar donde comer y pasamos junto a la Iglesia de san Xoan, para llegar a la plaza la Picota. Aquí vemos un bar restaurante que se llama A Picota, como la plaza. Preguntamos si nos pueden dar de comer a nueve hambrientos y el dueño va a preguntar a su mujer. Nos dice que sí, pero que tenemos que esperar.

Nos tomamos unas cervezas y coca-colas hasta que nos avisen, mientras, hablamos con la camarera sobre unos personajes que se parecen a los arlequines y que aparecen en fotos de la pared. Nos explica que son los Peliqueiros. Son las máscaras que llevan en los carnavales de Laza. Nosotros avisamos a César que venga hasta aquí. Por fin entramos a comer y , pasando de largo el comedor, nos llevan a una especie de nave de piedra muy fresca. Allí han montado unas mesas ya que en el comedor no cabemos y nos comentan que comeremos más frescos. Estamos muy a gusto y esperamos a que nos sirvan lo que hemos pedido y les quede, no en vano, son casi las dos de la tarde. Nos sirven lo que pedimos y está para chuparse los dedos. Unos caldos con garbanzos, otros entremeses, churrasco, pollo, etc., ya que a la buena mujer no le queda de todo para todos. Mejor, así probamos de todo. El café lo tomamos en el bar mientras César paga lo consumido.

Son casi a las cuatro de la tarde y nos queda mucho por pedalear. Salimos siguiendo la calle donde estamos, para avanzar hasta desembocar en la carretera OU-113. Seguimos por ella, haciendo caso a la chica de protección civil y a las flechas amarillas, por un terreno que tan

apenas tiene desnivel. De esta manera, en cuatro kilómetros llegamos a **Soutelo Verde**, pueblo que atravesamos y donde aparece un curioso indicador de “granada a 888”. Volvemos a la carretera y, despreocupados, seguimos las flechas amarillas que nos meten en un camino muy llano que avanza por el fondo de un valle. Entre tanta charla no nos damos cuenta que vamos por la ruta que nos han desaconsejado. El camino es muy agradable y en poco tiempo llegamos a **Tamicelas**.

Aquí comienza un duro ascenso por el pueblo que acaba en una trocha por la que pedaleamos hasta que al cabo de un rato, debemos bajar de la bici. La inclinación y sobre todo las piedras sueltas, impiden el pedaleo, además son las peores horas del día para este esfuerzo y más, después de haber comido como leones. Una suerte de garbanzos saltarines, se empeñan en jugar dentro del estómago.

Continuamos a pie, ascendiendo fuertemente por el Monte da Travesa, hasta un cortafuego donde ya podemos volver a montar en la bici. Seguimos en ascenso y por momentos pensamos que ya ha pasado lo peor. Antonio se adelanta como de costumbre y detrás nos quedamos Michel, Pedro, Tere y José Luis, que va un poco tocado. En una fuerte rampa, Tere, Pedro y Michel empiezan a gritar para darse ánimos y salvar las piedras sueltas y los escalones del terreno.

*-Ahora entiendo porque grita Edu; gritar anima y da fuerzas - dice Tere.*

En el tramo final, cuando parece que ya acaba, la pista se convierte de nuevo en sendero que a duras penas podemos subir montados. Por fin, salimos a la carretera que debiéramos haber tomado si hubiéramos hecho caso

de los consejos, sin embargo tampoco ha sido tan difícil como para descartar el recorrido oficial. ¡No se nos pone nada por delante!

Ya por carretera, descendemos hasta **Alberguería** donde nos espera César con bebidas frescas. Cogemos agua en un grifo y nos acercamos hasta un local donde se oye música del disco Abraxas de Carlos Santana y que suena a gloria bendita en estos momentos y en este lugar. Es el Rincón del Peregrino regentado, según me he enterado luego, por Luis Sandes. Nos pide que firmemos en una concha que luego cuelga en la pared. Las hay a miles y tan apenas hay un hueco para una más. Firmo una con el nombre de la peña y la cuelga con un tornillo junto a la puerta. José Luis compra una para Begoña mientras charlamos un momento con el señor.

Salimos del pueblo siguiendo las flechas, para entrar en un sendero que desciende entre helechos y muros de piedra, hasta que se hace intransitable durante unos metros en los que debemos pasar a pie sobre las consabidas losas de granito. Superado este tramo, el sendero se transforma poco a poco en un camino muy agradable por el que llegamos hasta una pista asfaltada que atravesamos de frente. Vamos algo separados hasta llegar a una carretera. La cruzamos de frente y nos acercamos a una cruz de madera situada junto a un mojón del camino con montoncitos de piedras. Al fondo vemos una vasta extensión llana de Limia. Descendemos con rapidez por una pista rodeada de helechos y árboles que desemboca de nuevo en la carretera. La seguimos durante unos instantes, hasta que en una fuerte curva, debemos entrar de nuevo en otra pista. Esta continúa en descenso hasta el valle por una zona más abierta y que



serpentea hasta bajar a un tramo más llano, rodeado de robles y vallas de piedra, en el tan apenas entra la luz. Salimos a una carretera local y enseguida volvemos a entrar en un tramo como el anterior que ya termina en la carretera de acceso a **Vilar de Barrio**.

Entramos agrupados en este pueblo de casas de piedra y abundantes hórreos. Ascendemos hasta una gran plaza y nos detenemos para que Pedro vaya a sellar las credenciales. Aprovecho para ir a fotografiar la iglesia de San Pedro de Fiz y el crucero situado junto a ella.

Poco después, salimos del pueblo por la carretera que se dirige a **Bóbeda**, pueblo en el que encontramos un conjunto de hórreos precioso. Sin apenas darnos cuenta, entramos en **Gomareite** donde volvemos a encontrar más hórreos. Este continuo paso por pueblos, de los que apenas se puede leer el nombre, acaba por volverme loco. Es casi imposible, salvo en los núcleos mayores, saber dónde te encuentras realmente. Además, pedaleamos que parece que nos persiga el diablo y tan apenas da tiempo a leer los carteles indicadores.

Al salir de este pueblo, y poco antes de llegar a **San Miguel**, giramos a la izquierda para pedalear por una llanura parcelada que resulta ser el fondo de la laguna desecada de Antela. Este sitio, era un humedal de gran extensión que se consiguió secar en los años 50. Tras casi cuatro kilómetros de recta interminable, rodeados de cereal, maíz, etc., giramos 90° para dirigirnos en ligero ascenso hasta **Bobadela**, pasando junto a unos enormes castaños. Empiezo a estar cansado de tantas prisas por llegar y de no poder parar ni a respirar.

Atravesamos Bobadela en ascenso, por una calle estrecha con hórreos a los lados y muros de piedra que separan los huertos. Casas de grandes bloques de granito en su basamento con pequeños balcones de madera. En uno de ellos, hay media docena de motos antiguas.

La calle acaba en un viejo camino que asciende entre grandes robles por los que apenas pasa la luz y muros de piedra. Me suena el móvil y es César para indicarnos que está en Xunqueira de Ambia y me explica donde está el albergue. Retomo el camino junto a Pedro que me ha esperado, y ascendemos hasta cruzar una carreterita local y llegar a **Padroso**. Solo salir de él, entramos de nuevo en una zona arbolada con el terreno encharcado. Subimos un poco y llegamos a una zona desnuda de vegetación desde la que se observa parte de la comarca y lo que fue la laguna desecada. Tras reagrupar, descendemos por un sendero y, entre árboles, entramos en **Cima da Vila**. Mas hórreos de madera y piedra por todas partes, mientras la calle se transforma en un camino que nuevamente está rodeado de castaños. Parece que no vamos a llegar nunca. Este tramo de recorrido es precioso, pero no saber donde estoy, es superior a mis fuerzas. Por otra parte el mapa del GPS tampoco refleja todas las aldeas por las que pasamos.

El camino es cada vez más sombrío y con mis gafas de sol, tan apenas puedo ver nada. El suelo está lleno de trampas en forma de regueros, ramas y piedras tapadas por la hojarasca. Es el decorado ideal para una película de terror y no digamos en un día de lluvia o con niebla. Seguro que por estos lares está el bandido Fendetestas.

Este camino cruza un par de veces la carretera, pero sigue siempre sin alterar la dirección. Como ya va siendo costumbre, de nuevo cerramos el grupo Pedro, Tere, Michel y yo, que somos los que hacemos casi todas las fotos.

Por fin llegamos al albergue de **Xunqueira de Ambía**. Es bastante moderno y cómodo por dentro. Nos reparten las literas, y como es lógico por la hora que es, casi las ocho de la tarde, solo quedan las de arriba que no las quiere nadie y en dos camaretas separadas. Por fortuna me toca una que da a la pared y es más difícil caerse.

Comienza el ritual de todos los días, pero esta vez solo entro lo imprescindible en el albergue pues tenemos la furgoneta aparcada en la puerta por si nos hace falta algo. Tenemos las duchas para nosotros solos y vamos a ellas rápidamente. Incluso me da tiempo de darme un buen afeitado, que ya toca. Mientras tanto, José Luis y Antonio, candan las bicis en el exterior. Nos vestimos y salimos a dar una vuelta, acercándonos al pueblo –el albergue está en las afueras, junto al polideportivo- para visitarlo y ver donde cenamos. Visitamos el exterior de la Colegiata de Santa María la Real. Fue monasterio en sus orígenes, pero la construcción de la iglesia fue posterior, en el siglo XII y XIII. Tiene un claustro y en su exterior hay una figura de un Cristo en una pequeña capilla. En el primer sitio a donde vamos, no nos dan de cenar a nueve personas. Volvemos sobre nuestros pasos hasta la bocatería Bejé, que hemos visto antes. Aquí sí, y pronto hacen sitio en el pequeño local. Hay pocas opciones, así que elegimos lo que queda -pasta y lomo-, pues lo que si hay, es hambre.

Son las diez de la noche y aún hay luz. Regresamos al albergue y entramos los portátiles para descargar datos y poner a punto el GPS para los días siguientes. Nos sentamos en los sofás de la cocina-comedor, acompañados del gran ruido que hace la máquina de refrescos. Entre unas cosas y otras y la gran cantidad de fotos que tengo que descargar, a Pedro y mi, se nos hacen las doce de la noche. Nos metemos en la litera haciendo el menor ruido posible para no despertar a nadie, pero el suelo está lleno de bultos que son difíciles de esquivar.

Hoy no ha habido tregua y ha sido muy intenso, pero el tramo final desde Vilar de Barrio hasta Xunqueira de Ambía se me ha hecho eterno.

Este día ha sido muy exigente, pues hemos estado en acción cerca de 7 horas, hemos acumulado 1500 m de desnivel en ascenso, pero casi 1900 m en descenso, durante los 80 km de la ruta.



*Losas de granito sobre el barro*



*Comida en Laza*



*Recuerdo de la Peña Cicloturista Huesca en Alberguería*



*Camino antes de Xunqueira de Ambía*



## **Xunqueira de Ambía – Castro Dozón**

5 de julio de 2011

Somos los últimos en levantarnos. He dormido bien, a pesar de una sonata a tres voces que amenizó el primer sueño. Es curioso como los ronquidos de la gente terminan por acompasarse y cogen el ritmo dominante. Durante la noche, a partir de las cinco de la madrugada, los peregrinos que van a pie, se han ido levantando poco a poco y en relativo silencio. Mi vecina de litera y su acompañante, son los primeros en iniciar el camino. Otros, que han estado en silencio en la habitación, hablan con voz más alta en la cocina – salón del albergue. Alguno, tampoco tiene especial cuidado con las puertas de los armarios, que retumban como truenos al cerrarse. Frente a mí, un extranjero de bastante edad, termina de acomodar su mochila.

Cuando me empiezo a vestir, se acerca un ciclista andaluz para pedirme las llaves de los candados. Yo no sé de qué va el asunto y, José Luis que lo oye, me avisa notablemente dormido, que ayer las candaron todas juntas. Se levanta y suelta la bici de este hombre que prosigue ruta con sus alforjas después de comentarme que tuvo que ponerse el mp3 hasta que se le acabaron las pilas para no oír la sonata.

Salgo a la calle para ver qué día hace. Está nublado y la mañana es fresca. Debemos tener en cuenta que cuanto más al oeste estamos, más tarde amanece y más tarde anochece. La diferencia es de más de media hora y eso se nota bastante. Poco a poco y con calma, van apareciendo

el resto de participantes en la ruta. ¡Qué caras!, como para una película de terror. Cada día al levantarnos se evidencian más dos grupos: los yayos, que no nos importa madrugar y nos levantamos antes de que suene el despertador y los demás, que no se levantarían nunca y parece que los aten a la cama o la litera.

Como en días anteriores, comemos algo de pastas y bollería alrededor de la furgoneta. El portón trasero de la misma se convierte cada mañana, en un improvisado self-service con un continuo ir y venir en busca de alimento y bebida. Michel, César y yo, como cada mañana, repasamos el mapa para ver donde nos encontraremos con la furgoneta.

Nos ponemos las últimas prendas de acuerdo al fresquito matinal, encendemos los GPS y partimos en dirección a **Xunqueira de Ambía**. Cruzamos el pueblo desierto y al salir de él tenemos la primera duda, ya que una señal escondida, hace que nos saltemos ligeramente el camino. Rectificamos con prontitud y el camino nos lleva a una carretera local, justo antes del puente de piedra por el que cruzamos el río Arnoia.

Las flechas y mojones de granito -a los que les han quitado todas las placas indicativas de distancia- nos llevan por una carretera de buen asfalto y rodeada de árboles y vegetación baja. Salvo por algún escaso repecho, el camino discurre en bajada y nos permite un pedaleo fluido y en grupo.

Muy pronto, llegamos a **Outerelo** y a **A Pousa**. En realidad no hay separación entre ambos. En A Pousa está la capilla dedicada a la Virgen del Camino y volvemos a ver numerosos hórreos. En el avanzar de la ruta nos

vamos encontrando con los peregrinos menos madrugadores, que avanzan a buen paso por el asfalto y a los que deseamos buen camino.

Los pueblos empiezan a sucederse continuamente, con indicaciones a otras aldeas cercanas y diminutas que salpican toda la geografía local. Atravesamos **Salgueiro**, cuando adelantamos a una pareja de peregrinos y vemos un cartel que nos indica los 17 km que quedan a Orense y la dirección a seguir. Las flechas nos hacen salir de la carretera para atravesar **Gaspar**, pero a pocos metros nos meten de nuevo en ella. Los pueblos se suceden continuamente sin dar tiempo a saber si hemos salido del anterior. Pasamos por **A Veirada** donde, tras adelantar a más peregrinos, cruzamos un puente sobre el ferrocarril que nos acompaña desde hace días y desde donde ya podemos contemplar el amplio valle, verde y sembrado de aldeas por todas partes, que se abre a nuestra izquierda y que permite adivinar donde se encuentra la capital. Siempre en descenso, llegamos a **Ousende** y enseguida a **La Neta**, donde en el radio de 300 m identifico más de seis aldeas, es una locura. Me imagino a los carteros o repartidores buscando cada lugar, que además se repite con el mismo nombre en más de una ocasión y solo se diferencian por el apellido del pueblo que indica el concello al que pertenece cada uno de ellos.

En la **Venda do Río**, entramos en el concello de Taboadela. Reagrupamos un momento y llamamos a César para indicarle que no pasaremos por el pueblo de Taboadela, donde habíamos quedado, y nos citamos en Ourense para evitar problemas ya que avanzamos muy rápidos y llegaremos allí pronto, al menos eso espero. Los siguientes pueblos del recorrido pasan sin cesar, **Pereiras**,

**A Castellana**, donde tras una rotonda muy jacobea, hay una zona de descanso para el peregrino y unos mapas para ver las posibles salidas desde Ourense. En este punto, entramos en una zona industrial desde el que salimos a una carretera más amplia y transitada que nos cuesta un buen rato cruzar hasta que Tere y Manolo deciden usar un cercano paso de peatones. Sobre la acera, vemos unas conchas amarillas sobre un carril bici que seguimos y que nos lleva a **Reboredo, Cumial**, donde junto a un cruce, tenemos una disyuntiva; Seguir el camino que tengo marcado en el GPS o seguir las flechas recién pintadas que nos mandan por otro lado. Como ya decidimos el primer día, seguimos las flechas amarillas que nos llevan, por un camino asfaltado y en descenso pronunciado que luego se transforma en camino de tierra mal conservado, hasta una vía de tres carriles. Como es habitual, todos los cruces de carretera son en medio de curvas, y en este caso, bastante peligroso. Dos de nosotros se alejan del paso para controlar cada carril y avisar de cuando podemos cruzar seguros. Descendemos unos metros por el asfalto y salimos a la derecha para llegar a la ermita de Santa Águeda. Al acercarnos a sus proximidades, vemos que el camino cruza las vías del tren. Unos las cruzan, pero los más prudentes, damos un rodeo por la carretera y nos reagrupamos al final de una curva, cuando las señales nos indican que debemos cruzarla de nuevo. Si el paso anterior era malo, este es peor y aumentamos más si caben las precauciones.

Entramos en **Seixalbo**, pueblo que aparece más arreglado, y en el que encontramos otro cruce que resulta ser una joya del plateresco. Descendemos por asfalto hasta que vemos un cartel que indica “Camino Real”.

Desde este punto, una larga avenida nos introduce en **Ourense**. Bajamos agrupados con cuidado de no perder las señales, pero son imposibles de seguir. Deben estar bajo los coches aparcados a los lados y no vemos ninguna, en farolas o señales de tráfico, como suele ser habitual. Nunca me ha gustado atravesar ciudades grandes ya que, en general, suelen tener un gran desprecio a los que realizamos este tipo de rutas, muy al contrario de los pequeños pueblos que atravesamos y que siempre se muestran amables. A esto unimos que, cuando hay señales, casi siempre te llevan a direcciones prohibidas.

En un semáforo en rojo, mientras esperamos, cruza la calle una joven vestida de rojo con una impresionante minifalda que, salvo a la avergonzada Tere, hace ver la “Luz” a más de un gato maullador.

Sin perder la dirección, avanzamos hacia el centro de la ciudad buscando nuestro objetivo que es llegar al puente romano por el que debemos cruzar el río Miño. En una de las paradas para controlar que vamos todos juntos, vemos una señal grabada en una piedra en medio de la plaza y que nos dirige hacia el centro. Decidimos seguirla y, como es normal, por direcciones prohibidas nos deja en la plaza de la Casa do Concello –Ayuntamiento-. Pedro, Michel y Tere van a sellar las credenciales y vuelven encantados con la chica que les ha atendido. Mientras tanto, hemos convencido a la dueña de una tienda que hay bajo los soportales de la plaza, para que nos haga unas fotos de grupo.

Decidimos seguir adelante y unas conchas amarillas nos llevan por la calle Arcediagos. Pasamos junto a la catedral de San Martiño y junto a iglesia de Santa Eufemia del

Centro, para seguir callejeando como podemos por zonas peatonales y, esperando que la policía no nos diga nada, llegamos a nuestro objetivo, el puente romano o la Ponte Vella, como lo llaman aquí, por el que cruzaremos el río Miño. De origen romano y construido por Augusto en el siglo I, unía las ciudades de Braga y Lugo y correspondía a la calzada romana número XVIII, tiene una longitud de 370 m gracias a sus 7 arcos y una altura de 44 m. Hacemos una parada para fotografiarlo a él y a los demás puentes de la ciudad, incluido el puente del milenio. A buen seguro no aguantarán tanto tiempo como este.

Proseguimos el camino, con el día algo menos nublado, para llegar hasta la estación de ferrocarril donde hemos quedado con César. La encontramos sin problemas y decidimos almorzar algo en un bar. Entramos en el bar La Rotonda, ya que nos coge de paso, y comemos unos bocadillos de tortilla de patata y de pechugas de pollo con unos cafés con leche. Hasta Ourense nos ha costado poco llegar, pero atravesarlo nos ha retrasado bastante. Son las más de las once y solo llevamos 25 km. Ourense está a poco más de 100 m de altitud y debemos salir de este agujero, así que no puede esperarnos nada más que una fuerte subida, como se adivina en el horizonte.

Retomamos el camino para cruzar las vías del ferrocarril sobre un paso elevado y que continúa por una larga avenida hasta que, tras una gasolinera, una señal de Camiño Real nos saca de ella hasta llegar al barrio de **Pereira** donde el desnivel aumenta, al tiempo que un cartel de Camiño Real Soutelo, nos indica la buena dirección. Mientras reagrupamos, Chavi encuentra un triciclo de su talla con la que hacer unas cabriolas. Afortunadamente su propietario no aparece. Alguien que

no recuerdo, se da cuenta que Pedro lleva mal puesta la cadena a su paso por el cambio trasero. Es increíble que haya podido pedalear así estos días, ¡De Bilbao tenía que ser, que bruto! La reparamos en un minuto. Ahora estamos asustados de cómo va a pedalear con la cadena bien puesta.

Empieza una durísima subida por calles empedradas hasta llegar a una plazoleta donde nos detenemos a fotografiar su iglesia y crucero. Seguimos subiendo hasta salir a una carretera que cruzamos y donde la calle, con empedrado algo separado, nos hace sufrir lo indecible mientras serpentea inmisericorde hasta llegar a la ermita de San Marcos da Costa a la que solo algunos llegamos sobre la bici. Aprovechamos el descanso para subir a pie hasta la ermita y contemplar, en la medida de lo posible - unos pinos tapan la mejor vista-, la ciudad de Ourense. Nos hacemos unas fotos de recuerdo y volvemos a coger las bicis.

La calle sigue subiendo y pronto se convierte en una pista con exceso de grava que dificulta aún más el pedaleo hasta que, al unirse a otra mejor, el terreno se hace más suave. Por fortuna, tengo que cambiar las pilas al GPS y me da un respiro, Pedro se queda conmigo y juntos alcanzamos a los demás al final de la cuesta. Acabamos de salvar el “mortirolo” del día y más relajados, continuamos ruta entre campos de cultivo, casas aisladas y viñas, hasta **Sartétigos**. La pista nos saca a una carretera que cruzamos para enseguida salir a una carretera local y que abandonamos rápidamente para meternos en un camino ascendente, cubierto de eucaliptos, en el que aflora la roca desnuda. Este termina en un tramo asfaltado por el que pedaleamos con fluidez

hasta llegar al Concello de **Amoreiro**. La pista continúa bajo inmensos robles que, con sus ramas abiertas, parecen personajes de dibujos animados. En sus troncos, de vez en cuando, aparecen carteles de papel con avisos del concello. Un curioso tablón de anuncios oficial.

El camino aparece de nuevo asfaltado y entramos en **Tamallancos** -Barral en los mapas del IGN-, pueblo que cruzamos siguiendo conchas pegadas en la pared de algún edificio. La calle continúa por una pista asfaltada hasta **Bouzas**, cruzando la carretera junto a su iglesia de Santiago, para entrar en un camino asfaltado en el que, desde una casa de campo con unos muñecos caseros de tamaño natural y ataviados de peregrinos, nos desean “Bon Viaxe”. Al final del pueblo pasamos junto a unos ruinosos hórreos que nos detenemos a fotografiar.

En un suspiro, entramos en **Sobreira** y salimos de él, ya que tan apenas tiene unas casas, en las que aparece la concha amarilla del camino. En unos metros cruzamos una carretera local y entramos en un camino rodeado de campos de labor que nos lleva hasta el río Barbantiño. Este lo cruzamos por un precioso puente de piedra en el que descansan una pareja joven de peregrinos. Junto al paso hay unas casas derruidas donde tan apenas quedan de pie los hórreos.

Pedaleamos en grupo bajo un cielo gris, con nubes mucho más negras en horizonte, que esperemos no vengan acompañadas de lluvia. Entramos en una carreterita que nos acerca hasta **Faramontaos**, pueblo del que salimos por un sendero empedrado y húmedo que nos obliga a desmontar, mientras caminamos por una cerrada vegetación de zarzas y robles. Poco a poco se abre más y



podemos disfrutar del pedaleo por este precioso paraje. Enseguida llegamos a un cruce con unas casas y bancos donde un cartel, junto al mojón del camino, nos indica que quedan 4 km a Cea y nos desea buen camino.

Reagrupamos un momento y continuamos por un camino vestido de hierba, junto a una valla de piedras repletas de musgo que pronto nos deja en **Vinuedo**. Cogemos agua en una fuente, junto a unos rosales impresionantes y una casona ruinoso, pero majestuosa y otra que tiene unos grandes blasones de piedra en la pared. Llegamos al centro de la población donde hay unos grandes jardines, muy arreglados con dibujos florales, y una imagen de lo que parece ser la Virgen de Fátima.

Salimos a una carretera que pronto dejamos a la derecha, entrando en un sendero de helechos muy altos y que debemos atravesar a pie, hasta que se abre en forma de camino estrecho, tras cruzar una carreterita local. A Pedro se le rompe la cadena y Tere, José Luis, Manolo y yo, esperamos rodeados de muros de piedra llenos de musgo y bajo unos gigantescos robles.

Acabada la reparación, continuamos mientras el camino se abre con huertas a su alrededor, para entrar en **Casanova**. Salimos siguiendo las conchas amarillas y la calle se transforma en camino de tierra que atraviesa unos bosques de robles y helechos hasta llegar a **Cea** -también San Cristovo de Cea-.

Entramos en el pueblo -conocido por su exquisito pan-, tras pasar bajo la carretera, y siguiendo las flechas amarillas que indican el albergue. Es un edificio con unos grandes soportales de piedra muy llamativos y su interior está muy bien. Lo visitamos mientras el hospitalero nos

sella las credenciales y nos dirigimos al centro del pueblo. En una gran plaza se sitúa la Torre del reloj, aislada en el centro. Como son más de las dos y media, buscamos un lugar donde comer. Entramos en la Pulpería Pérez y aceptan darnos de comer. Nos comemos un espléndido pulpo a la gallega, acompañado de mucho, pero que mucho pan. Dejamos los platos de madera limpios como una patena. Un postre, un café, una larguísima tertulia y ya estamos preparados para seguir. Sin darnos cuenta, hemos parado demasiado rato.

Desde este pueblo hay dos posibles alternativas; seguir a Castro Dozón por el camino que va junto a la carretera y por Outeiro, o visitar el Monasterio de Oseira, más larga y difícil. El que nos conozca, ya sabe que vamos a elegir la segunda. Nos citamos con César en el monasterio y montamos en las bicis. El día nublado y preparado para llover, no hace que esta sea la mejor decisión, pero nada nos va a detener.

Arrancamos del pueblo en ascenso para dirigirnos al campo de fútbol desde donde arranca el camino a seguir. Pasamos junto a un pequeño circo a cuyo lado pasta una llama -igual es una oveja gallega-. Pronto tomamos un camino que sale a la derecha, con poco desnivel, y que poco a poco se introduce en un bosque frondoso y rodeado de muros de grandes piedras. Avanzamos fácilmente y un poco separados, mientras tímidos rayos de sol empiezan a aparecer. En poco más de tres kilómetros llegamos a la aldea de **Silvaboa** donde reagrupamos y continuamos hasta **Pieles**, aldea en la que unas hortensias azules de tamaño desconocido por nuestra tierra nos llaman la atención. A partir de este momento, el recorrido

transcurre por una pista asfaltada sin posibilidad de evitarlo.

Es una carreterita estrecha y sin tráfico que comienza a subir. Esto hace que nos separemos, pero pronto llegamos a un alto desde el que la carreterita desciende sin pausa hasta el **Monasterio de Oseira**.

El cenobio de Santa María la Real de Oseira, es una fundación cisterciense del siglo XII. La desamortización de Mendizabal lo llevó hasta la ruina y, ya en el siglo XX, volvió a ser ocupado por los monjes de los que apenas quedan media docena. La construcción es inmensa y cuando llegamos, solo vemos su fachada este con una fila de balcones flanqueados por dos torres adosados a la iglesia de origen románico. Nos dirigimos hasta la entrada e intentamos contactar con alguien del convento para sellar la credencial. Pedro llama a un timbre y sale un monje joven que nos dice que tiene que avisar al encargado de ello, pero que está con una visita guiada. Mientras tanto nos dedicamos a hacer unas fotos. César, más profesional, emprende la misión cargado con su trípode. De paso hace una foto de grupo con la fachada principal de fondo. Un par de mujeres se acercan a nosotros al ver que somos de Huesca y una de ellas nos comenta que estuvo hace poco allí, acompañando a su marido que corrió la Quebrantahuesos.

Son las cinco de la tarde y como el día se pone otra vez feo y no aparece ningún monje para sellar, montamos en nuestras bicis y salimos del recinto. Las flechas nos llevan por una calle empinada que a medida que sube mejora la vista aérea sobre el conjunto. Aún paramos para hacer un par de fotos.

Las marcas nos sacan del trazado que tengo en el GPS y advierto que si vamos por donde yo digo, nos ahorramos un tramo malo. Cabezudos, se empeñan en seguir las flechas y comenzamos a subir fuertemente por una pista de cemento hasta que nos desviamos por un sendero empedrado por el que debemos empujar la bici ya que es imposible subir por él montados. Salimos al punto que yo tenía marcado para librarnos parcialmente de este sofocón. El sendero sigue ascendiendo sin que podamos subir en la bici y así nos mantenemos durante una media hora que se hace eterna. Mis desgastadas zapatillas, resbalan sobre las piedras constantemente y a punto estoy de caerme por varias veces. ¡En Fisterra las jubilo!

Salimos a la carretera local, que podría habernos servido de alternativa a este esfuerzo, justo cuando cambiamos de vertiente. Se abre ante nosotros un amplio valle repleto de bosque y alguna aldea aislada. Descendemos por ella unos metros hasta tomar un atajo marcado, por el que escasamente podemos bajar, que nos devuelve a la misma carretera. Los que nos han visto, han seguido por ella y que se han librado, nos reciben con sonrisa maliciosa y comentarios irónicos. Seguimos descendiendo, dejando la aldea de Vilarello a la derecha, hasta que una señal nos desvía a un sendero por el que descendemos hasta un puente de losas de granito que salva un arroyo. Para salir del agujero en el que estamos, debemos ascender por la senda empedrada, esta vez montados en la bici, rodeados de helechos y robles fantasmagóricos.

Entramos en la aldea de **Carballediña** – su nombre está relacionado con el carballo o roble en castellano-, la recorreremos por su calle central para salir por una buena pista rodeada de campos de labor y llegamos a una

carreterita local que nos deja en **Outeiro de Coiras**, última población de Ourense.

Sin entrar en el pueblo más que lo justo, salimos de él por una pista preciosa que asciende con dureza bajo los robles en dirección a un cercano colladito. En algún tramo, la inclinación y el estado del piso hace que desmontemos, pero casi todo el recorrido se hace sobre la bici. Pedaleando por falsos llanos llegamos a **Gouxa**, primer pueblo de Pontevedra. A pesar de lo que dicen las guías, el camino está bien y enseguida llegamos a **Bidueiros** y a la N-525. Después de unos metros de transitar por ella, nos desviamos a un camino lateral por el que llegamos a **Castro Dozón**.

La furgoneta nos espera junto a la carretera en una zona ajardinada. Son las siete de la tarde y el cielo se ha despejado bastante. Decidimos hacer una rápida consulta popular para ver que hacemos. El siguiente pueblo donde podemos dormir es Lalín y quedan unos 15 km, pero hoy el tipo de camino nos ha escarmentado y no nos queremos arriesgar. Si nos quedamos aquí, perdemos todo lo adelantado con esfuerzo estos días de atrás, pero si seguimos, podemos llegar muy tarde al siguiente punto con alojamiento. Por consenso, decidimos quedarnos en el albergue de este pueblo y fin de etapa en la planificación inicial.

En un intento de buscar más información, me acerco a un bar próximo y le pregunto a un hombre que fuma en su puerta si sabe como es el trayecto hacia Lalín. Hace como que piensa y me da unas vagas explicaciones que me hacen sospechar que no tiene ni repajolera idea. Vuelvo

con el grupo y nos acercamos al albergue que está situado a las afueras del pueblo.

En el albergue hay mucha gente y empezamos a temernos lo peor, ya que solo tiene capacidad para 28 literas. Preguntamos a los allí presentes y nos dicen que no saben, ni cuántos son, ni si hay sitio, porque la encargada no ha aparecido desde el mediodía. Esperamos inquietos con la furgoneta a una distancia prudente. También encontramos al ciclista andaluz que ha compartido refugio en Xunqueira de Ambía. Está reventado, jura y perjura que mañana va a Santiago por carretera. La etapa de hoy lo ha dejado hecho polvo.

Al cabo de un buen rato, esta aparece y empieza a tomar los datos de los presentes. Somos los últimos y guardamos nuestro puesto en la fila. No paro de contar cuanta gente hay allí y no me salen los números, pero confiamos en la suerte. Después de trámites inacabables, nos toca el turno. Enseñamos las nueve credenciales y cuando las va a firmar, la llaman por el móvil. Se enciende un cigarro y sin decir nada, sale fuera para hablar a gritos y en gallego con la persona que la ha llamado. Aprovechamos para sellar nosotros mismos las credenciales y de paso la de Marcos –a lo largo del camino hemos ido sellando la suya para dársela a la vuelta-. Cuando vuelve la mujer, completamos el registro, pagamos y nos enseña nuestras literas. Descargamos todo y nos damos una ducha recuperadora.

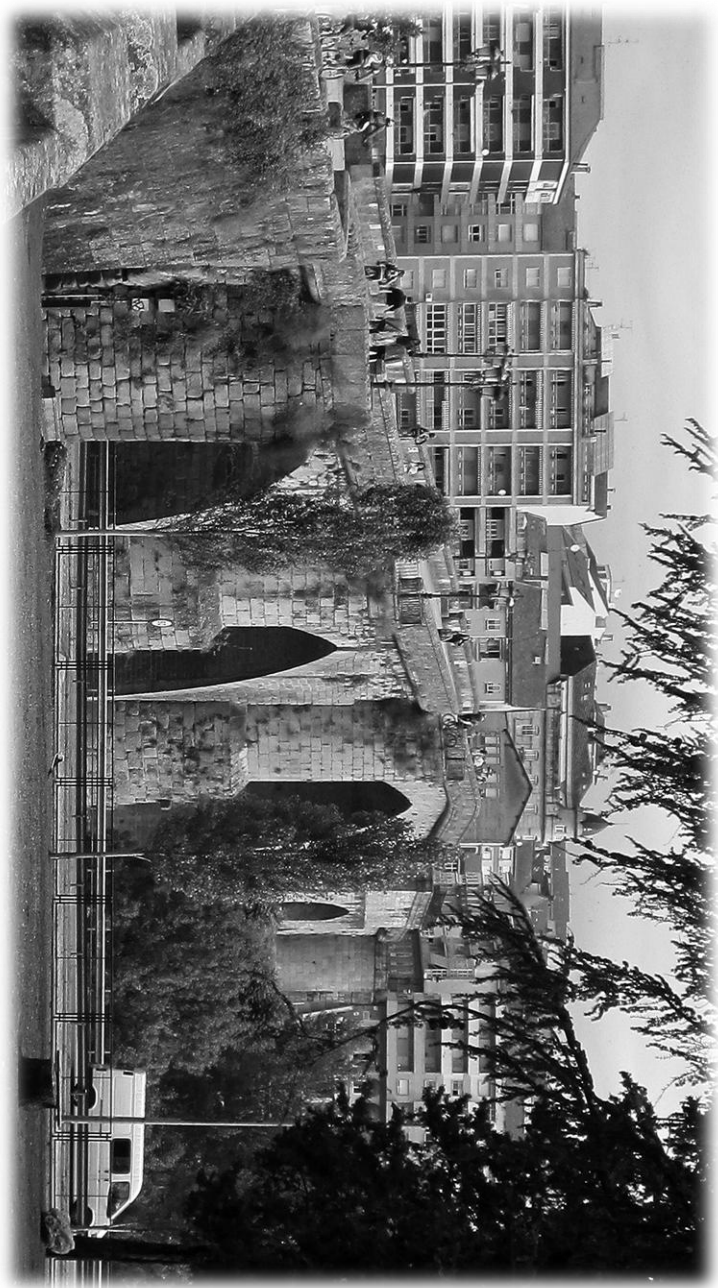
Cuando me acerco a la furgoneta a dejar algunas cosas, oigo a lo lejos que la encargada le dice a uno de nosotros que si llega alguien andando, nos tendremos que ir. Tere sale como una fuina y le responde algo que no oigo, pero

me imagino. Más tarde me entero que la encargada vuelve a hablar con ellos con mejores modales.

Con todo aclarado, nos bajamos andando hasta el pueblo para buscar donde cenar. Vamos al mismo bar donde pregunté antes y allí nos dicen lo que nos pueden dar. Preparan la mesa y nos sirven entremeses o ensalada y carne de segundo. Le pido una tarjeta a la camarera para recordar el bar al escribir este diario y me da una de venta de hielo al por mayor. Haciendo un esfuerzo de memoria, si no me equivoco, era el bar Cantón.

Volvemos hasta el albergue para intentar dormir. Tengo un cierto regustillo agridulce en mi cabeza porque a pesar de haber acabado bien una etapa, que ha sido mucho más complicada de lo esperado, hemos perdido la ventaja ganada días atrás y me he quedado con la duda de si habríamos llegado a Lalín. Atravesar Ourense ha sido un factor bastante importante en este retraso ya que hemos estado allí más de dos horas. ¡Por cierto! Tengo un lío de nombres de pueblos gallegos en la cabeza, que creo que no voy a poder dormir.

Han sido poco más de 6 h de pedaleo, con 1412 m de desnivel acumulado y hemos recorrido 66 km.



*Puente Romano - Ourense*





*Camino entre robles impresionantes*



***Monasterio de Oseira***



*Camino para salir de Oseira*



*Fantasmagórico camino*

## Castro Dozón – Santiago de Compostela

6 de julio de 2011

La noche es muy larga, sobre todo cuando actúa por segunda vez en estos días el baritono César, que esta noche tiene su actuación mejor. Me levanto temprano para ver cómo está el día. Tengo serias dificultades para bajar de la litera y me tengo que apoyar en la de Michel para descender como un escalador. Salgo fuera y veo que hay mucha humedad, no sé si porque ha llovido o por el rocío que se acumula por la noche. Poco a poco vamos apareciendo todos y nos acercamos a desayunar un poco, en el autoservicio de la furgoneta. Hoy hemos decidido que no pararemos a comer para no perder tiempo. La furgoneta, llena de ropa que no se seco de ayer, parece un tenderete del mercadillo.

Nos abrigamos bien, porque el día es fresco, y salimos por un camino asfaltado junto a la carretera, donde retomamos las señales. A ratos por dentro y otros por fuera de la carretera, ascendemos al Alto de **Santo Domingo** de forma ordenada. Descendemos hasta el pueblo del mismo nombre y poco después, un camino nos saca por la izquierda de la carretera. ¡Por fin dejamos el asfalto!

El camino está muy bien compactado y avanzamos con rapidez hasta **Puxallos**, donde nos recibe una moderna reproducción de Santiago Peregrino, en el jardín de un chale. Atravesamos esta aldea sin detenernos y el camino

desciende hasta un paso elevado por el que cruzamos la A-52. Tere pincha una rueda y la hinchamos, sin cambiarla, porque parece que el daño es pequeño. Luego continuamos hasta el apeadero de **San Juan de Villanueva** tras el cual, el camino convertido en amplia senda, asciende un poco hasta salir a una pista asfaltada por la que entramos en **A Xesta**. En este pequeño núcleo de casas abigarradas, encontramos una pequeña iglesia y un crucero reciente.

Salimos del pueblo cruzando la carretera y continuando de frente por un camino bajo los robles y que acaba en una pista asfaltada que nos lleva hasta un paso elevado sobre el AVE en construcción. Por este mismo camino y entorno llegamos hasta la **Estación de Lalín**. Antonio, al que parece llevarle el diablo, se adelanta demasiado y llega hasta la misma estación, donde habíamos quedado con César, saltándose una señal, que nos saca a un camino, que nosotros si vemos, y lo perdemos de vista. Mientras intentamos contactar con el desaparecido, Tere juguetea con un par de caballos que hay en un vallado. Como Antonio lleva emisora, lo avisamos y descendemos el ritmo para que nos alcance.

Seguimos camino pasando por **Baxan** y poco después, cruzamos de nuevo el AVE por un paso subterráneo del que salimos por asfalto en fuerte ascenso, para seguir paralelos a él unos metros. Este camino nos hace entrar en **Botos**, con las consiguientes bromas a la pobre Tere.

*-Tere, mira donde te traemos, a Botox –le decimos.*

*-Es que me hace falta o qué. –contesta ella, toda seria.*

Fotografamos su crucero y seguimos a la espera de que Antonio nos alcance. Tranquilos, seguimos hasta que la pista llega a una carretera local, que cruzamos de frente, y entramos en un camino de tierra protegido de nuevo por los robles de un espeso bosque. Este termina a las puertas de **Donisón**. Nos detenemos para fotografiar la iglesia de Santa Eulalia y un crucero de doble cara, mientras hacemos tiempo. Me entretengo con un cachorro de labrador, que temeroso al principio, termina jugando conmigo. Sale el dueño, un hombre mayor con el que charlamos un rato. Justo entonces aparece Antonio. Michel y yo lo “castigamos” a ir el último por haberse adelantado tanto. Continuando por un camino rodador llegamos a **A Laxe**, junto a unas rotondas. Seguimos por la carretera, donde indica que quedan 44 km a Santiago, para intentar encontrar un bar para desayunar un café y lo hacemos justo al lado de una señal, ya en la aldea de **Vilaso**, que nos lleva a un camino. Avisamos a César que aparece pronto. La rueda de Tere está un poco floja y cambiamos la cámara en un santiamén. El bar se llama Restaurante M<sup>a</sup> José y nos atiende un simpático camarero con el que entablamos conversación y sale a colación la dificultad que tenemos los visitantes en Galicia para saber en qué pueblo estamos.

*-Mira -me dice, mientras tomo nota como un alumno aplicado- Primero está el Concello, que se divide en parroquias y cada parroquia, se divide en aldeas o lugares.*

*-Gracias -le contesto- por fin lo entiendo, es que nos estamos volviendo locos con tanto nombre y nunca sabemos dónde estamos.*

Nos tomamos el café con leche –desayuno- y nos disponemos a salir, después de haber sellado la credencial.

Salimos por el camino señalado y nos encontramos las primeras vacas del recorrido, pastando tranquilas en un prado. Empezaba a pensar que ya no había vacas en esta tierra. Continuamos por un precioso camino arbolado hasta pasar de nuevo sobre el AVE y enseguida llegamos a **Prado**, población que atravesamos por la N-525 para desviarnos, después de una fuerte bajada, en dirección al apeadero de Taboada, No llegamos a él porque el camino se desvía a la izquierda de un puente sobre el río Deza. Pedaleamos por un antiguo camino y llegamos a un viejo puente de un arco que salva el río Deza. Este tramo está empedrado y para salir de él debemos poner todo nuestro empeño sobre la bici, pero fracasamos estrepitosamente y lo terminamos a pie, pasando junto a la Posta da Prata - casa de turismo rural-.

En un par de minutos entramos en la parroquia de **Taboada**, un rincón lleno de prados y viejas casas con hórreos, a los que el cielo pobremente nublado da un aspecto idílico. Casas diseminadas por todas partes nos acompañan hasta que salimos a la N-525. Frente a nosotros vemos un grupo de peregrinos junto a una iglesia. Cruzamos la carretera y subimos hasta ella. Es la iglesia de Santiago de Taboada y junto a ella hay un crucero, un sarcófago y una imagen del santo. Es una construcción de estilo románico del siglo XIII y la tradición dice que el peregrino debe golpear la cabeza en la puerta. Entramos a sellar la credencial y el cuidador nos dice que es la única iglesia abierta para este fin. Nos hacemos unas



fotos un tanto irreverentes junto a la imagen del santo y nos disponemos para retomar la ruta.

Volvemos a cruzar la nacional ya que el camino a seguir lo tenemos enfrente. Es un amplio sendero rodeado de muros de piedra al que un par de trabajadoras desbrozan con sus máquinas, por lo que lo encontramos impecable para pedalear. Cruzamos junto a una fábrica de pretensados y volvemos a entrar en él, ahora más ancho y cubierto de viejos robles. Delante nuestro aparece el pazo de **Trasfontao** y su capilla.

Salimos del pueblo por un camino empedrado y sospechosamente lleno de algo marrón que no es barro. Debemos continuar a pie tras una manada de vacas que dirige un chaval joven, mientras nos cruzamos con un anciano paseante que nos desea buen camino. Es imposible adelantar a los animales por la estrechez del camino y esperamos a que este se ensanche para intentarlo. Nos acordamos de Paz ¡Con el miedo que les tiene a los toros, estaría corriendo hasta Huesca!

Por fin el camino se abre, y en pocas pedaladas adelantamos a las vacas, que corren a nuestra derecha. La ruta asciende hasta **Silleda** y cruzamos rápidamente el pueblo. Solo nos detenemos para fotografiar su iglesia. Las señales nos vuelven locos en este pueblo, ya que por dos veces, nos sacan y nos vuelven a meter en a la N-525. Por fin entramos en un tramo de carretera abandonada, donde nos llama la atención un sospechoso trasiego de cerdos entre varios camiones allí aparcados. Antes de llegar a una gran fábrica, la carreterita se desvía a la izquierda y en instantes, llegamos a **San Fiz**. El camino, por el que avanzamos con rapidez y algo separados entre

nosotros, cruza amplios y verdes campos con pequeños retazos de bosque. En un recodo del camino, pastan unos caballos tranquilamente, absolutamente indiferentes a nosotros. En poco tiempo cruzamos la N-640 y poco después, sobre un paso elevado, la AP-53 y continua de forma rectilínea hasta un grupo de casas donde las flechas nos hacen cambiar bruscamente de dirección para bajar hasta **Bandeira**.

Cruzamos el pueblo, salimos por una carreterita asfaltada (PO-6511) en dirección a Casela, y pedaleamos entre zonas de cultivo y bosque que se van alternando. Rodamos muy rápidos y avanzamos fácilmente por el asfalto, atravesando pistas asfaltadas y maizales con construcciones aisladas. El día, un poco nublado, ayuda a que el calor no nos afecte. Al final, llegamos a una casa de labranza, y las flechas nos invitan a rodearla con varios requiebros. Entramos en una zona boscosa por una pista de tierra que termina en una pista asfaltada que nos lleva a **Dornelas**, donde nos detenemos a beber en su fuente y reagrupar. Unos peregrinos a pie, llegan en ese momento mientras fotografiamos la iglesia de San Martiño, de estilo románico.

Dejamos el pueblo por una carretera local asfaltada que atraviesa abundantes zonas boscosas, repletas de vegetación, hasta que las señales nos hacen dar un quiebro y se introducen en una pista ascendente bajo los pinos y junto a un mar de grandes helechos y tojos. Gracias a un mojón del camino, tomamos un desvío dentro del bosque y la pista, de mejor calidad, comienza a descender a la par que cambiamos los robles por plantaciones de eucaliptos. Pronto llegamos a un núcleo de casas y las cruzamos por en medio para seguir hasta **O**

**Seixo.** Nos detenemos junto a la ermita das Angustias y para disfrutar de unas impresionantes hortensias azules. Estas crecen a las puertas de cada casa. Pasado el pueblo, vuelvo a tener otra duda sobre el camino a tomar; mis waypoints marcan a la izquierda, pero las flechas lo hacen a la derecha. Repetimos la táctica seguida hasta ahora, y nos decantamos por las señales que nos llevan hasta **Prado** tras dejar a la izquierda la Fonte dos Carballiños. Desde aquí se observan las faraónicas construcciones que se necesitan para el AVE; viaductos y túneles se suceden en esta tierra sin nada llano. Salimos del pueblo en descenso y una pareja de ancianos nos desean buen camino. Paramos un momento para fotografiar el viaducto que cruza el río Ulla y que deja diminutos a los demás puentes que hay junto a él. En ese momento, están realizando la prueba de carga con dos trenes circulando sobre él.

Seguimos descendiendo por asfalto tomando un par de fuertes curvas y giramos en una de ellas, para circular por una pista asfaltada más estrecha y antigua que nos deja en **Ponte Ulla**. Hemos descendido a tan solo 130 m sobre el nivel del mar lo que nos indica, que tarde o temprano, el camino se tiene que empinar. Salimos junto al puente que le da nombre y, justo en la mitad, está la divisoria entre las provincias de Pontevedra y A Coruña. Son la una del mediodía, cuando cruzamos el pueblo en busca de un sitio para comer algo rápido.

Entramos en el bar Juanito donde están comiendo unos trabajadores que participan en la construcción del AVE. El dueño nos ofrece carne con patatas por varias veces. Le decimos que tienen que ser bocadillos o algo así y me dice en broma, que eso son mariconadas. Insistimos y nos

saca unas cervezas, coca cola y unos platos con jamón, chorizo y queso, que devoramos con avidez. Pedimos otra ración. También aprovechamos para sellar la credencial y César para recaudar fondos.

En poco más de media hora terminamos de comer y salimos en dirección a la siguiente señal. Esta se encuentra en una plazoleta junto a un crucero, al que escasamente deja ver un roble. Es un camino empedrado -camino romano o medieval-, rodeado de altos muros de piedra, por el que ascendemos penosamente tras el parón que hemos hecho. A los pocos metros nos devuelve a la N-525 por la que ascendemos hasta desviarnos por un camino que cruza bajo el ferrocarril. Previamente, un cartel de carretera nos avisa que solo quedan 17 km para Santiago. Este asciende con fuerza atravesando un bosquecito hasta salir a unas casas donde entramos en una pista asfaltada. Esta sigue ascendiendo hasta que nos desviamos por camino de tierra y, poco a poco, el grupo se estira. Parece que José Luis va algo cansado y creamos una “grupeta” entre Michel, José Luis, Tere y yo, a la que se une en alguna ocasión Pedro. Los de delante no paran y nosotros lo hacemos para ir haciendo fotografías y vídeos. Rápidamente nos elevamos sobre el valle y el arbolado empieza a ser una mezcla de pinos, eucaliptos y robles, bien aderezada con una amplia alfombra de helechos.

El sol empieza a estar presente y hace algo más de calor. La pista parece estar hecha con tiralíneas y asciende de manera suave y sostenida, dejando ramales a los lados y cruzando otras pistas de igual entidad. Al final acabamos saliendo a una carretera local que nos deja en la fuente y capilla de Santiaguíño, del año 1676, como reza el curioso

y esotérico grabado de su dintel. Pocos metros más adelante se encuentra el moderno albergue de peregrinos **San Pedro de Vilanova**, con jardines perfectamente diseñados de estilo japonés y una zona de descanso con muebles hechos con troncos de árboles. Aprovechamos la parada para hacerle unas fotos a Tere, posando con la mascota del Xacobeo.

Retomamos el camino, ahora más estrecho, por un tramo rodeado de eucaliptos en el que se rueda con más facilidad y dejamos Sobredo a nuestra izquierda. El camino, que cruza varias pistas forestales, se abre cada vez más, y comenzamos a descender hasta llegar a una pista asfaltada. La tomamos a la izquierda y acabamos en el cruce de **Lestedo** donde una señal nos envía a la derecha. Pedaleamos junto a altos emparrados que sujetan estrechos pilares de granito.

Estos últimos kilómetros de recorrido, son ahora un laberinto de carreteritas, desvíos y casas aisladas, donde me es imposible orientarme, De no ser por la buena señalización y los waypoints del GPS, hace rato que nos habríamos perdido.

Con este caos mental, llegamos al cruce de **Rubial** que se encuentra junto a una casa que tiene un pequeño torreón con un letrero en su puerta que reza textualmente así:

*POR AQVI*

*DESCANSABAN EN LA*

*I ESTA LOS TOROS QVE EL ANO*

*44 VNCIERON S. TEODORO Y S.*

*ATANASIO TRASLADANDO DE**PADRON A LIBREDON SAN-IAGO*

Tal es el lio de esta zona, que en los azulejos con los números de las casas, pone el concello, la parroquia y la aldea. Bueno, intentaré como pueda seguir con la descripción de lo que nos queda hasta Santiago. En algún momento, que no recuerdo bien, me llama César y me dice que ha conseguido un hotel a buen precio junto a la estación de autobuses. Buenas noticias.

De Rubial, salimos por una pista asfaltada rodeada de prados y maizales que, tras cruzar una carreterita y un paso bajo la vía del tren, se convierte durante poco tiempo en camino de tierra. Termina de nuevo en otra pista asfaltada y siguiendo las abundantes señales –menos mal– llegamos a **Deseiro**, pueblo que atravesamos saliendo a la N-525, carretera que cruzamos para entrar en **Susana**. A su salida hay un pequeño parquecito con esculturas donde intentamos orientarnos después de tanta vuelta. Parece, que en vez de acercarnos a Santiago, esté se aleje cada vez más. Retomamos el camino para pasar bajo la N-525 y ascender por calles asfaltadas en continuos requiebros hasta **Ardagán** y **Mazorros**. Cruzamos el río Aries y continuamos, entre campos de cultivo, hasta llegar a **O Sixto** y luego al puente que hay junto a la ermita de Piñeiro. Seguimos por el camino Real de Piñeiro y entramos en el pueblo de **Piñeiro** bajo unos emparrados que cruzan la calle de lado a lado.

Después de pedalear un ratito rodeados de más casas aisladas y prados salpicados de algún maizal, pasamos bajo la autovía y llegamos a **Angrois**, donde nos topamos con las obras del AVE. Un desvío nos hace pasar sobre un

paso elevado y creemos entrar en Santiago. A lo lejos se ven las torres de la catedral y a la derecha, la moderna Ciudad de la Cultura.

Descendemos por el camino real de Angrois y por fin llegamos a **Santiago de Compostela**. Bueno, aún no, que queda intentar llegar en bici hasta la plaza del Obradoiro. Si nos pensábamos que iba a ser fácil, nos equivocábamos. Descendemos para pasar junto a la estación de ferrocarril y tras hacerlo, comienza una cuesta de muerte y cuando parece que la acabamos, ¡Zas en toda la boca!, es dirección prohibida y nos tenemos que desviar a otra calle. Ya empezamos con las señales por sitios donde las bicis no pueden pasar. Por fin entramos en la Rua Nova, que es peatonal, y avanzamos entre la gente, unos montados y otros andando, en dirección a la Plaza del Obradoiro a la que llegamos sobre las cuatro de la tarde. El sol ha salido del todo y hace un magnífico día. Hacemos la entrada en la plaza, casi en fila india, de uno en uno. Nos damos las oportunas felicitaciones y César, que ha conseguido aparcar cerca, aparece sonriente persiguiendo palomas como un chiquillo. Lástima que el vídeo se ha quedado cortado.

Michel, pide en francés a unas chicas que nos hagan la foto de grupo. Estas le contestan en un perfecto español nativo, con el consiguiente cachondeo general. Una de ellas, se tumba larga en el suelo y nos hace las fotos con un perfecto cortado de pies y unas torres que se inclinan hacia un lado. De todas maneras, gracias.

Durante un rato, andamos como despistados, y cada uno por su lado fotografiamos la plaza y la catedral. La plaza está más vacía de lo normal, no sé si es por la hora o es

que hay menos visitantes. Tere, en el centro de la plaza, se pone de puntillas sobre una concha grabada en el suelo y me dice, que el que la pisa, vuelve aquí otra vez. No sé si la pisé en la primera ocasión, pero ya he vuelto cuatro veces. Por si acaso, la piso de nuevo.

Nos hacemos unas cuantas fotos más y decidimos ir a sellar y obtener la Compostela. El viejo edificio donde la he obtenido otras veces está en obras y un cartel nos remite a un local, unos metros más abajo de la calle. Nos dirigimos allí y en un jardín a la entrada, hay numerosos peregrinos. Como hay que sellar individualmente, nos ponemos a la cola y vamos pasando por el mostrador en el que varias personas recogen los datos y rellenan la Compostela. Cuando me toca el turno, le pido a la chica que me atiende un favor; si es posible sellar la credencial de Marcos, sin que me dé la Compostela, solo poner el sello de Santiago, ya que el pobre, por motivos graves, ha debido suspender el viaje días antes de partir. La chica, muy amable, accede y se lo agradezco infinitamente.

Cuando todos hemos acabado, decidimos ir a visitar la catedral en dos grupos y así podemos vigilar las bicicletas. Pedimos unas cervezas y nos sentamos en un velador de la rua do Vilar. Yo me quedo para el segundo turno, junto a César, Tere, Antonio y Michel. Para cuando llegan las cervezas, los demás ya vuelven de la catedral.

El segundo grupo, nos acercamos para hacer la visita. El Pórtico de la Gloria está en restauración y casi todo tapado. Ahora, una cuerda impide tocar la columna donde antaño se daban tres golpes de cabeza -tres coques- y se ponía la mano. En el interior hay varios confesonarios con curas adormecidos a la espera de algún fiel. Recorreremos



toda la catedral y como ya hemos estado otras veces, desistimos de hacer cola para ver al santo. Por fuera, en la praza Praterías, también están en obras y la torre del Reloj aparece tapada por andamios.

Reunidos de nuevo, nos montamos en la bicicleta para llegar al hotel que César ha reservado y que se encuentra cercano a la estación de autobuses. Salimos entre callejas, siguiendo nuestra intuición e intentando evitar direcciones prohibidas. Pasamos delante del restaurante Manolo, lugar que Michel y yo conocemos, y en el que queremos reservar mesa para cenar, pues lo recordamos con agrado. Está cerrado y abren mas tarde. Después de un rato de deambular y de cruzar la rua da Virxe da Cerca, la rua de San Pedro y la de los Concheiros, salimos a una gran avenida a cuyo fondo vemos la estación de autobuses. Justo enfrente, sale la calle que nos lleva al Hotel Capital Galicia.

Esperamos un buen rato a que llegue César, que tiene problemas con el tráfico y descargamos la furgoneta. Las bicis dormirán en el garaje del hotel a buen recaudo. Nos atiende una chica joven muy amable, que se desvive por ayudarnos con las maletas. Hacemos el registro y repartimos las habitaciones. Como no hay habitaciones individuales, Tere compartirá la suya con Michel y Chavi, dos auténticos caballeros. Yo dormiré con Pedro, mi compañero habitual en estos menesteres. Subimos las cosas a nuestra habitación y tras una merecida ducha aprovecho para descargar en el portátil toda la información de dos días y que en el albergue de Castro Dozón no pude hacer. Aprovechamos también para bajar la ropa sucia para que la laven en el hotel. ¡Qué lujazo!

Cuando acabo, dejo a Pedro navegando con el portátil ya que hay red wifi en el hotel, y bajo al bar de hotel que atiende la misma chica que nos ha recibido y que también está haciendo la colada. Vaya mujer, como trabaja, y siempre con una sonrisa. Le digo que no quiero nada, que solo espero a los demás.

En poco tiempo, aparecemos todos en la puerta. Tenemos hambre, hoy tan apenas hemos comido nada, y queremos recorrer Santiago. En la calle hace bastante fresco y voy de manga corta. A ser sincero, no me he traído nada de manga larga que no sea ropa de bici. Me preguntan si no tengo frío, les digo que no, pero cuando veo un chino abierto, entro como una fuina y me compro una sudadera bien calentita.

Nos dirigimos al centro, y después de un buen paseo, llegamos al Restaurante Manolo. Ya está abierto y encontramos mesa para nueve sin problemas. Me parece que el turismo ha bajado un poco porque en mi anterior visita nos las vimos y deseamos para encontrar mesa.

Nos pedimos cocido de patatas con sepia, sopa de marisco, pescado y carne. Los sirven en cantidad y después de los cafés, decidimos volver al hotel, dando un paseo por la parte vieja de la ciudad. Ya de vuelta, hacemos una parada para tomar un orujo. Después de andar un rato buscando local, entramos en el bar Petiscos y nos sirven unos orujos de crema de café y de hierbas exquisitos.

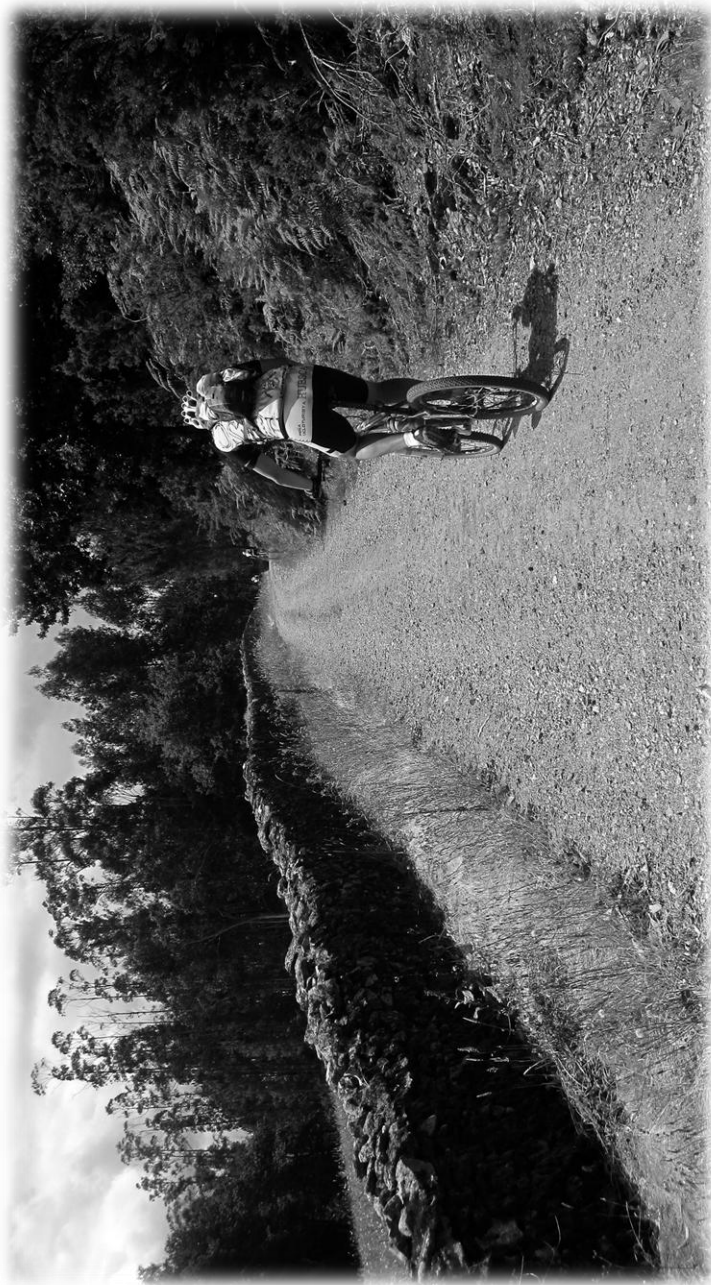
Volvemos al hotel y el recepcionista, ahora un señor mayor, nos da las buenas noches y quedamos con él para desayunar a las siete de la mañana.

En la habitación preparamos todo para mañana y a dormir. La primera parte, y fundamental del recorrido, ya está hecha y la que queda ya la conozco y me hace sentir más tranquilo. Sin embargo, la sensación, como ya me ocurrió en la vía de la Plata, es extraña, parece que llegados aquí la aventura ha concluido. Como si el cuerpo se desinflase. Quizás sea que la mente se relaja, por fin, tras atravesar tanto territorio desconocido. Ahora sé lo que nos espera y es un camino agradable y fácil de seguir en el que no hay ninguna “trampa”, como ocurrió en días anteriores. La única preocupación es saber si habrá sitio el Olveiroa, ya que el albergue que yo recuerdo era pequeño.

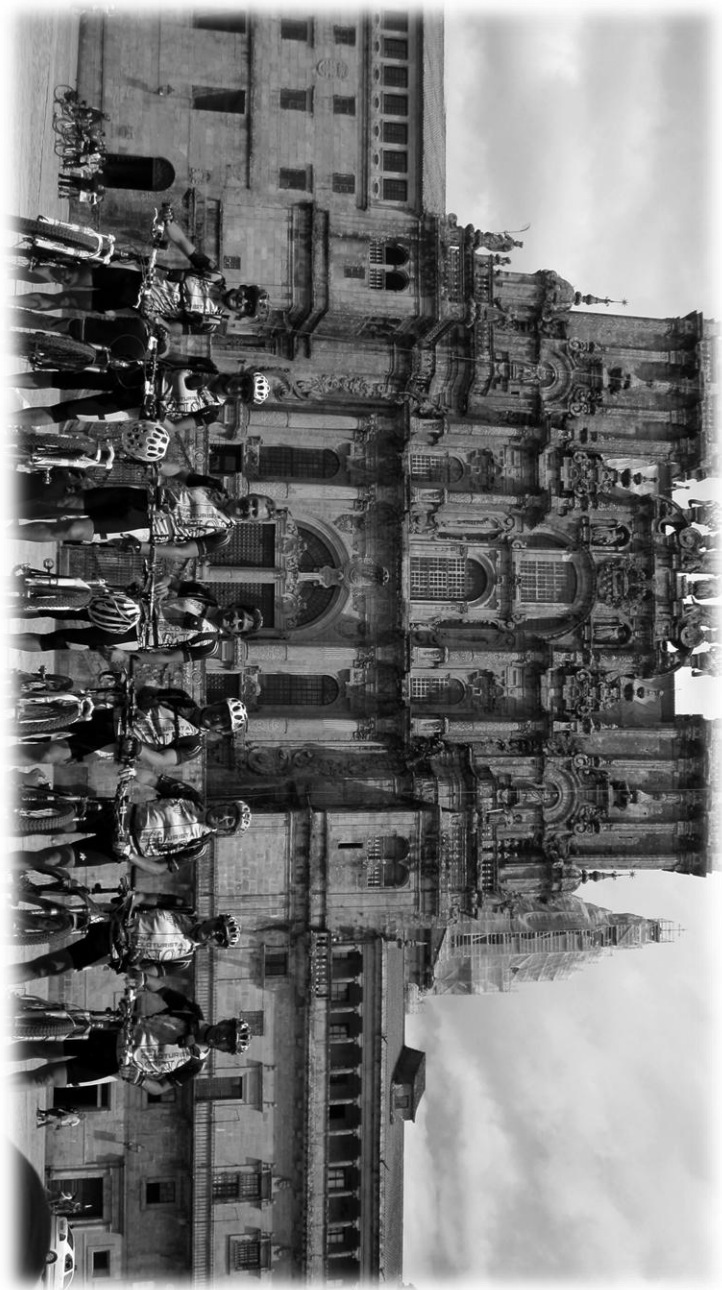
Hoy hemos recorrido 71 km, con 1280 m de desnivel acumulado, en algo menos de 6 h. ¡Y parecía una etapa llana!



*Lugar idílico en Taboada*



*Últimos caminos cerca de Santiago*



*Praza de Obradoiro – Santiago de Compostela*

## Santiago de Compostela - Olveiroa

7 de julio de 2011

Hoy nos damos un homenaje y nos levantamos más tarde, sobre las siete y media. Recogemos la habitación y bajamos las maletas a recepción. Poco a poco, llegamos al comedor donde el mismo recepcionista que había por la noche, nos prepara el desayuno a base de tostadas, mermelada, mantequilla y zumos. Desayunamos con tranquilidad, ya que la etapa de hoy es más tranquila y tenemos tiempo de sobras, además el día está muy gris y parece que va a llover.

Dejamos los bultos en la furgoneta y recogemos las bicicletas del garaje. Con parsimonia, las ponemos apunto, nos abrigamos bien y salimos en dirección a la catedral desde donde parte el camino. Como de costumbre, circular por la ciudad es más complicado que por el monte y nos despistamos un poco. Empieza a llover con algo de fuerza y las nubes están pegadas a la montaña. En el camino, creyendo que es la dirección correcta, nos metemos por una puerta de piedra de la que sale una furgoneta, Cuando estamos dentro, la puerta se cierra y quedamos atrapados. Entre risas y abochornados, llamamos a un portero automático para que nos abran la puerta. Salimos por donde hemos venido y cómo vamos perdidos y por direcciones prohibidas, preguntamos a dos policías locales que hay en la calle. Nos indican el camino a seguir y que la primera flecha para Fisterra está en la puerta del Hostal que hay en la plaza del Obradoiro. Nos dirigimos a ella, entrando por la escalinata que hay bajo

su arco, previa parada para ponemos los chubasqueros, y atentos hasta que vemos la señal que indica la dirección a Fisterra. La seguimos en descenso hasta una avenida que atravesamos y por fin, el track de la ruta aparece en mi GPS. Estamos ante el primer mojón, situado en un parque, que indica la distancia a Fisterra o Muxia.

El camino sale por una pista de cemento por la que cruzamos el río Sarela y enseguida se transforma en un corredor verde de tierra alfombrada por las hojas de eucalipto. En una ocasión debemos desmontar para atravesar una pasarela de piedra, pero el camino asciende en buenas condiciones y con poca luz debido a las nubes y a la temprana hora. La subida nos hace sudar y debemos detenernos para quitarnos el chubasquero. Aprovechamos para fotografiar **Santiago de Compostela** en el fondo del valle y cubierto aún por negras nubes. Aquí ya no llueve e incluso se ve algún rayo de luz. Al llegar a la parte más alta del recorrido, salimos al pueblo de **Sarela de Abaixo** que recuerdo bien de la anterior vez que pase por aquí en la ruta de la Plata porque nos perdimos en él. Esta vez, sí sé por dónde ir y descendemos un poco por una de sus calles para coger un precioso camino, primero asfaltado y luego de tierra, que se introduce en el bosque de eucaliptos y helechos.

Pronto llegamos en descenso hasta el pueblo de **As Moas de Abaixo** donde agrupamos antes de coger durante unos metros una carretera local para desviarnos, ascendiendo ligeramente, hasta **O Carballal**. Atravesamos el pueblo por su interior y una pista asfaltada nos dirige de nuevo al bosque. Antes de entrar en él, Pedro tiene problemas con su desviador, pero pronto lo arreglamos. Vaya repaso le



estamos haciendo a su bici, se la vamos a dejar como nueva.

Entramos en un sendero de las características del anterior, pero esta vez en bajada donde, salvo la pobre Tere que odia las trialeras, disfrutamos de lo lindo los demás. Para colmo de males, se enreda en una zarza que le deja la pierna hecha unos zorros. Por el camino adelantamos a los primeros peregrinos que se apartan educadamente a nuestro paso. El sendero acaba en **Quintáns**, una pequeña aldea a cuya entrada adelantamos a una pareja de peregrinos y uno de ellos lleva sus bultos en un carrito del que van tirando. Me imagino que acabará el día con los brazos y la espalda molidos.

Cruzamos este pueblo por su interior, continuando por una pista asfaltada que cruza el río Roxos y que asciende entre prados y casas de campo hasta que las señales nos desvían por un sendero, que sigue ascendiendo hasta el alto do Vento en un par de amplias curvas. Desde aquí, descendemos hasta **Portella de Villestro**. Ahora debemos continuar por una carreterita local que atraviesa **Ventosa** por una calle lateral, junto a una de esas modernas urbanizaciones a medio acabar por la crisis, y que después llega a **Aguapesada**. Nos detenemos a reagrupar, a mirar y fotografiar un puente romano por el que pasaba, antes de que llegasen las modernas carreteras, el camino a Fisterra.

Salimos de este pueblo y una señal nos manda hacia una cuesta de tierra y piedras que entra en el bosque. Yo tengo muy malos recuerdos de ella, ya que cuando pasé por aquí hace cinco años, el calor, la humedad y el estar

recién comido, hizo que tuviera una medio pájara que me lo hizo pasar mal. Comenzamos a subir con platillo y piñón grande, y más porque no hay, intentando salvar las piedras sueltas y ramas que aparecen en el suelo. Lo peor está al principio y en algún tramo intermedio más corto, pero en general se va haciendo más suave a medida que ascendemos; Incluso me permite filmar montado sobre la bici mientras Tere suelta unos exabruptos que prefiero no entender. A medida que subimos, nos vamos quitando la poca ropa de abrigo que aún llevamos encima. Además el cielo se ha despejado casi por completo.

Por fin el camino llanea durante un rato y llega a una pista asfaltada que cruza un bosque de eucaliptos. Una parte de él se ha quemado recientemente pues aún huele a humo y el terreno está lleno de cenizas y árboles secos amontonados. Esta pista asciende hasta el alto de Mar de Ovellas donde hay una fuente, pero tiene el cartel de no potable como sucede en otras muchas a lo largo del camino. Ya en descenso, entramos en **Carballo** y seguimos adelantando grupos de peregrinos. Hay muchos haciendo esta ruta y empiezo a preocuparme por el alojamiento, no por los que adelantamos ahora, que irán a Negreira, sino por los que salgan de allí hacia Olveiroa.

Continuamos por la carretera local y llegamos en poco tiempo a **Trasmonte** pasando por delante del bar Casa Pancho. Este bar, de grato recuerdo, fue mi salvación para arreglar la pájara que he relatado antes. Me tome dos latas de Coca Cola que me dieron la vida. Hoy es demasiado pronto para entrar a comer algo y a saludar.

Seguimos por asfalto, bajo grandes robles con mucha vegetación, y en menos de dos kilómetros llegamos a

**Ponte Maceira.** Esta aldea está atravesada por el río Tambre sobre el que se asienta la playa fluvial de Tapia y una preciosa cascada en una represa de piedra que lo hace todavía más espectacular. Nosotros cruzamos sobre su impresionante puente del siglo XIII que se construyó sobre otro romano anterior. Hay una curiosa leyenda sobre este puente:

*“...Según la tradición Xacobeá, tras la muerte del Apóstol Santiago, desde el norte venían huyendo sus discípulos, que no encontraban quien acogiera el cuerpo decapitado de su maestro, mientras los legionarios romanos trataban de alcanzarlos...”*

*Los cristianos cruzaron Ponte Maceira y vieron como de repente, cuando atravesaban el puente los romanos, este se vino abajo y así los cristianos consiguieron escapar gracias a esta intervención que se puede pensar divina...”*

En el río hay una represa para mover unos molinos y, junto a ellos, un precioso pazo con un crucero en su interior. Varias casas con sus galerías colgadas sobre el río crean, junto al caudaloso río, una vista digna de la mejor película. Otro crucero ocupa la parte central de la pequeña plaza donde nos encontramos.

Después de comer unas barritas energéticas y de descansar en un banco de piedra a la puerta de la capilla de San Blas, salimos por una calle empedrada que luego se transforma en una pista asfaltada que acompaña al río Tambre hasta que, un poco después, una señal nos saca del camino y entramos en el bosque por un sendero cubierto por robles majestuosos y que cruza bajo el puente de la carretera vieja. Luego continúa entre

maizales para cruzar bajo otro puente más moderno y desemboca en la AC-544 a la altura de **Barca**. Cruzamos el pueblo y volvemos a cruzar la carretera para continuar ascendiendo por pista asfaltada junto a unos pazos preciosos y luego descender a hasta **Negreira**. En un poste, Michel fotografía un cartel de una pensión turística en Olveira para llamar luego y reservar alojamiento, pues seguimos viendo muchos peregrinos.

Cruzamos Negreira con facilidad porque ya conozco el lugar de cuando hicimos la Vía de la Plata y dormimos en el albergue de este pueblo. Decidimos comer de bocadillo aquí, ya que aún no son las doce. Buscamos un poco a ciegas y en algún establecimiento se echan atrás cuando decimos que somos nueve. Por fin, entramos en uno que hemos visto un poco antes. Se llama O Seixo -no penséis mal, que no es un sitio con luces rojas donde ir a sellar; seixo es cuarzo en gallego y el nombre de un pueblo de Galicia por el que pasamos ayer- y pedimos unos bocadillos calientes. La camarera duda al vernos tantos y amablemente nos dice que sí, pero que está sola y tardará un rato. No hay problema, vamos muy bien de tiempo y esperamos tomando unas jarras de cerveza... y una Coca-Cola. Michel llama al alojamiento que hemos visto en el cartel y reserva nueve plazas. Un problema muy serio solucionado y todos más tranquilos.

Aprovechamos para leer la prensa y descubrimos que han robado el Códice Calixtino. No puede ser, pero ya traemos los desastres con nosotros. La otra vez incendios, ahora el robo... ¿A que los del equipo “vandevelde” vamos a ser los sospechosos? Antonio recibe un mensaje de su hijo preguntando si hemos sido nosotros y lo mismo algún compañero más. Intentamos saber si el robo fue ayer,

pues estuvimos en la catedral, pero no lo pone en el diario. Salimos de Negreira por el Pazo do Cotón y seguimos una carretera local que cruza por un puente el río Barcala. Solo salir de él, la abandonamos por una fuerte subida que lleva al albergue. Antes de entrar en él, giramos a la derecha junto a la iglesia de San Xulián del siglo XVIII. De aquí sale un estrecho camino de cemento que se convierte en tierra al entrar en un oscuro bosque. Robles, eucaliptos y helechos, crean una cobertura por la que a veces tan apenas pasa la luz. El sendero o corredeira -son antiguos caminos que unían y unen las pequeñas aldeas de la zona- se mantiene en altura o asciende muy suavemente, rodeando y adaptándose a los accidentes geográficos que encuentra a su paso. Afortunadamente esta noche no ha llovido demasiado y no hay barro.

Tras un rato de pedaleo fácil, la senda sale a la AC-5603 y continuamos por ella, ascendiendo ligeramente, hasta llegar a **Zas** -sí, el pueblo se llama así-. Cruzamos la aldea por el centro y entramos de nuevo en una corredeira que rodea una colina y pronto de abre a campos de cultivo y prados. Nuevamente entra en el bosque y comienza a descender hacia **Camiño Real** sin llegar a entrar en él. Ya con bosque a la derecha y maizales a la izquierda, llegamos hasta un mojón en el que encontramos sobre él, una bota de montaña con un montón de piedras. No sé si será una penitencia de un peregrino que continuó solo con una bota o es que la perdió.

De nuevo entramos en el bosque, pero ahora por una senda mucho más amplia y rodeada de muretes de piedra a los que el musgo tapa por completo. En algún punto tiene un repecho mayor que nos obliga a forzar los riñones

encima de la bicicleta. Este esfuerzo se ve recompensado con una ligera bajada hasta **Rapote**. Aprovechamos para coger agua en la fuente y descansar un par de minutos.

Atravesamos el interior del pueblo y continuamos por un camino que asciende, de nuevo por el bosque, y nos acerca hasta **A Pena** y **Piaxe** –ambos están separados por una docena de metros- en menos de diez minutos. Fotografiamos el cruce y la ermita del lugar.

Ya por asfalto, subimos hasta **Portocamiño** –situado a menos de 300 m- y giramos a la derecha por una carreta que asciende llevando a nuestra izquierda los primeros aerogeneradores de la jornada. A los pocos metros, a la altura de **Cornovo**, la abandonamos para entrar de nuevo en una corredera mucho más abierta que cruza campos de maíz de buena altura y de un verde reluciente. Durante el trayecto cruzamos un regato por un puente de madera. El camino, después de un rato, termina saliendo de nuevo a la AC-5603. Ascendemos por ella un pequeño puertecito y luego descendemos hasta **Vilaserio**, pueblo al que entramos por un camino rodeado de robles y muros.

Atravesamos el pueblo y volvemos de nuevo a la misma carretera, rodeados de prados y de vacas pastando en ellos, para continuar por ella hasta **Cornado**. En su fuente nos encontramos a una pareja de ciclistas descansando y cogiendo agua. La mujer está desfallecida, con cara de agotamiento, pero el marido insiste en seguir mientras ella nos mira con cara de ¡En menuda me he metido!

Los dejamos y seguimos un camino bastante amplio, flanqueado de una hilera de árboles y con buen firme, que cruza abundantes campos de labor y nos deja en la AC-

5604. La abandonamos unos metros después y seguimos por otro camino rectilíneo similar al anterior que acaba en **Maroñas**, junto a su crucero y al primer hórreo del día.

Salimos del pueblo por una pista asfaltada que nos deja en otro pueblo –no sé su nombre– de casas más modernas. Vemos un crucero con una pareja de peregrinos sentados en él. Michel y yo nos miramos y casi nos adivinamos el pensamiento. Cuando llegamos a la altura del crucero –vamos guiando al grupo– nos ponemos a dar vueltas sobre él y los demás nos siguen como ovejitas, ante la mirada atónita de los peregrinos y la desorientación de los nuestros. Desde aquí, salimos a la AC-400, la seguimos una docena de metros, y ascendemos por una pista asfaltada rodeada de campos de cultivo, fruto de la parcelación. Durante este trayecto, nos cruzamos con la aparente reencarnación de Jesucristo; un hombre de abundante melena y barba, semidesnudo, descalzo, con un gran saco colgado del hombro y acompañado de un perro, pasa ante nosotros totalmente callado. Michel y yo, los últimos como de costumbre gracias a las fotos, paramos ante un viejo crucero y una ermita ruinosas antes de seguir hasta **Gueimo**.

Sin detenernos, damos alcance a los demás antes de las primeras casas de **Castro**. Una señal nos manda a la derecha en subida cuando pasamos junto a un espléndido hórreo de piedra. La pista asfaltada llanea junto a unos maizales hasta acabar en otra que tomamos a la izquierda en ligero ascenso. Al llegar a la parte más alta podemos ver a lo lejos el embalse A Fervenza ocupando un pequeño valle circular rodeado de bosque y prados. La carreterita desciende junto a docenas de parcelas cuadrangulares de distintos colores a modo de ajedrezado. En alguna de ellas

pastan unas pocas vacas de carne. Me detengo un momento en una curva para hacer una panorámica de toda la zona. Unos metros más abajo entramos en **Porteliñas** y sin solución de continuidad en **Abeleiros**.

Seguimos por carreteritas locales que se entrecruzan, en las que navegamos gracias al GPS y a las señales del Camino. Como va siendo costumbre, este tramo lo hacemos solos Tere, Pedro, Michel y yo, formando un” cuarteto de hecho”. Poco antes de entrar en **El Busto**, nos detenemos en su cementerio. Este queda bajo nosotros, junto a un crucero, y es precioso, nada tétrico, por su disposición –todos los nichos miran al centro donde está una capilla, a modo de reunión familiar- y por su entorno.

Entramos en la AC-3404 y no la dejamos hasta **Mallón** y después de cruzar el río Xallas por su puente romano entramos en **Ponte Olveira**. Aquí nos encontramos con más peregrinos cuyo punto de destino, por la hora que es, debe ser **Olveiroa**, y un gran hórreo de piedra. A este pueblo nos dirigimos por andador y por asfalto. Justo a la entrada, junto a un hórreo, nos espera César que ya ha aparcado en el lugar donde pernoctaremos.

Es el albergue Hórreo y la pensión Casa Locho, todo en uno, sin contar que la nave con las 26 vacas esta junto a la vivienda. En él hay bastantes peregrinos, pero como ya hemos reservado, tenemos el sitio asegurado. El dueño sale a recibirnos y después de sellar las credenciales y tomar unas jarras de cerveza, nos enseña nuestras literas. Hay para todo, arriba y abajo. Afortunadamente José Luis quiere la de arriba y yo acepto encantado sin la más mínima discusión.



Son casi las cuatro de la tarde y el día se ha vuelto a nublar un poco. Antes de ducharnos, lavamos las bicis repletas de polvo y grasa después de tantos días de pedaleo. Las guardamos bajo una escalera y entramos lo justo para pasar la noche. Una abuela que trabaja con las vacas nos dice en gallego que por la noche las podemos guardar con ellas. El local es bastante nuevo y no paran de llegar nuevos peregrinos a los que el dueño acomoda rápidamente.

En algún momento, Manolo se da cuenta que no tiene el móvil y que lo ha perdido durante el camino. Se le ha debido de caer de la mochila después de una llamada que ha recibido. Ha llamado a su móvil y alguien ha contestado y le dice que está en la policía local de Santiago.

Nos duchamos con un agua estupenda y nos sentamos en los veladores para beber algo. Hoy no hemos comido caliente y tenemos hambre. Nos trae unos pinchos de tortilla casera –hechos con los huevos de las gallinas de esta casa, nos comenta- que desaparecen por arte de magia y repetimos la ración. El dueño se sienta con nosotros –tiene unas ganas locas de hablar con alguien de aquí- y nos cuenta como le van las cosas. Que estudió en Santiago, que quiere que su mujer –que no para de trabajar con el tractor y los animales- venda las vacas, que antes se conocía el nombre de todas, pero ahora no, que tiene que aprender inglés, etc., todo esto sin perder de vista a los peregrinos que van llegando y que sigue acomodando. Le decimos que hemos visto más peregrinos de Santiago aquí que en todo el camino Sanabrés y el nos responde que se ha puesto de moda y que en primavera han pasado muchísimos. Entre sus idas y venidas,

aprovecha para hacernos el favor y él mismo llama a la Pensión López de Fisterra –conoce a la dueña y se sabe el número de memoria- para reservar cuatro habitaciones, una triple y tres dobles, es lo que tienen.

Llegan en ese momento la pareja de ciclistas que encontramos en Cornado. La mujer aún está más desfallecida y no tiene ganas de dar ni un pedal más, pero el hombre, insensible, habla de seguir hasta Cee donde tienen reservado alojamiento ¡No les queda subida ni nada!, pobrecita. Delante de ella llama por teléfono y lo confirma. ¡Si las miradas matasen...! Al final siguen camino juntos, pero no apostaría que por mucho tiempo.

Empieza a refrescar y doy gracias a los dioses de mi feliz idea de entrar en el chino a por la sudadera. Cuando nos reunimos todos, vamos a dar un paseo por el pueblo. Que distinto a como lo conocí hace cinco años donde escasamente había un albergue. Ahora hay bares, albergues y mucha gente de peregrinación. Recorremos todo el pueblo y Antonio se queda fascinado con los hórreos. No entiende como pueden mantenerse sobre columnas de granito sin argamasa y tan estrechos. Yo tampoco.

Sobre las ocho, nos vamos a cenar en el albergue público que ocupa varias casas e incluso con la posibilidad de dormir dentro de un hórreo. En el bar O Peregrino, nos atiende maravillosamente una simpática camarera o encargada del albergue, porque lo mismo sirve la cena que sirve en el bar. Tiene una paciencia infinita con nosotros y con nuestro particular “gato”, aunque la manada aumenta cada día más. Tras la cena tomamos un chupito mientras caen unas gotas de agua. El agua nos persigue desde hace

días y puede que nos coja. José Luis compra, en este mismo local, una botella de orujo artesanal que muestra satisfecho a la cámara.

De vuelta a nuestro albergue, guardamos las bicis con las vacas y nos sentamos en el velador. Solo aguanto unos minutos y me retiro a dormir. Son las diez y media de la noche

Solo nos queda una etapa y espero que el tiempo aguante, porque de momento tiene muy malas pintas.

Hoy hemos pedaleado 4.30 h, con 1241 m de desnivel acumulado y cerca de 60 km de recorrido. No es mucho, pero en esta ruta mandan más los posibles lugares para pernoctar que las distancias.



*Corredoira gallega entre el bosque*



*Pedalear por estos parajes no tiene precio*



***Ponte Maceira***

## **Olveiroa - Fisterra**

8 de julio de 2011

Como ayer me acosté tan temprano y he dormido muy a gusto, me despierto sobre las seis de la madrugada alertado por el ruido de una canalera. Al prestar más atención, oigo que llueve fuerte. ¡Tenía que ser!, días escapando de la lluvia y en el momento final nos atrapa. Sin embargo, contrario a mi normal forma de ser, lo acepto con resignación.

Salgo a la calle y me siento en el velador para fumarme un cigarrillo y pensar en las posibles alternativas. La lluvia es intensa y viene acompañada de fuertes rachas de viento del sur. Las nubes son densas y negras, pegadas a la tierra, presagio de temporal y de que va a durar bastante. Desde luego, así no podemos ir a Muxía –tenía especiales ganas de ver este pueblo- y ya veremos cómo llegamos a Fisterra porque tenemos reservado el alojamiento y citado el taxista que nos ha de llevar a Santiago.

Mientras cavilo, se acerca el dueño del local y se sienta a mi lado. Me comenta que él tampoco puede dormir, a pesar de que se ha acostado después de las dos de la madrugada. Ayer, a las doce de la noche, tuvieron que ir, él y su mujer, a dar el pésame a una familia cercana en la que le había fallecido un muchacho de catorce años víctima de leucemia y se quedaron velándolo. Le pregunto cómo ve la cosa del tiempo, hace como que mira atentamente al cielo como si esperase una respuesta de él, y me responde... mal, durará varios días. Luego se retira para ir preparando las cosas del desayuno.

Los peregrinos van apareciendo poco a poco, miran el cielo preocupados y vuelven al interior. Otros sacan sus capas de agua y resignados, comienzan a andar. Hoy quizás sea más fácil para ellos que para nosotros, afrontar el día. También llega el joven que ayuda al dueño en el albergue, puede que sea su hijo, y busco, sin mucha fe, una segunda opinión.

-*¿Cuánto durará esto?* -le pregunto.

-*Dan hasta las diez* - me contesta tranquilo y con las manos en los bolsillos.

-*¡De la mañana!* - le respondo, esperando el milagro.

-*De la noche, o más* - contesta.

Van apareciendo los demás, justo en el momento en que la lluvia y el viento arrecian. Sus caras lo dicen todo. Decidimos esperar para ver si escampa, así no se puede salir. Entramos al albergue para asearnos y nos vamos a desayunar a un pequeño comedor en el que hay un par de sillones, dos ordenadores y una mesa de comedor al estilo casero. El dueño va sacando tostadas recién hechas, mermelada, mantequilla y jarras de leche y café. Una peregrina extranjera se sienta entre nosotros y a duras penas se entiende con el alberguero. Afortunadamente para ella está al lado de Manolo, que en un perfecto lenguaje de señas internacional, le va traduciendo lo que el dueño le dice. Entre tanto, ha empezado el encierro de los Sanfermines y todos lo seguimos atentos en el televisor ante la extrañeza de un par de peregrinos extranjeros que entran en la habitación.



Volvemos a salir al velador y seguimos con dudas. Yo pienso que debemos ir a Fisterra por la carretera aunque llueva, solo son 30 km y no nos debe costar más de dos horas a ritmo lento. Al final, decidimos salir y cuando la lluvia para algo, nos montamos en las bicis. Antonio y Chavi se suben en la furgoneta con César.

Sobre las nueve y cuarto de la mañana, nos ponemos toda la ropa de abrigo que tenemos, arrancamos, encendemos las luces de la bici y nos despedimos de los demás peregrinos que nos saludan con la mano como si fuésemos al matadero. Cruzamos **Olveiroa** hasta la carretera general y tras unos momentos de duda en el que no sabemos a qué lado tirar, una flecha nos indica el camino. Con el agua en mis gafas no veo gran cosa y con la que hay en el GPS tampoco puedo leer este, así que solo queda la orientación “bikeriana” y los posibles carteles que puedan aparecer y que en estas tierras son un auténtico lio. Estamos en la AC-3404.

Comenzamos el día ascendiendo. Me pongo delante y Michel cierra el grupo. Comienzo a tirar a ritmo suave, pero mantenido, para que todos podamos ir juntos. La subida es constante, pero muy llevadera. El problema es que por fuera nos moja la lluvia, ahora fuerte, y por dentro el sudor. A nuestra izquierda oímos un fuerte soplo que no es del viento sino de los aerogeneradores que hay en el monte por el que subimos y que ponen la música de fondo al momento.

Un coche nos adelanta demasiado justo y Manolo le empieza a mandar improperios y malos deseos. Tere responde a cada uno con un ¡NO!, intentando que calle. Manolo insiste y lanza más gritos.

-¿Qué parte de *NO*, no entendéis? La *N* o la *O* –Grita con genio, poniendo punto final a la situación.

Casi sin darnos cuenta, la lluvia va bajando de intensidad, pero aparece una fina neblina que no me gusta nada. Afortunadamente, las luces de leds que llevamos se ven claramente, más de lo que habría imaginado.

Por fin vamos llegando a la cima cuando pasamos junto al pueblo de **Hospital**. Poco más adelante la carretera se divide y aparecen los mojones que indican, a la derecha para Muxía y a la izquierda para Fisterra. Estamos en lo más alto del puerto.

Tomamos la carretera de Fisterra -AC-2302- y esta comienza a descender serpenteando por el valle. Lo hacemos con la velocidad justa, a pesar que el terreno pide bajar rápido. Llevo a Pedro y a Manolo pegados a mí e intentamos, en la medida de las posibilidades, no distanciarnos demasiado. Pido a los dos que me ayuden para controlar el grupo porque con mis gafas llenas de agua y la neblina veo muy poco. Cuando me las limpio con los guantes, aparece un charco de agua que me deja igual.

Rodeamos el monte Pedriña y pasamos por **Vilar, Carboal** y multitud de núcleos aislados sin nombre. De vez en cuando nos detenemos para reagrupar y descansar de la tensión que provoca circular por carretera en estas circunstancias.

La lluvia va desapareciendo y pronto entramos en **Cee**, justo cuando nos desviamos a la AC-550. Ya vemos el mar que asoma entre edificios y las nubes pegadas a él. Vemos

la furgoneta parada en un bar y, sin parar, advertimos dentro a sus ocupantes tomando algo –ellos no nos ven-. Cruzamos Cee lo más juntos posible y después de varias calles salimos a una avenida que coincide con la AC-445. No es fácil orientarse entre las docenas de señales de dirección que van a todos los pueblos y aldeas que salpican el territorio. No siempre aparece la dirección a Fisterra.

Pedaleamos junto al mar y las playas hasta llegar, sin que hayamos salido de la avenida, a **Concurbión**. Salimos del pueblo ascendiendo por una buena carretera y salvar una pequeña montaña y llegamos a **San Roque**. Adelantamos a unos peregrinos y tomamos un camino asfaltado, muy tranquilo y que alivia la tensión de la carretera, hasta llegar a **Amarela** donde descansamos un poco. Retomamos la carretera de antes y descendemos hasta la playa de Estorde, para volver a ascender y salvar otra montañita tras la que llegamos a **Sardiñeiro Debaixo** con su famosa playa.

Vuelta a subir otro puertecito para luego descender a **Calcoba**. Ya vemos frente a nosotros Fisterra y su faro cubierto por las nubes. Antes hemos de pasar por el núcleo de **San Roque** donde Michel pincha la rueda trasera. ¡Vaya mala suerte, pinchar una rueda de btt en asfalto! Afortunadamente lo hace a las puertas de un bar. Entro a pedir unos cafés con leche y mientras los preparan, arreglamos el pinchazo causado por un diminuto cristal clavado en la goma. Nos tomamos el café calentito, seguimos adelante y en escasos metros estamos en **Fisterra**.

Sin parar, para no enfriarnos, acometemos los tres kilómetros de subida que hay hasta el faro. Hoy me parecen muy fáciles, no como los recordaba. Dejamos a la derecha la iglesia de Santa María das Areas para visitarlo a la vuelta. El día fresco hace que no suframos en demasía y juntos ascendemos mientras comentamos el paisaje. Pasamos junto al moderno y polémico cementerio de Fisterra, obra del arquitecto César Portela y que aún no ha sido usado por problemas administrativos. Michel nos cuenta que tuvo que hacer la maqueta, junto a su hija que estudia arquitectura, y que lo conoce al dedillo. Comienza el debate sobre su aspecto y solo le gusta a Tere y a Michel, a los demás nos parece un montón de cuadrados de hormigón, de los que se usan para hacer pasos inferiores en las carreteras, dejados al azar. Ni pizca de color con el que vimos ayer en El Busto. Ambos quedan para bajar a verlo de cerca al regreso.

Por fin llegamos a nuestro destino y nos esperan los otros tres expedicionarios. César inmortaliza el momento con unas fotos. Nos abrazamos felices de lo que hemos conseguido y nos acercamos al crucero, al que subimos con dificultad por culpa de nuestras zapatilla y la humedad, para hacernos unas fotos de grupo e individuales.

Hace bastante frío y el viento sopla con fuerza. Continuamos a pie hasta el mojón que indica el kilómetro 0.00 de la ruta y de nuevo fotos. Solo nos queda acercarnos a la cruz de Fisterra. El viento sopla con extrema fuerza y, como podemos, nos apelotonamos junto a ella y pedimos a un turista que nos haga una instantánea. Antonio, que no se quita la ropa ni por asomo, posa manteniéndose de pie a duras penas contra

el viento, junto a la bota de bronce, monumento al peregrino.

Volvemos al faro, el más importante de la Costa da Morte y lo visitamos por dentro aunque la parte de la luminaria no la podemos visitar pues está cerrada al público. Llamamos a nuestras casas y el viento, a pesar de buscar protección, escasamente deja escuchar nuestras palabras. Compramos unos regalos para casa en un puesto cercano y descendemos de nuevo hasta Fisterra. Tere y Michel se han adelantado para ver el cementerio y los demás que vamos en bici, nos detenemos a sellar en la iglesia de Santa María das Areas -alguien nos ha comentado en el faro que tiene que ser el último sello- y a visitarla por dentro. Pedro y Manolo sellan las credenciales, mientras contemplo con asombro, a un cura que hace misa en alemán solo para él y un adolescente que le acompaña. Fotografío la iglesia, a la imagen de la virgen que da nombre a la iglesia y a un Cristo renano que hay en un altar.

Por fin descendemos buscando el albergue donde sellar la Compostela, pero empieza a llover de nuevo y nos perdemos por sus calles en medio de un mercadillo callejero. Decidimos salir a la carretera y por el camino que ya conozco, llegamos al lugar donde está la furgoneta y el alojamiento.

Entramos todas las maletas y bultos en la pensión López y dejamos vacía la furgoneta para que Antonio y Chavi carguen las bicis y las acomoden para el viaje de mañana. Los demás, completamente empapados, subimos a las habitaciones y a darnos una ducha calentita y reconfortante que nos quite el frío. Cuando termino,

vuelvo a la calle para intentar hablar con la familia en mejores condiciones que en el faro. En la puerta de la pensión me esperan los enanitos sobre la valla, que siguen allí, horrorosos, después de cinco años.

Mientras hablo con casa, me doy cuenta que hay menos gaviotas que en el anterior viaje, será porque está lloviendo, aún así, las hay a cientos. Algunas anidando en los tejados donde dan de comer a sus polluelos.

Cuando estamos listos, bajamos al albergue a sellar la Fisterra, diploma que acredita el haber llegado hasta aquí desde Santiago. Nos recibe la encargada, una chica joven a la que pillamos en medio de la comida. Sonriente, aparta sus platos y comienza a meter nuestros datos en el libro de registro. Pedro le pasa de una en una las credenciales y le vamos contestando a lo que nos pide mientras rellena la Fisterra de cada uno. Cuando le pide la edad a Tere, todos acercamos la oreja entre risas. La chica sonriendo nos dice que nos vayamos y Tere se la susurra al oído, pero no la apunta.

*-Luego lo haré –dice maliciosa.*

Cuando le voy a pedir que, por favor, selle la de Marcos, Tere me empieza a hacer caras raras y decido no acabar la frase, algo ha pasado sin que me entere. Luego me cuentan que en un momento de descuido, han sellado la credencial de Marcos que le entregaremos a nuestro regreso.

Con todos los papeles terminados, vamos a buscar un lugar donde comer. Es algo tarde y no cabemos en todos los sitios. Al final entramos en Mesón O Galeón y

comemos unas navajas, langostinos y pescado. Luego rematamos con un café.

Dejamos los papeles en la pensión y nos vamos a pasear por las calles del pueblo. Michel nos comenta que el Museo de la Pesca está muy bien. Nos acercamos a visitarlo, mientras vemos a una mariscadora en la playa, recogiendo nuestra cena –me imagino-.

El museo está en el antiguo Castillo de San Carlos y fue construido para repeler los ataques enemigos. Una guía muy amable, explica detalladamente todos los datos de esta costa y la vida de los pescadores, con sus artes y sistemas de pesca. A merecido la pena.

Bajamos a una pequeña cala y recogemos unas piedras desgatadas por el mar como recuerdo y que me cuesta un pequeño remojón de pies. Además, tocamos el agua del Atlántico, otro de los rituales que hay que seguir al llegar hasta aquí.

Continuamos el paseo por el pueblo visitando el monumento a los marineros muertos en esta costa y que es el ancla del Casón, barco que encallo en la zona y por lo peligroso de su carga, obligo a evacuar a miles de personas desde aquí hasta Santiago en el año 1987. Una visita al puerto y nos acercamos a comprar unos recuerdo para la familia y a reservar mesa en una marisquería. José Luis se va a dormir y los demás proseguimos nuestro periplo hasta encontrar un cajero.

Llegada la hora de comer nos acercamos a cenar al mismo local en el que hace cinco años acabamos con la mitad del marisco de la zona. Nos acomodan y empieza la carrera. Percebes que salpican a distancia y acaban dejando a

José Luis hecho un eccehomo, navajas de las buenas – longueirón-, almejas a la marinera, nécoras, centollo, etc. Todos hablamos sin parar, sin duda debido al ribeiro o al albariño que entra a mares, menos Antonio, que a la chita callando, acumula en su plato una impresionante pirámide de cáscaras. Durante la cena, aprovechamos para grabar un vídeo de saludo para Marcos. La cena ha sido espléndida, pero en menos cantidad que en la ocasión anterior. Será la crisis. A la salida, entramos en la cocina a felicitar a los cocineros.

Con las cabezas un poco nubladas, salimos en busca de un sitio en el que nos hagan una queimada. Nos mandan de un sitio para otro hasta que encontramos el lugar. Llegamos a punto para el conjuro, que es a las doce de la noche.

Desgraciadamente no recuerdo el nombre del local, y bien que lo siento. A la hora exacta, el dueño se viste con traje de ritual y con la luz apagada y música con voces de fondo, comienza el conjuro, un tanto especial y divertido, mientras el aguardiente arde quemando su alcohol. El local está a reventar y los que desconocen el rito, miran estupefactos y divertidos la ceremonia. El ofertante suda por el calor de las llamas y se desgañita recitando versos que intenta rimar en referencia a los presentes, mientras remueve el brebaje con un cazo de cerámica. Invita a que la gente agite el fuego y allí que saltan Tere, Michel y Manolo que le pone tanto empeño que hace que las llamas casi toquen el techo.

El brujo hace una cata del líquido y decide que ya está bueno, dando por finalizada la ceremonia de un soplido que extingue las llamas.



*-Cuidado que entra fácil y pega fuerte – repite la camarera mientras sirve pequeños vasos.*

Michel, Chavi y Pedro, dejan unas dedicatorias, que firmamos como podemos, en el libro de visitas del local.

Salimos a la calle, pues el calor es sofocante, y allí está Manolo metido en un carrito de supermercado, empujado por Antonio y recorriendo la calle de arriba a abajo. ¡Si que pega fuerte, sí!

Es muy tarde y debemos estar levantados a las seis de la madrugada, dentro de cinco horas. Nos vamos a dormir con las mentes un tanto nubladas e intentamos conciliar el sueño.

Hoy, escasamente hemos hecho 30 km y dos horas de pedaleo, pero el día ha sido muy intenso.



*Grupo en el crucero de Fisterra*



*Si seguimos, nos caemos al mar*



*Queimada fin de ruta*

## Vuelta a casa

9 de julio de 2011

Esta noche he caído rendido ayudado por la quemada, pero a las cinco de la madrugada, esos pajarracos inmundos no dejan de armar jaleo. Con razón las llaman gaviotas reidoras, es que se parten de risa no dejándonos dormir. Son las seis de la mañana y Pedro también se ha despertado. La ventana está abierta porque hace calor y el sonido de fuera se oye más. Nos ponemos a charlar y decidimos encender el portátil para descargar las fotos de su cámara y de la mía.

Nos vamos a asear un poco y a las seis despertamos a los demás. Bajamos los bultos a la furgoneta y mientras lo hacemos, llega el taxista que nos ha de llevar a Santiago. Michel y Antonio irán con César en la furgoneta y los demás al autobús que nos ha de llevar hasta Benavente. No hay nada abierto, así que desayunaremos en la estación.

Nos despedimos del coche de apoyo y salimos montados en la Mercedes Vito del taxista, un hombre joven que parece resfriado y no para de toser. Voy de copiloto y trato de darle conversación a la par que observo el paisaje. No habla demasiado y cuando lo hace, entre el ruido del coche y que tiene un acento gallego muy fuerte, me cuesta entenderle y termina siendo una conversación telegráfica.

Está muy nublado y oscuro, con las nubes pegadas al suelo, Pasamos en dirección contraria el recorrido que hicimos ayer y lo hacemos a gran velocidad. Lo del límite

de 50 por hora es una ilusión porque no bajamos de los 110. Si le pilla tráfico le hipoteca todos los puntos. Conduce bien, pero por si acaso, me agarro del asa del coche con fuerza.

Vamos recorriendo la Galicia de las películas. Verde, con bosques, prados, casas sembradas por las laderas de los montes, nubes y orballo –nuestro calabobos-.

Como no se por donde nos lleva, solo me empiezo a centrar al pasar por Negreira. Veo el camino por el que pasamos hace dos días y comprendo que estamos cerca del destino.

Poco después entramos en Santiago. Tenemos que acercarnos a la policía local para recoger el móvil que perdió Manolo por estas sendas y alguien devolvió. Miramos en el plano, aunque creemos recordar que la vimos al salir de la catedral, a la izquierda.

Empieza a llover y entramos en la ciudad rodeándola por el norte. Por fin llegamos a la policía y entro con Manolo en sus oficinas corriendo a toda velocidad porque justo entonces el temporal arrecia. Un oficial nos dice que hasta más tarde no está el encargado. Le decimos que somos de fuera y que nuestro autobús parte a las nueve. Entra en otra sala y una policía nos llama y atiende amablemente, recoge los datos de Manolo y nos devuelve el móvil y el número de teléfono de la mujer que lo ha encontrado. Estamos en la sala de control de tráfico de la ciudad. Monitores por todas partes.

Volvemos al taxi y en unos minutos nos deja en la estación. Pagamos lo acordado –se porta bien y no cobra

ni un euro más de lo que apalabró con Michel- y nos despedimos.

Como el autobús no sale hasta las diez menos cuarto, aprovechamos para desayunar un poco, ir al servicio y comprar unas revistas.

Puntuales, entramos en el autobús. Es de los de tres ejes, preparado para largas rutas. Parece que tiene todas las comodidades, reposapiés, selector individual de radio, toma de cascos, aire acondicionado, etc.

Comenzamos el viaje mientras devoramos las revistas y periódicos, pero pronto se acaban. Luego pasamos a intentar dormir escuchando música con el mp3 y no hay manera. El autobús entra en todos los pueblos y no hace más que salir de la autovía. Para colmo, los asientos que parecían cómodos, son de suavelón y el culo se resbala si los tumbas demasiado y hay que sujetarse con las rodillas. Se va a hacer un poco largo, me parece a mí. Además, como hay que ponerse el cinturón de seguridad, no se puede levantar uno para estirar las piernas.

Con Pedro, que quiere cambiar de bici, vamos leyendo la revista que ha comprado José Luis sobre btt. El pregunta y yo respondo como buenamente puedo lo que necesita para estar al día. Después de pasar Villafranca del Bierzo, nos llama la atención unos montes que para Pedro son la Médulas. Le digo que no creo, pero él tiene razón porque yo estaba bastante desorientado.

Sobre las dos menos cuarto llegamos a Ponferrada, cerca de nuestro destino, y hacemos una parada para comer. Unos bocadillos, unas bebidas y vuelta al autobús. Este cruza toda la población por callejuelas durante media

hora sin salir a la autovía. A este paso los ciento cincuenta kilómetros que nos quedan se van a hacer eternos.

Por fin, cerca de las cuatro y media, con un calor sofocante, llegamos a Benavente. La estación está en la otra punta que nuestro coche y en la parte baja del pueblo. Cruzamos un pueblo deshabitado y al final llegamos al coche de Pedro. Entramos en el bar la Trucha donde nos alojamos el primer día y tomamos un refresco. Les damos las gracias por haber vigilado el coche y salimos a la carretera. Esta vez no habrá alcuerces, iremos todo el rato por autovía.

Deshacemos parte de lo hecho con el autobús y después de varios desvíos entramos en el camino directo a casa. La música del coche hace que nos vayamos durmiendo un poco. Intento no hacerlo porque me parece mal dejar solo a Pedro, pero los ojos se me cierran varias veces.

Como todo viaje de vuelta, este se hace largo y parece que nunca llegamos a Burgos, aunque vamos recordando viejas andanzas por estas tierras en las que hicimos amistad allá por el 2001, hace diez años. ¡Dios mío, cómo pasa el tiempo!

Poco después de Burgos, Pedro me dice que pararemos en un área de servicio a comer algo y que luego coja yo el coche. Lo hacemos cerca de Briviesca y entramos a comer unos bocadillos calientes. Estamos muy cansados y un poco apagados. Hace calor y el sol nos daba de lleno dentro del coche.

Reiniciamos la ruta y después de unos kilómetros de adaptación al coche de Pedro, puedo llevar una



conducción más relajada. El tiempo pasa y parece que no vamos a llegar nunca. Se nos hace eterno, pero la música de la radio, que vamos cantando, alivia el trayecto.

Pasado Zaragoza, no sin algún despiste por mi parte, entramos en terreno de casa y avisamos a Michel que ya llegamos. A las once de la noche entramos en Huesca y nos dirigimos al punto de encuentro. Allí nos esperan los demás, salvo Antonio, y Yoli, Begoña y Carmen. La furgoneta ya está descargada y los bultos esparcidos en el suelo. Cada uno recoge sus cosas y yo meto las mías en el coche de Pedro. Nos despedimos y me voy montado en la bici guiando a Pedro hasta mi casa donde recoge lo que dejó. Le he dicho que se quede a dormir y que salga por la mañana, pero la familia tira mucho y se va al pueblo de sus padres en Navarra. Una hora y media más de viaje.

Me parece que si algo nos ha quedado claro, es que otra vez elegiremos otro medio de transporte mejor, lo que haga falta, para evitar este palizón que nos deja más cansados que la etapa más dura de la ruta.



## CONXURO

Mouchos, coruxas, sapos e bruxas.  
 Demos, trasgos e diaños, espíritos das nevoadas veigas.  
 Corvos, pintigas e meigas, feitizos das menciñeiras.

Podres cañotas furadas, fogar dos vermes e alimañas.  
 Lume das Santas Compañas, mal de ollo, negros  
 meigallos, cheiro dos mortos, tronos e raios.  
 Oubeo do can, pregón da morte, fociño do sátiro e pé do  
 coello.  
 Pecadora lingua da mala muller casada cun home vello.

Averno de Satán e Belcebú, lume dos cadáveres ardentes,  
 corpos mutilados dos indecentes, peidos dos infernais  
 cus, ruxido da mar embravecida.

Barriga inútil da muller solteira, falar dos gatos que  
 andan á xaneira, guedella porca da cabra mal parida.  
 Con este cullerón levantarei as chamas deste lume que  
 asemella ao do inferno, e fuxirán as bruxas a cabalo das  
 súas escobas, índose bañar na praia das areas gordas.

¡Oíde, oíde! os ruxidos que dan as que non poden deixar  
 de queimarse no augardente, quedando así purificadas.

E cando esta queimada baixe polas nosas gorxas,  
 quedaremos libres dos males da nosa alma e de todo  
 embruxamento.

Forzas do ar, terra, mar e lume, a vos fago esta chamada:  
 si e verdade que tendes mais poder que a humana xente,  
 aquí e agora, facede cos espíritos dos amigos que estan  
 fora, participen con nos desta queimada.

## CONJURO

Buhos, lechuzas, sapos y brujas.

Demonios maléficos y diablos, espíritus de las nevadas  
vegas.

Cuervos, salamandras y meigas, hechizos de las  
curanderas.

Podridas cañas agujereadas, hogar de gusanos y de  
alimañas.

Fuego de las almas en pena, mal de ojo, negros hechizos,  
olor de los muertos, truenos y rayos.

Ladrido del perro, anuncio de la muerte; hocico del sátiro  
y pie del conejo.

Pecadora lengua de la mala mujer casada con un hombre  
viejo.

Infierno de Satán y Belcebú, fuego de los cadáveres en  
llamas, cuerpos mutilados de los indecentes, pedos de los  
infernales culos, rugido de la mar embravecida.

Vientre inútil de la mujer soltera, maullar de los gatos en  
celo, pelo malo y sucio de la cabra mal parida.

Con este cazo levantaré las llamas de este fuego que se  
asemeja al del infierno, y huirán las brujas a caballo de  
sus escobas, yéndose a bañar a la playa de las arenas  
gordas.

¡Oíd, oíd! los rugidos que dan las que no pueden dejar de  
quemarse en el aguardiente quedando así purificadas.

Y cuando esta quemada baje por nuestras gargantas,  
quedaremos libres de los males de nuestra alma y de todo  
embrujo.

Fuerzas del aire, tierra, mar y fuego, a vosotros hago esta  
llamada: si es verdad que tenéis más poder que la  
humana gente, aquí y ahora, haced que los espíritus de  
los amigos que están fuera, participen con nosotros de  
esta quemada.

## Contenido

Refrescando la historia.....	5
Preparación de la ruta.....	11
Viaje hasta Benavente.....	21
Benavente - Mombuey.....	29
Mombuey - Vilavella.....	49
Vilavella – Xunqueira de Ambía.....	71
Xunqueira de Ambía – Castro Dozón.....	89
Castro Dozón – Santiago de Compostela.....	109
Santiago de Compostela - Olveiroa.....	127
Olveiroa - Fisterra.....	143
Vuelta a casa.....	157

***Notas personales:***